

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 23 - 29 mayo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 286

PAN O GUERRA



HEMINGWAY, ENTRE el AMOR y la MUERTE

Una entrevista de Costa Torró con el autor de «Las nieves del Kilimanjaro» (Pág. 56)

EL TOREO DE CAPA

(UNA ASIGNATURA HOY DESCONOCIDA)

Por Luis Fernández Salcedo (Pág. 35)

¿ DIOS EN FRANCIA ?

Por Friedrich Sieburg (Pág. 37)

MOVILIZACION DE INICIATIVAS, DINERO Y TECNICA EN TALAVERA

Por José de Mairena, enviado especial (Pág. 23)

RAFAEL SANCHEZ MAZAS INTERPRETA LA GRAN FIGURA DE PIO X (Pág. 60)

CARTA DEL DIRECTOR A DON TOMAS BARRAQUER (Pág. 8) ● ENTREVISTA CON EL DIRECTOR DE LA U. N. E. S. C. O., DOCTOR EVANS, por M. Blanco Tobío (Pág. 11) ● REPORTAJE DE LA EXPOSICION BIBLIOGRAFICA MILITAR, por Castillo Puche (Pág. 13) ● NUESTRO CATALICISMO, por el Obispo de Orense (Pág. 17) ● LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LOS LICEOS FRANCESES, por Hispanus (Pág. 19) ● CADA PAIS, UNA OLLA. Crónica de Italia por Eugenia Serrano (Página 29) ● TARRAGONA, BALCON AL MAR, por Luis María Mezquida (Pág. 32) ● BARAJAS ESTRENA REGLAMENTO. Reportaje por F. C. Dubert (Página 47) ● UNA VOCACION DE DOS FILOS. Entrevista con Florentino Pérez Embil (Pág. 50) ● X CAMPEONATO MUNDIAL DE HOCKEY SOBRE PATINES. Crónica de Barcelona (Pág. 53)

Una novela completa:

LA VENGANZA DE LA VACA

Por Juan Antonio de Laiglesia

UN PLANETA LLAMADO TIERRA
QUE PUEDE ALIMENTAR CINCO
MIL MILLONES DE HOMBRES

LA RUTA DEL HAMBRE
ALREDEDOR del MUNDO

LA RUTA DEL HAMBRE ALREDEDOR DEL MUNDO

CON motivo de la celebración en Madrid del X Congreso Internacional de Industrias Agrícolas y de la Alimentación, que se verificará en la capital de España del 30 de mayo al 6 de junio, se ha vuelto a poner sobre el tapete el problema de los problemas del mundo: el de la alimentación de los dos mil trescientos millones de habitantes que, chino más o menos, viene éste a albergar.

Todo el mundo sabe de igual forma que otra incógnita de nuestro futuro es la que se esconde tras la prodigiosa tentativa de intentar aterrizar en la luna. El que más y el que menos ha leído que existen personas, lo suficientemente optimistas y amigas de los viajes y las aventuras, que han reservado con años de anticipación los billetes para esa ocasión única. Para esa gran ocasión de ser los primeros en mandar el famoso radiotelegrama: «Luna llena de lunáticos. Abrazos.» Pero nadie que yo sepa está dedicándose ahora, con anticipación de años, a atesorar sacos y sacos de legumbres.

El lector, plenamente sorprendido, terminará por decir:

—¿Es que tendremos otra guerra y se venderán a millón?

—No, señor. ¿Usted no piensa que se puedan terminar un día las alubias?

—¿Las alubias? ¿Cree usted que eso mismo puede ocurrir con los filetes de vaca?

Yo sigo, rodeado de notas, tomando más apuntes. Cada hoja es una estadística. El lector, ganado por la curiosidad, no resiste la tentación de plantearme, nuevamente, su problema:

—¿Usted cree que los filetes serán tan difíciles de encontrar como cuando la guerra?

—¿Y usted no sabe que los filetes vienen en las vacas y que cada vez hay más hombres y menos vacas?

CADA HOMBRE TIENE SU TROZO DE TIERRA EN EL MUNDO

Según el departamento de Estado norteamericano, la extensión media que necesita cada individuo para obtener la cantidad mínima de alimentación es de una hectárea de mediana productividad y, en los momentos actuales, existe un déficit de una cuarta parte de lo requerido. O dicho de otra forma: la cuarta parte de la Humanidad no puede ser bien alimentada.

En los últimos treinta años del siglo pasado murieron en la India de inanición más de veinte millones de habitantes, y en un año, el 1877, perecieron de hambre cerca de cuatro millones de indios.

Lea estas cifras: Toda la superficie cultivada de que disponemos



Aspecto de un mercado español, de el consumidor encontrará el artículo que necesite

actualmente no excede de los seis mil quinientos millones de hectáreas. Y todavía esta cifra, según García Badell, tendría que ser rebajada a los mil seiscientos millones de hectáreas productivas. Esto es, que cada habitante viene a tener algo así como tres cuartos de hectárea útil y provechosa para alimentarle.

Cada hombre, pues, tiene en el mundo, quizá a miles de kilómetros de su centro geográfico, repartida entre todas las tierras del universo, una parcela de tierra, un campo verde lleno de sol y lluvia, de mañanas frescas y de noches de hielo, que viene a asegurar su manutención.

EL CRECIMIENTO DEL MUNDO

La Organización Mundial de la Salud, cuando se reunió en Ginebra, quiso poner las cosas claras. Casi diáfanas. El mundo, vino a decir en su declaración, crece vertiginosamente. Como nunca ha crecido. Según aquella declaración, la población humana ha pasado a ser de 1.557,7 millones en 1900 a 2.377,4 millones en estos últimos años, lo que viene a significar, en un periodo aproximado de cincuenta años, un aumento demográfico del cincuenta y tres por ciento.

—¿Morirá de hambre el mundo?

EL MUNDO PUEDE ALIMENTAR A MUCHOS MILLONES MAS

Si actualmente hay necesidades, déficits y catástrofes de alimentación, esto no quiere decir, ni con mucho, y aun teniendo en cuenta el crecimiento y ampliación de la vida humana, que la muerte por hambre pueda ser uno, entre otros, de los problemas del mundo futuro. La verdad es que el Universo está por desentrañar, y casi por poner en marcha.

Según East, se puede producir lo suficiente para alimentar perfectamente a cinco mil millones de hombres; según Peck, para ocho mil millones, y para Kueziński, el verdadero animoso de las cifras, la tierra está en disposición de ser capaz de producir alimentos para doce mil millones.

Lo que ocurre es que es necesario transformar y poner en marcha las ingentes reservas. Crear nuevos métodos de trabajo. El porvenir es duro, lleno de tarea, pero no tiene que ser, en absoluto, pavoroso. Mientras tanto...

MILLONES DE HOMBRES SIN LA COMIDA NECESARIA

Es falsa y torpe la creencia de ser Oriente y Africa las únicas regiones del globo sujetas, endémicamente, a las calamidades de la subnutrición. «Es preciso confesar —dice Castro— que América, esa tierra de promisión a la que llegarán, atraídos por sus riquezas, cien millones de emigrantes, es una tierra que sufre hambre y en la que, millones de hombres, siguen muriéndose de hambre.» ello así, sin más, porque, hoy por hoy, y teniendo en cuenta la tierra sin cultivar, las dificultades de transporte y comunicación, el Continente americano no produce lo suficiente para alimentar a sus trescientos millones de habitantes. Y en la América del Sur, según García Badell, a pesar de no tener más de cien millones de habitantes (una densidad relativa de cinco habitantes por kilómetro cuadrado), cincuenta millones de ellos padecen carencias de alimentación que les predisponen, fulminantemente, para las enfermedades o para el contagio de otras.

El lector se preguntará, naturalmente, por la comida del indio. Cojamos el indio mejicano. El indio mejicano, y supongo que los de los otros países americanos será lo mismo, es triste, concentrado, sumiso. Tiene una estampa enjuta, nervuda, casi estoica. Es de baja estatura normalmente... y no se conoce entre ellos el hombre gordo.

El indio mejicano del campo, el hombre de la tierra, no suele tomar nada más que una comida al día.

—¿En qué consiste?

—Comen tortillas, las famosas tortillas mejicanas. Es un alimento curioso y extraño. La tortilla se hace con harina de maíz, pero el grano, antes de molerlo, lo han tenido a remojar en agua con cal. Una vez hecha la masa, se arrojan, y en su interior las ponen el único complemento a su comida: los fréjoles cocidos con agua y sal. Después, el taco, «el taquito», que así lo llaman, lo pasan por la plancha como aquí, en el Norte, se suele hacer con la famosa borona.

—¿Y nada más?



Tipica escena de un puesto de carne en un mercado de Normandía. Los precios a la vista, por si acaso...

—Como máximo, algunas veces, en la noche, toman su «caldito». Se trata, simplemente, de agua hervida con unas hojas aromáticas. La mortalidad infantil entre estas pobres gentes es enorme. A veces, como resultado lógico, aparecen las lacras de las enfermedades de los ojos, las cegueras parciales o absolutas y, naturalmente, los raquitismos más ingratos y terribles de ver. Al revés, sin embargo, su centadura es perfecta, maravillosamente blanca y pulida. Dicen que ello es así con motivo, precisamente, de su alimentación: de la cal de las tortitas Sea lo que sea, la sonrisa del indio, casi tónica de puro fuerte y compacta, forma parte, arrogantemente, de su personalidad hierática.

Pero no es sólo ahí. En el noreste del Brasil, en las zonas del cultivo del azúcar, cada habitante dispone diariamente de unas 1.700 calorías. Tan poco, tan escasas, que sólo el clima contribuye a levantar al hombre cada mañana. Y en Chile, uno de cada dos habitantes no consigue sobrepasar las 2.400 calorías. Y uno de cada diez, según Badell, vive con menos de 1.500.

Y sabido es que, un hombre de setenta kilogramos de peso y con sus ocho horas de trabajo en el taller, pongamos la carpintería, debería tomar alimentos de un valor energético que alcance las 3.380 calorías. Pero los datos en este itinerario de la escasez reogen aspectos de una singularidad extrema.

Existen países como Chile, por ejemplo, con sus 2.500 kilómetros de costa, en el que el consumo del pescado no supera los cinco kilogramos por habitante y año. Este país de grandes, casi fabulosas costas, se encuentra con que, en el hemisferio Sur, la producción del pescado no pasa del dos por ciento del conjunto total de la pesca mundial. Y hay tierras marítimas, como Inglaterra, en las que, sin duda, el pescado tiene otra importancia.

—¿Se come mucho pescado en Inglaterra?

—Inglaterra consume unos veinte kilogramos por habitante y año. Pero el pescado, no es, ni con mucho, la comida tradicional in-

glesa. Que Inglaterra, aunque isla, es amiga de la carne.

Si va usted a Inglaterra se encontrará con el «joint» de los británicos. El «joint» es un conjunto de carne de buey, ternera o lomo de certero, con patatas y coles hervidas. Y como todo ello va guisado sin sal, se encuentra usted en la mesa, sin más, toda clase de mostazas y picantes. De salsas rojas y de salsas blancas. Porque, en realidad, el repertorio gastronómico de la cocina inglesa gira alrededor de la carne. Mejor aun, de las carnes. De su variedad casi sutil y milagrosa. Variedad en el «tueste» y en la «cocción». Queda después el té y el pescado.

EN ASIA Y EN EL LEJANO ORIENTE

Birmania, Ceylán, China, India, Indonesia, Indochina, Japón, Pakistán, las Filipinas y Siam son, todos ellos, países cuyo nivel de vida es bajo. Zonas, algunas, de extremada pobreza. Territorialmente, el Lejano Oriente, que cuenta con la mitad de la población mundial, tiene una superficie que equivale a la quinta parte del mundo. Pues bien; esa inmensa zona del mundo no alcanza a tener, como promedio de ingresos individuales y anuales, ni la cifra de cien dólares. Si a ello se unen las guerras, que de una manera u otra la azotan, se tendrá una idea clara y concreta de la situación en la mayor parte de esos países. El Lejano Oriente, en virtud de la fabulosa desorganización que le recorre, se ha convertido, de exportador, en importador de cereales y arroz.

En cuanto a China, es difícil hacer generalizaciones. Hay zonas remotas e incommunicadas, de las que no se tienen, en verdad, nada más que referencias lejanas. A menudo aparece un excedente de alimentos en una región del país, mientras en otra, al mismo tiempo, se padece un hambre escalofriante. Ese hambre que termina por abatirse sobre millones de hombres como una epidemia de cólera. Por otra parte, en un núcleo de vida tan gigantesco como el chino, la alimentación difiere mucho de una región a otra. En el Norte, predomina el trigo

En los países bálticos, los frutos españoles son muy considerados por su riqueza. Una linda señorita alcanza feliz un racimo de uvas

como base de la sustentación humana. En el Sur, la alimentación tiene como base el arroz. Pero la cocina china es fantástica. Un chino come, sin desmayarse, alegremente, todo un vasto enjambre de insectos. Otro de sus platos favoritos es el de la salangana. Los nidos de salangana constituyen «un privilegio de potentados y mandarines». Y, además, para hacerlo más difícil, «lo delicioso de los nidos de salangana es una alga que sólo se encuentra en algunos islotes del mar de China».

EL PROBLEMA DEL JAPON

Con motivo de la guerra de Indochina, o mejor dicho, al hacer consideraciones sobre lo que significaría su pérdida para el mundo libre, una de las cuestiones que se debatían era la de ser el Japón el principal perjudicado. El Japón, que recibe de ella gran parte de su alimentación.

En los últimos años, el Japón ha llegado al nivel de producción de la anteguerra. Muy allá, por tanto, de los nueve millones de toneladas métricas de arroz moro. Su consumo de alimentos, sin embargo, ha bajado drásticamente, debido a que mientras los abastecimientos de productos alimenticios han disminuido, la población ha experimentado un gran aumento, como resultado de la repatriación de millones de japoneses que se encontraban viviendo en otras regiones asiáticas. El consumo de calorías, el nivel medio de ellas, es inferior en más de un veinte por ciento, al anterior a la guerra, siendo los cereales y otros alimentos con base de almidón los más utilizados por el país.

Una interrogante se desprende, inmediatamente, del examen anterior:

—¿Y en Corea?

—Corea ha sido también una especie de paralelo 38 del hambre. La guerra vino a agravar problemas que eran, como se sabe, endémicos. Como en el Japón, Corea tuvo sobre sus espaldas el aumento repentino de población ocasionado por los desplazamientos bélicos y por las huidas de Corea del Norte. Hace dos años, a raíz de una investigación, llegó a calcularse detalladamente el consu-



mo de calorías, por promedio de producción. Se dijo que no pasarían de las 1.330 calorías por persona y día. Cosa, como se comprenderá, sobradamente dramática y terrible.

—¿Y en Indochina?

—Indochina, Siam y Birmania son los únicos países en los que el consumo de calorías ha venido a ser mayor que antes de la guerra. Los tres, por otra parte, son los principales exportadores de arroz con que cuenta hoy el sudeste asiático.

En otras partes, en algunos distritos del sur de la India, la población tiene un promedio tan bajo de alimentos, que se encuentra a punto de morir de hambre, en tanto que en los distritos orientales del país viene a tenerse un promedio diario de las 2.400 calorías por habitante. En Indonesia, la escasez de alimentos ha terminado por tener una grave repercusión en el trabajo. La capacidad laboral de las gentes ha llegado a su índice mínimo. Aun Birmania y Siam, señaladas como naciones de una alimentación más completa, tampoco tienen un nivel alto de rendimiento en el trabajo. Influye en ello el predominio en sus comidas del empleo del arroz, altamente pulido. En las Filipinas, en la provincia de Bataán, un metódico informante médico reveló la existencia de beriberi entre el siete y el nueve por ciento de la población, en nueve de los doce pueblos sometidos a examen.

EL CERCANO ORIENTE. SU CLIMA

El Cercano Oriente forma parte de la zona desértica situada a lo largo del Trópico de Cáncer. Comprende una serie de mesetas áridas, desiertos extensos e improductivos y estepas en las que, por falta de agua, es imposible emprender ningún cultivo. Excepto en las regiones del norte de Turquía, Irak e Irán, a orillas del Mediterráneo, en el Sudán Central y en la meseta de Etiopía, la lluvia no interviene (desde un punto de vista activo y favorable) en el trabajo del hombre. Por ello

mismo, unos ciento diez millones de personas son compelidas a la gran aglomeración humana que existe en la actualidad en torno a los oasis. A las zonas de agua. Y en éstas, en el mundo de las cosechas, vive y se multiplica la gran familia humana. Sólo el valle del Nilo, el oasis por excelencia, significa unos 35.000 kilómetros cuadrados de tierra feraz. Pero, en general, se trata de extensiones pobres, estrechas de vida y superabundadas a la Naturaleza.

Los niveles de consumo, las preferencias y las necesidades de alimentación varían notablemente de acuerdo con los diferentes grupos humanos. Las tribus nómadas se alimentan principalmente de cebada, dátiles, leche y carne. Los agricultores, sin embargo, consumen muy especialmente aceite de oliva, frutas y cereales. Y así, hasta las clases sociales más pobres, que suelen tomar como alimentación las nueces, la melaza y la miel de abeja.

ASPECTOS DE LA VIDA EUROPEA

La mayor parte de los habitantes de Europa están convencidos de que tendrán que pasar un largo período de esfuerzos antes de volver a alcanzar la prosperidad económica. Hay cifras tremendas.

Unos trescientos noventa millones de personas tienen que ganarse la vida en un pequeño Continente, donde sólo se dispone de 0,4 hectáreas de tierra de cultivo por persona. Dentro de Europa, además, existen los mayores contrastes de vida y población. Desde las 291 personas por kilómetro cuadrado en los Países Bajos, hasta el bajo promedio de 42 en Albania.

Los niveles de ingreso van también desde la relativa prosperidad a la miseria absoluta. En Inglaterra, los ingresos, como promedio personal y anual, vienen a significar una cifra que se aproxima a los 550 dólares, mientras Grecia y Yugoslavia apenas si alcanzan los 60.

Los resultados de todas estas miserias han traído aparejadas

una serie de catástrofes fisiológicas en los individuos. En Grecia, como en Alemania, se ha podido comprobar el descenso de altura en los niños. Y en Grecia, el problema de la nutrición llegó a sentirse de forma tan abrumadora, que se consideró como una forma más de la cultura y de la educación de un pueblo. Un cuento, el «Ta ayo apnakia» («Los dos corderitos»), se distribuyó en todas las escuelas. Era la historia de

dos corderitos que entregó, para su ciudad y alimentación, el dueño de una granja a dos niños. Uno de los corderitos, bien alimentado, y ayudado por una ración diaria de leche, llegó a tener un magnífico desarrollo, mientras que el otro, mal alimentado, cuando lo vio el dueño de la granja, se encontró con que «tenía las patas torcidas y su lana parecía sucia y enredada. Casi no podía caminar, y se encontraba más a gusto echado en el suelo».

La simplicidad elemental de esta historieta, traída aquí por su interés especial dentro del paisaje de la alimentación, demuestra la grave preocupación de todos los Gobiernos. Su preocupación.

LA DENSIDAD HUMANA EN LA AGRICULTURA EUROPEA

De cada cien habitantes de los que componen la Comunidad Carbón-Acero (Alemania, Bélgica, Luxemburgo, Francia, Italia y los Países Bajos), los promedios son muy distintos. En Bélgica, país rico y fuertemente industrializado su agricultura, sólo el doce por ciento vive de la agricultura, mientras Italia llega al cuarenta y dos por ciento.

También es muy variable la densidad media de población por kilómetro cuadrado de superficie agrícola, e igualmente la población humana que trabaja en ella. En Francia viven 128 personas por kilómetro cuadrado de superficie agrícola, en la que trabajan 32. En Bélgica, al revés, las cifras son muy distintas. Viven 480 personas (en áreas de cultivo intensivo) y trabajan 57.

En la Europa occidental y septentrional, la producción total de las principales cosechas está dando alcance al incremento demográfico. Alemania, con un considerable y heroico esfuerzo de recuperación, va alcanzando también cifras sorprendentes. Influye en ello el estado de adelanto y de industrialización de su agricultura. Veá: el consumo de abono por hectárea en Alemania es de 109,7 kilogramos, y su grado de motorización arroja, aproximadamente, las siguientes cifras: un tractor de más de nueve HP. por 44 hectáreas. Sólo los Países Bajos superan esa cifra.

LA CARNE, EL ALIMENTO PREFERIDO

La carne ha terminado por ser el alimento predilecto del hombre. Eso no quiere decir que sea el mejor, pero lo cierto es que es un alimento que tiene un sinnúmero de partidarios. El país que hace mayor consumo de carne es Argentina. En esta nación se llega a la fabulosa cifra de consumo de 136 kilogramos por habitante y año. El ganado de muerte, el dedicado al consumo, está casi científicamente ideado para hacer de él chuletas. Cada vaca, de patas cortas y gruesas, propensa a ir arrastrando el vientre, es un bloque compacto de carne maciza. Sin embargo, el consumo de carne en el Ecuador no pasa de los 18 kilogramos. Y en el Perú no llega a los 14. A un lado, el exceso, y al otro, en el mismo he-

En poco tiempo...
hablará Vd.
INGLES o FRANCÉS
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
Cursos Fonobilingües
Polyglophone
(CON discos o SIN discos)
PIDA FOLLETO GRATIS A
Centro de Cultura por Correspondencia
ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN

miserio, la falta. Los Estados Unidos llegan a los 60 kilogramos, más o menos. Cifra parecida, o casi idéntica, a la del consumo del otro gran país americano: el Canadá. En las zonas campesinas de América del Sur volvemos a encontrarnos, nuevamente, con el hambre o con la más defectuosa alimentación. Una investigación que se hizo en Venezuela por el doctor Baldo, «puso de manifiesto que el 50 por 100 de los niños de los distritos rurales no consume leche en todo el año, el 59 por 100 no consumía carne y el 89 por 100 no probaba los huevos».

Las carencias más corrientes en los alimentos, en las regiones pobres, suelen ser el calcio, el hierro y el yodo, y en algunos, el cloruro de sodio.

Pero es pequeña la extensión cultivada. «No se utiliza nada más que el cinco por ciento del suelo americano, pudiendo ser cultivado el veinticinco por ciento.» Hay que pensar que la mayor parte de los cultivos en los grandes latifundios americanos se hacen pensando en el negocio de las mercancías de exportación. En las mercancías de gran rendimiento crematístico, olvidándose de las necesidades de sus propias gentes de trabajo. En Buenos Aires, que tiene 3.500.000 habitantes, «320 familias acaparan el cuarenta por ciento de la extensión de sus tierras». La despreocupación moral con respecto a las necesidades auténticas es constante. La más ligera auscultación de la geología universal nos arroja, inmediatamente, en la verdad: la de no ser exclusivamente los asiáticos y los africanos los únicos pueblos con hambre, con epidemias, con miserias endémicas. Para resolver todos estos ingentes problemas que acosan al hombre, los de su alimentación de hoy y los de su alimentación de mañana, está claro que es preciso llegar a nuevas y poderosas transformaciones de las instituciones. Porque no se trata, sólo y exclusivamente, como cree mucha gente, de llegar a un perfeccionamiento de los métodos de cultivo, a una superpro-



Casi no sería preciso decir que estas montañas de nueces van a ser consumidas en una población sueca

ducción de unos u otros alimentos: se trata, simplemente, de considerar que parte de la sociedad humana no puede quedar abandonada y hambrienta casi en las mismas fronteras donde la alimentación superabunda de tal forma, que es preciso recurrir a la quema de los productos para impedir las grandes desvalorizaciones

ESPAÑA SE ENCUENTRA EN LA ZONA DE EQUILIBRIO

Todo este problema de desproporción entre alimentos producidos y alimentos que deben de ser consumidos no ocurre, como es sabido, en todos los lugares del mundo. Zonas auropeas y americanas se encuentran en una situación buena, y el fantasma del hambre sobre sus poblaciones no tiene, por ahora, los más mínimos visos de aparición.

Dentro de estas zonas de equilibrio se encuentra España. En España se ha utilizado, en los últimos años, el remedio técnico más inmediato conducente al aumento de los alimentos: la ferti-

lización del suelo y el empleo de máquinas agrícolas.

Más de un millón de nuevas hectáreas de cultivo han sido puestas en trance de dar nuevos frutos desde hace quince años. Y los rendimientos unitarios de los distintos productos agrícolas son, cada vez, más elevados.

Además de la producción, las regiones de España han variado de manera de comer. No es que la variación haya sido totalmente distinta, no. Mas lo cierto es que si antes las personas de tipo medio, por ejemplo, comían dos veces carne por semana, hoy comen siete; que si consumían veinticinco gramos diarios de azúcar por persona, hoy consumen sesenta o setenta; que si utilizaban aceite de oliva sólo para hacer mayonesa, hoy se emplea el óleo en toda clase de comidas. Entre la población rural es donde se ha verificado un cambio mayor.

En España, pues, el gran grupo de sus habitantes come mejor. Mejor condimentado y mejor de calidad.

LA MERLUZA Y LA SARDINA, EN UN PLANO DE IGUALDAD

Aun cuando la pesca no depende de la fertilización de la tierra, es evidente que el aumento de consumo de pescado supone dos cosas: por una parte, la existencia de una mayor cantidad de producto recogido, y por otra, cuando las especies son de mejor calidad, un refinamiento o superación en el gusto del consumidor

Todas las provincias españolas han aumentado la compra de aquellas existencias piscícolas que van destinadas a la sartén con aceite o a la cazuela con guiso. De dos a tres millones anuales de toneladas aumenta el pescado recogido en los mares españoles.

El crecimiento de la demanda en las poblaciones costeras es, desde luego, menos expresivo que el volumen ascendente del consumo del pescado en las provincias interiores.

Hay una capital interior que, exceptuando Madrid, ha sido, qui-



Izquierda: El cocinero de un hotel de Londres muestra orgulloso ese par de pavos.—Derecha: Los más prestigiados embutidos de todas las regiones francesas, en un mercado de París

zá, la que ha ocupado el primer puesto en la afición a los habitantes de los mares. Es Valladolid.

Trescientos mil kilogramos de pescado entran al mes en la capital del Pisuerga. Y una tercera parte de ellos son de merluza. La relación de pescado a habitante es inmejorable.

Los mariscos son un bocado exquisito. Esto lo saben todos los bebedores de cerveza, de manzanilla o de vino peleón. Y cuando en las barras de los bares se pide cada vez más gambas, cigalas, ostras o langostinos, es que el bolsillo de los que las piden lleva una particular floreciente economía.

Un cuarto de millón de kilogramos mensuales de aumento registran tanto los moluscos como los crustáceos. Y, entre todos ellos, son las ostras las que marcan la supremacía en cuanto a la novedad y a la petición de los parroquianos. Medio millón de kilogramos anuales de ostras se recogen en los criaderos españoles.

De esta manera, el pescado pone su presencia en el presupuesto alimenticio de nuestros vecinos. Más que de nuestros vecinos, de nosotros mismos. Que ahora para comer sardinas en casa hay muchas veces que pedirías. Porque las madres, las esposas o las hijas de nuestras casas se han aficionado por el lenguado, la pescadilla o la merluza. Entre otras cosas, porque pueden comprarlas.

TRES CAMPEONATOS: EL DE LA PERA, EL DE LA CEREZA Y EL DE LA MANZANA

Comer fruta de postre no tiene hoy importancia. Regiones que an-

tes no hacían apenas consumo de especies de otras producciones fruteras, son ahora las primeras en comprar las cosechas de aquello que antes no se consumía. Tal ocurre con la fresa. Cataluña es un ejemplo de esto. El consumo de fresa en diversos lugares catalanes ha aumentado vertiginosamente. Y las cestas de fresones rojos, ordenados entre hojas verdes, es un espectáculo corriente en gran número de mercados catalanes.

La producción total de fruta es, en España, superior a la media del decenio 1939-1948. En el año 1949 se recogieron treinta y dos millones y medio de quintales métricos por sólo treinta y uno y medio correspondientes a la media del período decenal anterior.

España es, desde luego, una inmensa huerta. No hay pueblo, por pequeño que sea, que no produzca alguna fruta, melocotón, ciruela, manzana, melón, naranjas, etc.... Sin embargo, hay lugares que batan récords.

La vega de Cabra es tal vez uno de ellos. Allí se recogen ciruelas, albarillos, manzanas y peras. Mas el título de campeón corresponde a la última especie. Treinta mil kilogramos diarios de peras se han llegado a recoger por los vecinos de la vega de Cabra.

Otro campeón lo tenemos en Corella, pueblo de Navarra. Las cerezas son una especie que igual ha servido como elemento literario que como zarcillos naturales puestos en las orejas de las muchachas. Pues bien; Corella ha producido ella sola un millón de kilogramos en una temporada. Es difícil que pueda igualarse, en cualquier parte del mundo, esta marca.

Y el tercer campeonato, el de la manzana, se lo lleva—¡cómo no!—Oviedo. Cien millones de kilogramos de manzanas se han recogido en Oviedo en la pasada temporada. Allí, cien árboles, con un pequeño huerto y un poco de ganado, son suficientes para sostener a una familia completa.

LOS BILBAÍNAS SON LOS QUE MAS JAMON COMEN

Uno de los índices que mide el nivel de vida de los habitantes de una nación está representado por el consumo de carne de los mismos.

En cerca de mil toneladas al mes aumenta el consumo de ganado vacuno en las capitales de provincia espa-

ñolas. Barcelona sola condimenta cien mil kilogramos de carne diarios, y Madrid, otro tanto.

Lo que, sin embargo, va perdiendo cada vez más la poca aceptación que antes tenía, es la carne de caballo. Apenas quedan tabajerías equinas en alguna que otra capital española.

Antes no se podría decir que el jamón era un artículo de primera necesidad. Hoy, a juzgar por el consumo que se hace de él en algunas capitales, acreditan al jamón como un artículo que ha pasado a ser del dominio público. Jamón lo come hoy, a pesar del precio, cualquiera. Y si no que se lo digan a los bilbaínos, que son los que se llevan el «gato al agua», que, en este caso, es «jamón a la ría». Cuarenta y cuatro mil jamones, con un peso de trescientos mil kilogramos, se han comido en un año los bilbaínos.

AHORA, PORQUE SE QUIERE, COMEMOS MENOS PAN

La leche y las verduras. Dos alimentos para vegetarianos A menos que sean muy rigoristas y no quieran saber nada de la primera. Hoy se produce y se toma más leche en España que nunca. Santander, en el segundo aspecto, es el centro lechero, por tradición y por presencia, más potente de España. De año en año, la demanda de leche asciende en una treinta por ciento.

Legazpi es, en Madrid, el centro regulador por donde pasan casi todas las verduras que se comen los madrileños. Bueno; al decir madrileños, incluimos a todos los que viven en un diámetro de diez kilómetros alrededor de la Puerta del Sol. Cada madrileño se come al año cien kilos de verduras, setenta y cinco de frutas y ciento cincuenta de patatas.

Ahora viene el pan. El pan y el trigo. En estos años últimos parece ser que en España se va comiendo menos pan. Y no es que no lo haya, que, gracias a Dios, las panaderías están muy bien surtidas y los panaderos hacen todo el pan que se quiera. Lo que ocurre es que el nivel de vida de los españoles, quiérase o no, sube perceptiblemente cada día. Y el pan se va reemplazando por otros manjares.

Como remate, un vaso de buen vino. España produce más vino que consume. Con lo cual hay de sobra para la exportación y es motivo de alegría para los que se quieren sentir «optimistas». El blanco, el clarete, el tinto, los Montilla, Moriles, gaditanos o de Jerez son tan conocidos de los españoles como la hora de entrar a la oficina o al trabajo. Y el vino se vende en las tabernas. Las tabernas españolas han sido muchas veces escenario de acontecimientos históricos. Barcelona es la ciudad que más tabernas posee: 3.380. Pudiera parecer que luego venía Madrid. Sin embargo, es Lugo la población en segundo lugar, con 2.849. Madrid ocupa el cuarto lugar—antes estaba La Coruña—, con 2.100 establecimientos de bebidas.

En España, pues, tenemos, afortunadamente, de todo. Y hay cosas que podemos enviar a otros países necesitados de ellas. Que en la distribución de los exceden-



Grandes cantidades de carne se consumen en Francia. Detalle del Matadero Central de París

tes en la fertilización de los campos y en la explotación racional e intensiva de las enormes extensiones de terrenos que en el mundo permanecen sin cultivo de ninguna clase está la solución al problema de la comida. Comer, para muchos, es casi una utopía. Pero la solución pueden encontrarla ellos mismos, sin más que poner en juego su propio y personal esfuerzo.

LA HORA DEL MEDICO EN LA ALIMENTACION

La escasez ha traído como consecuencia inmediata un examen más racional de la alimentación. Mientras hubo de todo, nadie se preocupó de elucubraciones sobre un régimen de alimentación u otro. Pero la llegada de la hora de las grandes necesidades puso sobre el tapete el problema de tener que escoger, entre muy pocos y variados alimentos, los que eran más útiles y perfectos para la vida.

Así, por ello mismo, Mac Lester: «En el pasado, la ciencia ha dotado a los pueblos que han sabido aprovecharse de los nuevos conocimientos acerca de las enfermedades infecciosas, de una salud mejor y de una vida más larga. En el futuro promete a aquellas razas que sepan aprovecharse de sus conocimientos en la nutrición una talla mayor, más vigor físico, mayor duración de la vida y más elevado nivel de desarrollo cultural.» Estamos asistiendo pues, a la puesta en marcha de toda una nueva manera de vivir.

EL ORGANISMO HUMANO

El organismo animal y, por tanto, el humano, puede considerarse como una máquina que produce y consume energía. Sólo que, al revés que la máquina, sigue consumiendo energía en el estado de reposo para mantener la temperatura del cuerpo. Esta máquina humana, esta perfecta, ajustada y milagrosa obra de Dios, sigue, pues, funcionando en el sueño. Sigue gastando y gastando calorías aun en aquellos momentos en los que, aparentemente, pareciera era imposible hacerlo.

La unidad de energía empleada en la nutrición es la caloría. Y la caloría es «cantidad de calor necesaria para elevar en un grado la temperatura de un litro de agua», dice un ilustre doctor.

Las necesidades calóricas mínimas en reposo absoluto ascienden a una caloría por kilogramo de peso y hora. Así, un individuo de setenta kilogramos, le corresponderán 70 por 24, igual 1.680 calorías.

Partiendo de este mínimo, las necesidades aumentan de acuerdo con la función desarrollada por el hombre. Por la función y la duración de ella.

VARIACIONES DE LA ALIMENTACION SEGUN EL CLIMA

Una ojeada a la alimentación acostumbrada en los países cálidos registra, sintomáticamente, la aparición de las frutas, verduras, carnes y pescados. Pasando del Ecuador, nos encontramos ya, en gran escala, con los alimentos farináceos. Y rápidamente, según nos adentramos en los paralelos del frío, aparecen los excitantes: el alcohol, la grasa, etc. Ya en el mundo esquimal, como todo el mundo sabe, las necesidades pasan a tomar formas divertidas. El



El berebere del Alto Atlas se alimenta principalmente de carne que asa al fuego según los métodos antiguos

esquimal acostumbra a beber aceite, en vez de agua, contra la sed. Las razones para ello son obvias: en los países fríos las necesidades calóricas aumentan, disminuyendo, a su vez, en los países cálidos España misma es un ejemplo. En Levante, en las tierras secas de Levante, el tomate alcanza la plenitud y la ascendencia de las frutas frescas. Se consume un poco, por así decirlo, «en el árbol».

CONSECUENCIAS

Este aspecto de la Medicina en la alimentación ha penetrado prodigiosamente en las gentes. La comida ha pasado a un plano nuevo de gravedad y de ligereza. El primer fin de la alimentación, dice el médico, es aportar una cantidad de materiales oxidables que sean capaces de suministrar la energía suficiente para nuestro gasto calórico. Por las razones que sean, el hombre actual está penetrado profundamente de ese impacto psicológico de comer de acuerdo con un método.

Si la mujer tuvo un tiempo como preocupación elegante el concepto de la «línea», este término se ha superado por uno de mayor belleza: por el de «estar en forma». La preocupación, un sí o no fenómeno de coquetería, se ha transformado en ley de todos. El hombre, el varón, más propenso al exceso, más radicalmente empujado al gran apetito, se ha entregado también a una relativa frugalidad. A la comida como medida. Esto es, como prolongación de la vida.

Y ello así, porque pertenece al común saber de todos que la cantidad de calorías a injerir debe ser proporcional al peso. Así, aceptando como es corriente el peso por los centímetros que pasan del metro, tendremos que el hombre

que pese ochenta kilogramos, a partir de una talla de 1,70, deberá comer menos que uno que se encuentre en situación contraria.

HACIA UNA MAYOR Y MEJOR PRODUCCION. LOS ALIMENTOS NO SE ACABAN

A pesar de las dificultades actuales y de todas las cifras y datos desagradables, no existe posibilidad de temor al futuro en cuanto al fin o a la escasez de los alimentos.

Durante la pasada guerra, los Estados Unidos necesitaron aumentar considerablemente su producción agrícola para alimentar, no sólo a los habitantes del país, sino también a las naciones aliadas, y ello se consiguió en gran parte El empleo de nuevos métodos de cultivo, unido todo ello al empleo intensivo de los abonos, ha aumentado el rendimiento agrícola norteamericano en un diez por ciento anual. Lo que significa, sencillamente, que en ocho años se ha venido a duplicar la ya gigantesca masa de productos de que disponen los Estados Unidos

Y no hay que olvidar que East y Peck consideran que la tierra está en disposición de producir los alimentos necesarios, sin recurrir a nuevos o insospechados elementos de cultivo, para una población una o dos veces mayor que la que, en los momentos actuales, tiene el mundo

Grandes organismos supranacionales, cooperaciones de diversos países, colaboran ya en la creación de una economía universal que sea capaz de resolver en la medida justa, humana y previsible, esas catástrofes de desnutrición que azotan epidémicamente al mundo

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON TOMÁS BARRAQUER

DON Tomás: Mirar por el ojo de la cerradura no es un fisgamiento de soplones, pues tras la celda del colegial o el calabozo del preso hay sendos guardianes que vigilan a través de angostos orificios. Mirar por el ojo de la cerradura, señor don Tomás Barraquer, es una profesión de oculistas, que mirando, remirando y requetemirando los ojos penetran en los entresijos del ser sin descerrajar el cerebro. Así como la dentadura nos adelanta un pedazo de nuestro esqueleto, de nuestra calavera, ¡así también los ojos son nuestra parte cerebral puesta al desnudo, desde que nacemos, sin trepanación ni psicoanálisis. Aquí están tímidos, trémulos y irremantes, rebosando la leche materna o con el pus de la malignidad del alma, azorados y escurtadores, ojos de buey, ojos de rana, ojos de mochuelo o inteligentísimos. No es menester que se busque la residencia del alma en la glándula pineal colocada dentro del cráneo o que se la sustituya modernamente por esa hipófisis, cuyo control sobre todas las hormonas concede a este fragmento minusculísimo del cerebro una función tan principal y monopolizadora, tan de mano dura, como el puño que recoge las riendas y conduce los cuatro caballos de la cuadriga. No es menester que se materialice el alma entre neuronas y secreciones internas para que don Tomás Barraquer sea un psicólogo experto mediante su oficio; porque no sólo se estudia en la Oftalmología la naturaleza y las enfermedades del ojo, sino que nadie está más cerca del desciframiento del carácter, de la raíz del hombre, que quien le examina, le avizora, le cuida, le opera, le sana los ojos, tragaluces de sus sesos. Y la sesera del hombre es algo tan fundamental como que radican allí, en el hipotálamo, los gérmenes de la obesidad o se pueden provocar unas fiebres infecciosas, sin bacilos, ni virus, ni bacterias, con sólo hurgar, como Speranski teoriza, algún trozo de aquella materia prepotente.

Antes de que usted se decidiera a recoger en un librito titulado «Observaciones y reflexiones» la gran experiencia o experimentación de su vida reflexiva y observadora, donde su pensamiento desafía al puzzle del aforismo, unificándose cual los rompecabezas infantiles en un cuerpo unitario de doctrina, usted había visto y curado muchos ojos (entre tantos, los míos) y había montado muchos caballos, llegando a ser un caballero, un diestro jinete, de dedos ágiles y músculos endurecidos. Durante su juventud, de una galopada se iba desde Madrid a El Escorial, como actualmente camina sobre un jaco enoíma del paisaje de Toro, cuando, en las vacaciones, concede un mes a su fatiga de once meses al borde de las córneas, de los glaucomas, de los iris, de las lágrimas... De casta le viene a usted la equitación, que es un arte ecuestre, militar, de mando, con igual abolengo familiar que su dedicación al oculismo, puesto que su padre fué el general Barraquer, Capitán General de Cataluña, Subsecretario de la Guerra, etcétera, etcétera, y el padre de su madre fué el general Cerero, mientras que los tíos, primos y sobrinos del restante clan Barraquer, en Madrid, Alicante y Barcelona, son famosos y duchos oftalmólogos. Tampoco me olvido de que otros parientes son el cardenal Vidal y Barraquer y aquel cura que se arruinó en la búsqueda de datos y documentos para escribir su obra acerca de las iglesias y monasterios catalanes destruidos y saqueados por el siglo XIX. Tal herencia y tal aprendizaje se le juntan en la sustancia de su libro, que refleja a la manera de un espejo cómo es usted y cuánto ha aprendido en la consulta de su casa y en su clínica del hospital de la Cruz Roja. La paciencia hay que contrapesarla con la zumba, la melancolía hay que mezclarla con la ironía, al tedio hay que colo-

carle por debajo cascabeles. De ese modo, don Tomás, aguanta usted a la gente y se aguanta usted a sí mismo, aunque su genio sea pacífico y no sea irascible; pero se le contrarió la vocación de investigador y otras inclinaciones que usted pudo domar por su manejo de la brida. Así ha quedado un médico más bien bajo que alto, cuales son los buenos desbravadores de potros y corredores de carreras; afable y cortés, pero con su brizna en los labios de socarronería, que a veces se rompe en una carcajada casi apoplética; dicharachero y, sin embargo, introvertido. (Aparte están sus habilidades y sus conocimientos como excelentísimo médico de ojos, de lo cual me declaro testigo, sobre todo, testigo ocular.) Este médico que es usted, como todos los médicos del protomedicato universal, más que de Anatomía y de Terapéutica saben del hombre en sí y del hombre de carne y de hueso, del hombre (tanto vale para el varón y para la dama esta palabra en su origen etimológico y adánico) que les da la lata y a quien devuelven salud o compañía, ya que el médico acompaña al enfermo al lado de la cabecera de la cama tanto como los ángeles tutelares.

Los éxitos literarios de los médicos, desde Avicena a Axel Munthe y desde Hipócrates a don Pío Baroja, se deben a ese dominio del corazón humano (el corazón es la víscera por antonomasia), o del cerebro humano, o de las hemorroides humanas, que también influyeron en la batalla de Waterloo. Dominio que se traduce en una sencillez y en una precisión expresivas, sociables, supersociales. El médico vive en sociedad y nada humano ni social le es extraño, consiguiendo éxitos que se le otorgan por ser tan sensible al dolor y a la alegría ajenos. No hay ni puede existir un médico misántropo, como acaso tampoco un médico filántropo, sino que su virtud, a semejanza de todas las virtudes, se halla en el justo medio. La filosofía del justo medio es la filosofía de Sancho Panza, de los refranes, que es la sabiduría de la especie para uso de los individuos, una filosofía específica, como son los específicos que recetan los médicos.

El libro de «Observaciones y reflexiones» está compuesto mirando demasiado por el ojo de la cerradura, hasta el extremismo de que usted propone que la más completa histología del sistema nervioso ha de servir para la Psicología experimental; pero también se remonta más arriba cuando se acuerda de sus dotes de jinete que monta con montura y le repugna el contacto directo con el pelo. Sólo la histología del sistema nervioso no basta para reconocer, las verdades, el amor, las mujeres, la inteligencia, las pasiones, los juicios, las palabras, la amistad y sus alrededores solitarios o acompañados, que son los capítulos de su libro. Desde que el mundo es mundo, una cosa única, como no sea Dios, no nos explica todas las cosas, y hay que ceder a cada cual lo suyo. Si prescindimos de la naturaleza, vuelve inmediatamente, al galope, según el adagio francés; pero si prescindimos del alma, entonces lo que resta es un montón de basura. Señor don Tomás Barraquer, el alma es, como las cataratas que se operan, una claridad a la postre. Esa luz verdadera que lo alumbraba y lo apacigua todo, que trae cordura a la agonia de Don Quijote y que no se debe confundir con la embriaguez placentera del baile, que tanto se parece a la satisfacción intelectual de querer tener razón con artificios lógicos. La música se apaga y la razón se pierde. Usted ha dicho: «El último compás de un vals tiene para nosotros cierta semejanza con la conclusión de un silogismo.» Le cito, aunque esta cita tiene menos garra y valor que la siguiente: «Sólo llegan a la madurez psicológica aquellas personas en cuyo ánimo pesa tanto el conocimiento como la ilusión.» Su madurez psicológica es una madurez cristiana.

LA INFORMACION Y EL BIEN COMUN

CADA día se acusa más claramente la influencia decisiva de la «información» en todos los aspectos de la vida del hombre y de la sociedad. Tan es así que del uso que se haga de los instrumentos hoy al servicio de ella depende, en gran medida, la conservación y desarrollo del «bien común». Más aún: «la información» es, en sí misma, parte integrante del bien común nacional. No es extraño, por lo tanto, que el tema aflore frecuentemente en las columnas de los periódicos y constituya una seria preocupación para los hombres sobre los que pesan las responsabilidades públicas.

Ultimamente, sobre todo a partir del discurso pronunciado por el señor Arias Salgado ante el Consejo Nacional de Prensa, que tuvo lugar en diciembre del pasado año, las revistas y diarios españoles se han ocupado con gran interés del asunto. Para todos resulta indiscutible que tanto el dirigismo férreo como la Prensa incontrolada y ajena a los intereses de la comunidad son inaceptables. «Efectivamente—decía nuestro querido colega «Ya» en su número del día 18 de este mes—, ni como católicos ni como simples personas con uso de razón nos es lícito admitir la libertad omnimoda de pensar y escribir todo lo que se ocurra... La libertad es un medio para la verdad y el bien, no un fin en sí misma. El uso de ella sin trabas llevaría a la tiranía del más fuerte y menos escrupuloso... Un cierto control de la Prensa—y de los demás medios de información—se deduce como obligado corolario de lo mismo.»

Evidentemente, para «Ya» resultan acertadas y perfectamente acordes con la doctrina católica las líneas ideales maestras a que se ajusta hoy el Estado español en estas materias. Pero creemos que algunos puntos de vista y criterios esbozados en el editorial a que nos referimos sobre las facultades y deberes del Estado en relación con los medios de información necesitan ser analizados con cierto detenimiento.

De acuerdo en que la manifestación correcta de una opinión pública sana está amparada y exigida por el derecho natural, como dice Pío XII. Mas hay que tener en cuenta que es el mismo Pío XII quien aclara con precisión admirable lo que ha de entenderse por «opinión pública», y lo aclara, precisamente, en uno de los textos citados por «Ya». Se trata de la opinión de aquellos «hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados con la comunidad». En estas palabras hay que detener la reflexión, que es justamente lo que no suele hacerse. Porque es también Pío XII quien, refiriéndose a la fidelidad que el periodista debe guardar para con la verdad, decía en el año 1953 ante una nutrida representación de corresponsales extranjeros acreditados en Italia: «Sin embargo, ¡cuántas tentaciones tratan de apartaros de ellas!; tentaciones provenientes de los intereses de partido y acaso de la empresa misma por cuenta de la cual trabajáis... sin olvidar tampoco que la conspiración del silencio puede también ofender gravemente la verdad y la justicia.» Y añadía: «Después están las tenta-

ciones por parte de la opinión pública, más exactamente de las opiniones del público, que el periodista no puede seguir sin reservas, él, que precisamente debe ajustarlas a la verdad y al derecho, y asimismo depurarlas y guiarlas.» La función, pues, de la información no es simplemente la de ser receptor y transmisor, sino muy particularmente la de ajustar esa opinión a derecho, razón y norma; a depurarla y guiarla. En aquella misma ocasión señalaba el Santo Padre que era deber de la Prensa «la educación de la opinión pública en orden a mirar las cosas como ellas son, a considerar la verdad sin pasión, con calma y dignidad». Ya en el año 1946, al tratar de la responsabilidad del periodista, afirmaba: «La verdad es discreta y sabe que la realidad debe circunscribirse a veces por la reserva para que el mal no se difunda mientras el bien se difumina.» La amplitud y volumen de esta responsabilidad fijaba así Pío XII el año 1945, en una audiencia concedida a un grupo de periodistas norteamericanos: «Un director, un redactor o un orador que es consciente de su elevada vocación y responsabilidades está siempre atento a la obligación de que cuenta con miles o millones de gentes que pueden verse profundamente afectas por sus palabras.»

¿Puede afirmarse seriamente que los intereses legítimos de estos millones de hombres, que los intereses legítimos de la comunidad, que tan directamente pueden verse dañados o favorecidos por el acertado o desacertado uso de los medios de información, representan un área de problemas ante los cuales el Estado ha de mantener una mera acción negativa, que, en definitiva, no sería sino puro liberalismo? ¿Es que con esta actitud estrictamente negativa, de mera vigilancia, cumple el Estado con su deber de fomentar, estimular, promover y tutelar el bien común? ¿Es que puede negarse al Estado la facultad de intervenir, dentro de los justos límites, en la educación y orientación de la comunidad a la que se debe? ¿No sería esto tanto como propugnar un Estado indiferente y meramente policiaco? ¿Es que no corresponde al Estado participación alguna en la coordinación y armonización entre las libertades civiles y la organización del bien común? A este respecto juzgamos de la mayor oportunidad la carta dirigida por el actual Pontífice, cuando era secretario de Estado de Su Santidad Pío XI, dirigida a los asistentes de una reunión de las Semanas Sociales de Francia: «Los católicos deben ser los primeros—escribía—en aportar su concurso para resolver la gran dificultad que hay en conciliar el ejercicio de las libertades sociales con el orden civil y el bien común. Esta dificultad procede de lo siguiente: que la actividad de los individuos o de los grupos, si no está gobernada por una disciplina fuerte y sabia, puede chocar con las de otros, dividir las fuerzas comunes, crear motivos de lucha y de desorden.» Entendemos que esta disciplina fuerte y sabia, que esté gobierno, superior a los individuos y a los grupos, también debe ejercerse de un modo positivo en cuanto afecta a la información y a sus medios.

EL ESPAÑOL

DE LAS
PIEDRAS, PAN

DEL AHORRO A LA COMPRA A PLAZOS

PARECE que el ahorro constituye una idea anacrónica. El siglo XIX es, desde luego, un siglo ahorrador. Pensemos en el mandato de Guizot: «¡Enriqueceros!» ¡Enriqueceros por el ahorro, la honradez y el trabajo! Actualmente, frente al impe-

rativo del ministro de Luis Felipe, podemos señalar el «¡vivan confortablemente!» que nos formulan con su ejemplo los Estados Unidos. Vivan en confort, y para ello la compra a plazos, antítesis de la virtud del ahorro. La compra a plazos parece sim-

bolizar una mentalidad, una forma de vida, propia de nuestro tiempo. He aquí por qué ese tema de la compra a plazos que se ofrece virgen de glosas, de análisis, de interpretaciones, por lo menos en nuestro país, creemos que encierra mucha recun-

didad en la averiguación de lo que somos, de lo que nos caracteriza como hombres del siglo XX. Pero la presente nota se limitará a preguntarse, sin propósitos moralizadores, sino tan sólo expositivos, lo siguiente: ¿Es buena, es mala la compra a plazos?

Recientemente leíamos en Gustavo Thibon que el excesivo culto al dinero ahorrado ha contribuido a esterilizar la vida espiritual de Europa. Afirma Thibon que el mismo cristianismo ha sufrido cruelmente, a la vez deformado por esa necesidad artificial y enfermiza de los europeos a la seguridad-dinero, a la seguridad-ahorro. No obstante, pensemos en la venta a plazos

Fué Henry Ford quien se dio cuenta que sus obreros podían ser los primeros clientes de su factoría, concediéndoles amplias facilidades de pago, sin aumentar usurariamente los precios de los coches. Esa iniciativa tuvo un extraordinario éxito. La mayoría de los obreros y empleados americanos poseen actualmente un coche adquirido a plazos, o sea, un coche que no es completamente suyo.

La venta a plazos da la sensación de que todo ocurre como si la clientela, los usuarios de los bienes adquiridos anticipadamente con las facilidades de pa-

go, tuviesen grandes posibilidades económicas, dispusiesen de un fuerte ahorro. Ello produce un cierto dinamismo a la economía casera. En las modestas economías familiares actúa como una aceleración, como una motorización de la capacidad adquisitiva. Por aquel procedimiento los Estados Unidos han podido poner al alcance de los asalariados las ventajas del progreso técnico. Pero es posible en América porque los salarios son generalmente elevados y porque aquel país vive un momento de prosperidad económica. Nosotros creemos que la difusión del procedimiento de la venta a plazos en España y Europa ofrece numerosas interrogantes.

La compra a plazos como no sea de esos bienes que afirman y complementan la personalidad humana, y pensamos concretamente en la vivienda familiar, en el utillaje de nuestra modesta industria o en los libros que nos son necesarios para nuestro desarrollo profesional; la compra a plazos de objetos superfluos o de confort, es onerosa para la dignidad y la libertad humanas. El valor del hombre siempre se ha calificado por la capacidad de resistencia de cada quién frente a los anhelos, a las aspiraciones, a los deseos sin directriz, dispersos, sin lógica, suscitados por el espíritu infantil y caprichoso, más bien que por la inteligencia o por la razón. El individuo que

debe se constituye prisionero de sus deudas. Si no se siente prisionero de sus deudas, principalmente de las deudas que hubiese podido evitar—coches, neveras, joyas, lotería, aventuras, etcétera—, podemos decir que no es un caballero. El cambiar la libertad por un confort material estandarizado supone la parálisis de la capacidad de vivir y entender los valores originales y superiores en los que, sin duda alguna, se sostiene el progreso individual y familiar de cada uno de nosotros. Los hombres actuales se parecerían a los salvajes que cambiaban oro por barajitas de vidrio si voluntariamente renunciaban a la libertad para convertirse en esclavos de un inmenso crédito que no les facilite otra cosa que un estilo de vida uniforme, fantasmal, vacío. Nosotros creemos que ese estilo de vida, a pesar de su elevado confort, no responde exactamente a las aspiraciones del español medio. No podemos afirmar rotundamente que el ahorro sea bueno o malo en sí. Ni tampoco nos atreveríamos a condenar la compra a plazos. Pero nos parece que todo aquello que favorezca la independencia de cada uno de nosotros es bueno y educador. El mejor confort, aquí en España, se llama independencia personal.

Claudio COLOMER MARQUES

TORPEZA POLITICA

LA reciente visita de la Reina de Inglaterra a Gibraltar, en un tiempo en que en todo el mundo se condenan y rechazan los principios inspiradores del colonialismo inglés, ha unido a su tremendo desacuerdo político particular, a la equivocación indudable que supone con referencia a la común conciencia política del pueblo español, el absoluto error táctico que tal visita significa, considerada dentro del amplio marco de la opinión internacional, del sentir universal de los pueblos. Para nadie, y mucho menos para España, de cuya geografía formó siempre parte el Peñón, y en cuya vida siempre estuvo presente como una reivindicación imprescriptible, es título válido la retención por la fuerza, la explotación proseguida a lo largo del tiempo, aunque este tiempo alcance una cifra que rebasa los dos siglos. Porque ni dos siglos pueden subsanar la traición que colocó este trozo de tierra española en las manos rapaces de Inglaterra, ni el paso lento de dos centurias tiene virtud para acallar la voz con que clama la justicia contra la situación de una ciudad española —La Línea de la Concepción— convertida en suburbio de un establecimiento militar inglés, contra la explotación laboral de los trabajadores españoles, a los que se somete en la plaza inglesa a un trato diferencial, y contra el comercio oficial de un contrabando general y continuo, de cuyos pingües beneficios se nutren los capítulos de ingresos del Peñón, convertido en centro y origen de todo este ilícito comercio.

Desacuerdo político la visita de Su Majestad británica, que quizá no le haya servido siquiera para percibir la verdad real de una situación que la propaganda de su país falsea y deforma, porque la corrección mantenida por el pueblo español durante su estancia en Gibraltar no admite ninguna explicación favorable a Inglaterra: significa solamente una postura de cortesía elemental ante una reina obligada a representar un papel odioso e inútil. España se

mantiene unida y unánime en la reivindicación del Peñón, unida y unánime en la decisión firme de que Gibraltar no viva a costa de su cuerpo, de que termine el contrabando y la especulación, de que Gibraltar no siga siendo la "city" de ningún suburbio español y el campo que lo rodea se vea libre de los desahogos infamantes de su soldadesca. Unida y unánime en la condenación de la explotación de los obreros españoles y en la repulsa frente a la propaganda protestante que se intenta irradiar desde la roca de Calpe.

Un error táctico, ante la opinión universal, la visita, porque ningún país del mundo es hoy favorable a las usurpaciones colonialistas o las tretas mendaces de los primeros ministros ingleses del antiguo régimen, que hacen falsos ofrecimientos en horas de apuros y quebrantan luego la palabra empeñada, aunque ello signifique el deshonor y el desprestigio para su nación.

Hoy, Gibraltar, no merece una guerra. Los nuevos tiempos traen hombres y sistemas nuevos. El viejo poderío inglés se desmorona, y simple transcurso del tiempo enmendará las injusticias y corregirá los abusos de fuerza. Gibraltar volverá a ser español, pese a los siglos vividos bajo el pabellón inglés, pese a las astucias de los políticos mendaces, pese a las confabulaciones de las logias y a las visitas inoportunas de las reinas, obligadas a representar papeles desatrados.

No comprendemos las razones que tuviera el Gobierno inglés para desoir las peticiones españolas y decidir esta desafortunada visita a Gibraltar. Ni comprendemos tampoco la torpeza de una política que prefiere el rencor y la hostilidad a la amistad y noble colaboración entre los países. Pero vivimos alerta y sabemos esperar.

ELESPANOL

QUINCE MINUTOS CON EL DIRECTOR GENERAL DE LA UNESCO

**EL DOCTOR EVANS
ELEGIRIA LA BIBLIA,
EL "QUIJOTE" Y
SHAKESPEARE PARA
PASAR UN AÑO EN
UNA ISLA DESIERTA**

SETECIENTAS MIL PESETAS DE SUELDO

COMO nuestros lectores saben ha permanecido en España durante cuatro días el director general de la UNESCO, doctor Luther H. Evans. Cuando fuimos a celebrar esta entrevista para EL ESPAÑOL acababa de regresar del Museo del Prado. Al entrar en el hall del hotel donde le esperábamos le reconocimos inmediatamente, pues su fotografía había sido torrencialmente divulgada. El doctor Evans es de elevada estatura, corpulento y elegante, con una diríamos elegancia europea. Aunque nacido en el Estado de Tejas, su aspecto es de lo menos tejano que uno pueda imaginarse. Nada de sombrero vaquero ni de corbata en tonocolor.

Sin embargo, tampoco tiene aspecto de profesor, como podría esperarse de un bibliotecario de profesión que se ha movido toda su vida entre libros y papeles. En realidad es muy difícil encontrar a un norteamericano con «aire» profesoral, a la manera convencional europea. Para decirlo de una vez: el director general de la UNESCO responde al estereotipado «businessman» de su tierra. Confesemos que la profesión de bibliotecario no congenia bien con la imagen tópico de los Estados Unidos. Es curioso pensar que la inmensa publicidad que tienen las cosas norteamericanas no ha sido suficiente para alterar esa imagen, de la que todos sospechamos que es bastante falsa. El doctor Evans es de verdad un bibliotecario y un hombre muy enterado en cuestiones bibliográficas. Una vocación que rima perfectamente con el cargo de director general de la UNESCO, esa organización de las Naciones Unidas para la cultura, la ciencia y la educación que trata de fomentar la paz y el entendimiento entre los pueblos por medio de la letra impresa.

LIBROS Y PAPELES

Nos presentó al doctor Luther H. Evans el secretario de Prensa



El doctor Evans saluda a los periodistas mientras descende de las escaleras del hotel

de la UNESCO, señor Gamarra. La entrevista la celebramos en la salita de la «suite» que el doctor Evans ha ocupado en un hotel madrileño. Como es lógico no había en ella ni un solo detalle personal. En esta entrevista falta, pues, esa cosa tan importante

que es el «ambiente» de la personalidad entrevistada y que tanto enriquece nuestro conocimiento de ella.

Comienza el interrogatorio:

—Acaba usted de regresar del Museo del Prado. ¿Qué impresión le ha producido?

—Magnífica. Una auténtica maravilla. En la UNESCO recibimos muchas peticiones de buenas reproducciones de los cuadros del Prado. Pero por ahora no podemos atenderlas. Habrá que hacerlo algún día. Reproducir fielmente los matices de una obra maestra es muy difícil, y en España las artes gráficas todavía no están a la altura de esa exigencia.

El acento con que habla mister Evans el castellano es impecablemente americano. El acento de quien ha leído muchos libros en nuestro idioma, pero que ha tenido pocas ocasiones de hablarlo.

El señor Gamarra nos ha dicho a propósito que, tanto él como la secretaria de mister Evans, que es española, no acostumbran a hablarle en inglés, sino en español, para que se vaya familiarizando con nuestro idioma.

—¿Dónde aprendió usted nuestra lengua, mister Evans?

—En mis años mozos, en la Universidad. Después lo he practicado en mis visitas a las Repúblicas hispanoamericanas.

—Usted fué director de la Biblioteca del Congreso. ¿Contiene muchos libros españoles?

—La sección española de la bi-

bliblioteca es una de las mejores del mundo y yo la he dedicado una atención preferente. Tenemos allí muchos incunables y muchos documentos históricos españoles.

—Entre estos documentos históricos, ¿hay alguno que aluda a la ayuda que España prestó a los Estados Unidos durante la guerra de su independencia?

—Seguramente.

(Recuerdo que el general Villoughby, que fué jefe del Servicio de Inteligencia del general Mac Arthur de 1941 a 1951 nos dijo, ya hace un par de años, que había recorrido todas las bibliotecas de Washington en busca de libros sobre la guerra civil española y que no había encontrado nada.)

18.000 DOLARES AL AÑO

—¿Le obliga su cargo a viajar mucho?

—Calcule usted. Desde primeros de año he visitado 12 países. Y desde julio del año pasado, fecha en que fui designado director general de la UNESCO, estuve en seis países hispanoamericanos, dos veces en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Holanda, en Italia, en Suiza, en la India, en el Japón y en Oriente Medio. No puedo decirle en este momento el número de kilómetros que esto significa. Muchos millares.

—¿Qué sueldo percibe usted como director general de la UNESCO?

—Dieciocho mil dólares al año. (Aproximadamente, en pesetas, 700.000. No está mal.)

—¿A cuánto asciende el presupuesto general de gastos de la UNESCO?

—A nueve millones de dólares al año.

Poco dinero, en verdad, para una empresa de objetivos tan dilatados. Hace algún tiempo que incluso se habló de disolver esta organización de las Naciones Unidas por falta de recursos.

«DE CONSOLATIONE BIBLIOPHIAE»

Llegados a este punto de la conversación entramos en el capítulo de las que pudiéramos llamar preguntas específicas.

—Señor Evans, ¿crea usted que el retraso cultural en los pueblos tiene algo que ver con la guerra y con la paz?

Meditó la respuesta unos segundos.

—Si por retraso cultural entendemos una incomunicación entre los pueblos, es evidente que sí tiene mucho que ver con la paz y con la guerra. Los pueblos luchan entre sí porque no se aman, y no se aman porque no se conocen.

El doctor Evans acaba de enunciar un principio muy socrático.

—¿Cómo se explica usted que sean precisamente las naciones más civilizadas las que protagonizan el peligro de una nueva guerra mundial?

Ahora la respuesta es rápida y, desde luego, convincente.

—Creo que ni siquiera las naciones más civilizadas están lo suficientemente civilizadas. Cuando lo estén más es de suponer que no habrá guerras.

—En su opinión, ¿qué disciplina del saber humano puede contribuir hoy más a la tranquilidad de los espíritus: la religión, la filosofía, el arte, la ciencia...

—En general, todas. De todas ellas necesitamos echar mano para tranquilizar los espíritus.

—Usted, concretamente, ¿cuál cultiva más de esas disciplinas?

—La bibliografía.

(«De consolatione bibliophae». Algo verdaderamente inesperado.)

Como la respuesta ha sido un tanto vaga apuramos un poco más, recurriendo a un viejo truco periodístico.

—Si tuviese usted que pasar un año en una isla solitaria y sólo le permitiesen llevar consigo un libro, ¿cuál elegiría?

Esta pregunta ha provocado una alegre carcajada en el director general de la UNESCO. Después se siente un poco preocupado ante la idea de pasar un año en una isla desierta con un solo libro.

—¿Tiene que ser precisamente un libro solo?

Nos mostramos inflexibles:

—Lo siento, mister Evans, pero uno nada más.

—Bien. En ese caso me quedaría con la Biblia. Pero si fuese usted tan generoso que, en lugar de uno, me dejase llevar tres, los otros dos, además de la Biblia, serían el «Quijote» y Shakespeare.

Volvemos al tema de la paz y de la cultura.

—¿Sabe usted de algún país que dedique más presupuesto a educación que a las fuerzas armadas?

—Sé de varios en Hispanoamérica. Por ejemplo, Costa Rica, Salvador, Méjico, Perú, etc. Concretamente, El Salvador tiene dispuesto que por lo menos el 25 por 100 del presupuesto nacional ha de destinarse a la instrucción pública. Claro está que estos países, como usted sabe, no tienen obligaciones militares, cosa que no ocurre con la inmensa mayoría de las naciones.

—¿Cuál significa usted que es el método más radical y adecuado para terminar con el problema del analfabetismo en el mundo?

—Dos cosas: la primera, una buena formación de los maestros. La segunda, dinero.

La fórmula, como puede verse, es universal.

—¿Cree usted, mister Evans, que la gente letrada es, en general, más feliz que la analfabeta?

—No. En general, el hombre que sabe leer y escribir dispone de más medios para la lucha por la vida. ¿Por qué me ha hecho usted esta pregunta?

—Porque estaba pensando en eso de que «quien añade saber añade dolor», y también en un cuento de Somerset Maugham, llevado a la pantalla: «El sacristán».

LA CONTRIBUCION DE ESPAÑA A LA UNESCO

—¿Cuántos libros y folletos publica la UNESCO al año?

—Tenemos muchas publicaciones periódicas, que llegan a todas las mejores bibliotecas del mundo, unas 8.000. En cuanto a libros, unos 250.

—¿Qué tiradas hacen ustedes?

—Oscilan, según la clase de publicaciones. Unas llegan a los 75.000 ejemplares.

(La UNESCO edita también informes en los que trabajan equipos enteros de investigadores. El último informe que ha llegado a nuestras manos se refiere al cre-

cimiento de la población mundial en relación con el aumento de las reservas alimenticias.)

A las dos preguntas que hizo nos seguidamente al doctor Evans, las respuestas fueron de una impecable vaguedad diplomática. No hay que olvidar que la UNESCO está integrada por 70 naciones de muy diverso nivel cultural.

—¿Qué país o grupos de países está más necesitado de la asistencia de la UNESCO?

—Los más atrasados.

—¿Qué país o grupo de países necesita menos del concurso de la organización que usted dirige?

—Los más adelantados. Pero, en general, todos necesitan y todos se benefician del trabajo de la UNESCO.

—¿Atienden los Gobierno interesados las sugerencias y consejos que da ese organismo en materia de educación, de ciencia y de cultura?

—Sí.

—¿Está en proporción el mayor o menor número de lectores de periódicos con el nivel cultural de los países en que se editan?

—Eso varía mucho de país a país, porque la orientación de la Prensa también es muy distinta. Puede decirse que una Prensa es formativa y otra meramente informativa.

—¿Se ha formado usted opinión sobre la Prensa española?

—He tenido poco tiempo para leer periódicos aquí. Pero lo que sí sé es que España figura entre los doce países del mundo que sobrepasan una tirada diaria de cinco millones de ejemplares, y entre los 20 que tienen más de cien periódicos diarios.

—¿Qué aspectos culturales de España pueden contribuir mejor a la obra de la UNESCO?

—España es uno de los países que más han enriquecido la cultura universal. Como usted sabe, recientemente se clausuró solemnemente el 700 aniversario de la Universidad de Salamanca. Respondiendo más concretamente a su pregunta, hay aspectos de la cultura española, como la literatura, la pintura, la música, etcétera, que merecen una divulgación universal. A este respecto, la UNESCO ha encargado una traducción de «Don Quijote» al árabe.

OCHOCIENTAS PERSONAS TRABAJAN CON EL DOCTOR EVANS

—¿Está usted satisfecho de lo que por ahora ha hecho la UNESCO?

—Sí; pero todavía queda mucho por hacer. Nuestra tarea es inagotable.

—¿Cuántas personas trabajan a sus órdenes en París?

—Unas 800 personas.

Disponíamos exactamente de quince minutos para celebrar esta entrevista. El señor Evans consultó su reloj. Habían pasado los quince minutos. Nos levantamos y nos despedimos.

Ojalá sea verdad eso de que la cultura, la ciencia y la educación puedan hacer algo por la paz entre las naciones. Por ahora cierta cultura, cierta ciencia y ciertos modos de educación nos han llevado a vivir angustiosamente lo que el Papa ha llamado la «civilización del miedo».

M. BLANCO TOBIO

ENTRE GUARDIA Y GUARDIA LOS SOLDADOS ESCRIBEN

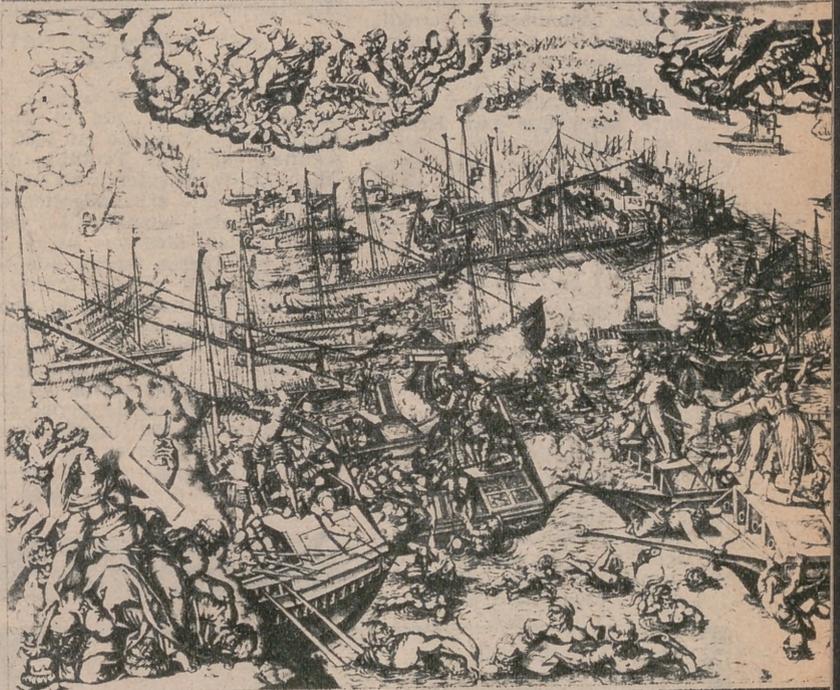
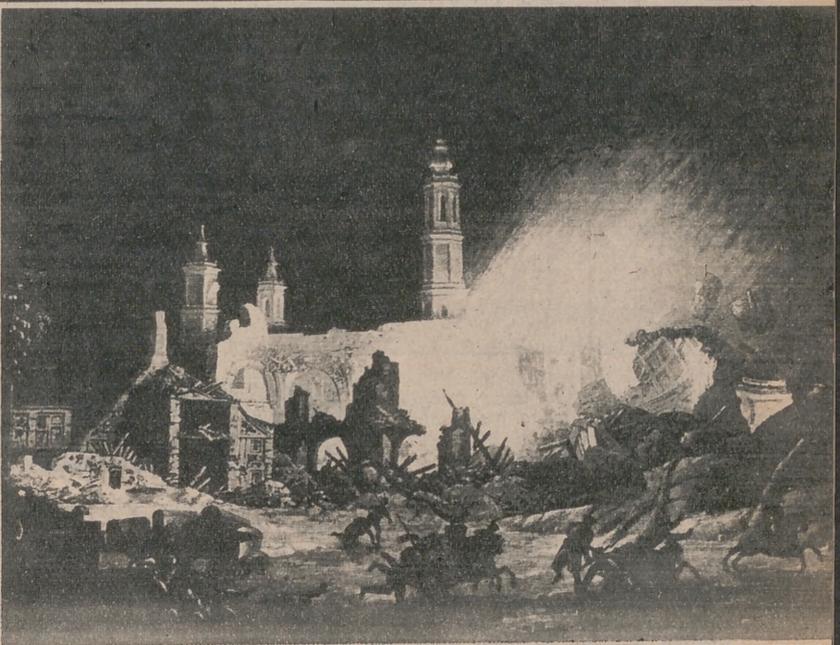
LA HISTORIA SE APRENDE PASEANDO

UN NODO EN COLOR DE 90 METROS DE LARGO

LA historia se aprende de pequeño. Entonces la imaginación, aun la más desarrollada, no termina de hacerse a la idea de lo que son las guerras. El niño piensa que no son más que hierro, pólvora y caballos. Pero esto no es cierto. La espada ha abierto siempre surcos tan profundos como los del arado, y toda guerra nueva se ha repetido y se repite de formas diferentes.

Pocas cosas hacen vibrar y acudir más presto al español que la trompeta de las heroicas hazañas. Eso no: ha dado siempre carácter y prestigio ante el mundo. Hemos sabido luchar y morir como ningún otro pueblo. La guerra, cuando tuvo acentos de movilización misional, ha sido nuestro fuerte, nuestro empaque y nuestra seguridad. Los ejércitos del mundo saben muy bien que en cuestión de batallas aquí está la licenciatura y el doctorado; que aquí los niños de la escuela, y aun los hombres de las oficinas, cuando oyen hablar de Hernán Cortés o de El Empeñadito tres veces seguidas ya están, el uno llorando por no crecer más aprisa y el otro evocando la última estrofa de una marcha guerrera.

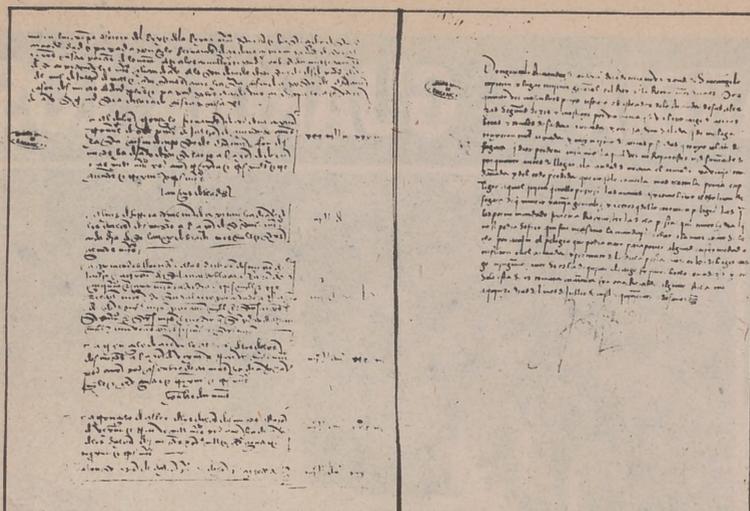
Ningún documento tiene por más serio y grave el hombre español que su cartilla militar; es con la única identidad que no admite bromas. Pero si el hom-



Arriba: Voladura de la iglesia de Santa Engracia por una mina colocada por los franceses en la guerra de la Independencia.—Abajo: Minucioso y artístico grabado de Giovanni Battista (1572), que se refiere a la batalla de Lepanto

bre español es además universitario y medio poeta y le ponen por delante el expediente de Garcilaso, ya veréis lo que siente. Y si es flamante cadete y le presentáis la «Hoja de servicios de Daoíz», en la que se lee: «Es a propósito para el ascenso regular», ya podéis calcular la impaciencia que ha de entrarle porque se presente una ocasión honrosa en que salvar patria y acrecentar honor. Y hasta si es un medio labrador, medio terra-

teniente, y podéis hacer que vea el bando del alcalde de Móstoles o las octavillas del cura Santa Cruz, le veréis brillar los ojos y temblar la barba. Y no digamos nada si ha sido ex combatiente de la última jornada—una de las que más abolengo de raza e instinto histórico nos ha dado ante el mundo—y le mostráis los libretos de música de las canciones que él cantó en las frías alboradas de Teruel, creed que su sangre no permanecerá helada.



neas— que se alegra más de haber evitado el saqueo de la ciudad que de haberla conquistado.

Muy al lado tenemos la relación de la Armada Invencible, y también la relación del desastre hecho por el contador de la Flota, Pedro Coco. También es curioso el documento que da cuenta de los prisioneros hechos en la batalla de San Quintín, cuatro folios, muy expresivos. Las cifras saltan, con todo, de la difícil escritura. Seis mil infantes muertos, cinco mil de a caballo, etcétera. Luego, entre los prisioneros, el Condestable, su yerno, su hijo..., etc.

El extracto de Mayoría General dando cuenta de la batalla de Trafalgar (1805) también es conciso. Está redactado de veinticuatro en veinticuatro horas y cada fecha, por ejemplo, del día 26 al 27, o del 27 al 28, lo más que contiene son seis líneas.

UN MODO DE ENTENDER LA GUERRA: EL ESPAÑOL

No hay que saltarse el documento en que Alfonso VIII, al dar cuenta de la batalla de las Navas de Tolosa, en la que ha vencido a Almiramolin; Rey de Marruecos, en batalla campal, agrega: «...pero no por méritos nuestros, sino por ayuda de Dios y de mis vasallos». Con Reyes así debía de dar gusto hacer la guerra.

Y entre los privilegios, rodeados de sellos, de Jaime III, Martín I, Pedro IV de Aragón, etcétera, nos deja boquiabiertos aquel de Fernando III, de 1248: «Facta carta—dice—in exercitu prope Sivilliam»; o el de Alfonso XI, de 1349, dado en el Real sobre Gibraltar, y aquí sí que se puede decir que la historia es volver y siempre comenzar.

Doce líneas ocupa la comunicación de Fernando el Católico al Abad de Poblet notificándole la conquista de Granada. En ella se añade que por más de setecientos años se habían enseñoreado de la ciudad «los enemigos de la fe» y que, por fin, vuelve al reino de la verdad. «Os digo esto—viene a concluir—porque sé el placer que de ello tendréis y para que deis gracias a Dios, a cuya gloria y ensalzamiento», etc. Muy cerca de este pliego están las Capitulaciones de Granada, rubricadas por el propio Boabdil, firma enrevesada que hay que aceptar sencillamente por el argumento de autoridad de los que entienden de estas cosas y, sobre todo, por los que saben árabe.

Esta sala está muy bien rematada con la armadura del duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo (siglo XVI), que presenta una abolladura tremenda encima del corazón.

—Esta no sería mortal...

—Pero probablemente le hizo caer del caballo.

Estas limpias armaduras que forman guardia en la Exposición hacen que uno de momento—se sienta, soñando, un poco héroe. Dan ganas de coger una lanza y echar a correr Recoletos adelante.

He aquí las famosas cuentas del Gran Capitán, que todo el mundo tiene por fábula

de sus privilegios y de sus fuerzas.»

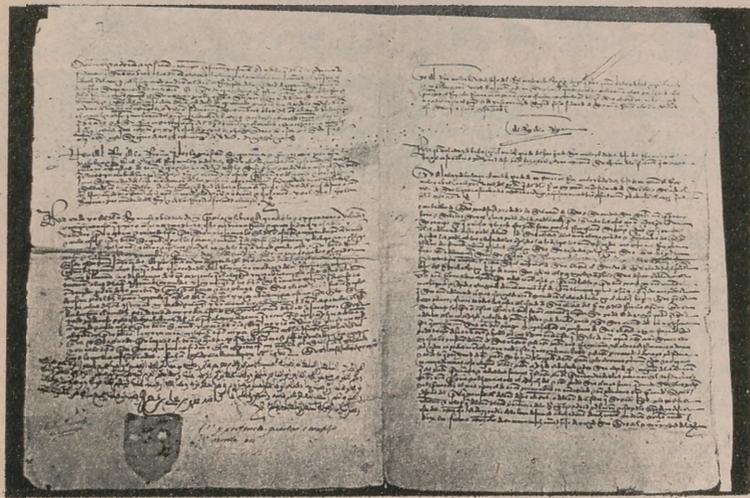
Y puesto ya este pórtico, entremos con tiento, pero animosos, en esta Exposición donde la que tiene que decir la primera y última palabra es la historia. La Historia—mejor—con mayúscula.

LAS GRANDES BATALLAS

En el centro de esta sala tenemos la espada que el Papa Inocencio VIII regaló en 1486 al segundo conde de Tendilla, don Íñigo López de Mendoza, acompañada de una espada gótica española y otra alemana. La gente, al verlas, dice que estas espadas por fuerza tenían que ser manejadas con las dos manos.

No deja de llamarnos la atención una breve carta del duque de Alba, colocada en una de las vitrinas, en la que comunica, en doce líneas, la conquista de Lisboa. ¡La cantidad de papel que habrían empleado algunos de haberse encontrado en esta oportunidad! En dicha carta dice—y aun le han llegado las doce li-

Las capitulaciones de Granada, firmadas por Boabdil



LAS FAMOSAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN DEMUESTRAN QUE EL ESTRAPERLO ES UN VICIO ANTIGUO

En la página abierta de este levísimo sumario de las «Cuentas del Gran Capitán» (15 de julio de 1502) lo que más nos llama la atención es una carta al Abastecedor, en la cual el Gran Capitán protesta de un envío de barriles de arenques que han llegado a la Intendencia en malísimas condiciones. El Gran Capitán protesta enérgicamente y añade que ni siquiera el olor se podía resistir y que un tal Juan de Fogaza, que los ha probado, ha muerto.

Repasando el legajo, se percibe un fuerte olor a arenque podrido, tal es la fuerza descriptiva y rotunda de la protesta. Ya con el olor dentro, no hay quien siga. De todos modos, lo que queda claro es que siempre ha habido mercaderes que han querido medrar con la guerra y la tropa,

DE BUENA GANA ARRANCARIA LA PAGINA

Si no hubiera Policía Armada y bomberos en la Biblioteca Nacional quizá uno, en un arrebato de fervor por la patria chica, se habría acercado cautelosamente a la vitrina quinta, y haciendo como que copiaba muy eruditamente un párrafo de las «Ordenanzas de Carlos III» le habría arrancado aquella página donde habla de que no quiere en sus ejércitos «murcianos... y demás gente de mal vivir». Porque esta cláusula ya pesa bastante en el refranero popular y no se puede explicar, uno a uno, a todo el mundo, lo que Su Majestad quería decir y a qué venía esta peligrosidad del murciano.

Menos mal que aunque no haya caído un borrón sobre la página, cosa que había podido ocurrir muy bien, murcianos justos han dado testimonios y pruebas para que se escriba lo contrario. Yo aquí podría añadir que en cierto documento privado de Alfonso XIII, que he tenido la suerte de leer, del único hombre que hace proclama de lealtad, a prueba de bomba, es de un murciano: La Cierva. Y el ejemplo es gráfico y creo que vale, en una ocasión en que quizá otros tenían más compromisos con la Corona.

TENIENTE DAOIZ: VALOR: SE LE SUPONE

En la vitrina cuarta emociona contemplar la «Hoja de Servicios» del subteniente del Real Cuerpo de Artillería don Luis Daoiz, donde puede leerse:

Conducta	Buena.
Valor	Se le supone.
Capacidad	Buena.
Aplicación	Buena.
Práctica	La está adquiriendo.
Inteligencia de tropa	La está adquiriendo.
Disposición personal	Buena.
Salud	Buena.
Calidad	Noble.
Edad	Veinte años.
Estado	Soltero.



Asalto a un Campamento, miniatura del triunfo de Maximiliano I



Libro de Armas del siglo XVI

Al terminar «la ficha» firma un tal Pedraza, y viene reseñado su ascenso a teniente con fecha 18 de febrero de 1792 con la siguiente anotación: «Es a propósito para su ascenso regular.»

Más o menos es la ficha personal de cualquier español. El valor se le supone. Y muy bien supuesto.

EL TRIUNFO DEL EMPERADOR MAXIMILIANO O UN ANTICIPO DEL «NO-DO» EN COLOR

Acaso la pieza más importante—o, por lo menos, la más llamativa—de la Exposición sea una finísima vitela ricamente miniada en la que se decora y proyecta en solemne cortejo al Emperador Maximiliano y a su ejército. El desfile triunfal de banderas, estandartes, carrozas, Cuerpos de Ejército, incluida la Intendencia y la Marina, que va conmemorando antiguas victorias y hechos recientes, es de una belleza sorprendente. Al Emperador acompañan su familia, su pueblo, sus tesoros, sus cantores, sus bufones, su cocina, todo minuciosamente descrito, brillantemente coloreado.

Este «No-Do» en color sirve para dar una idea completa de vestuario, armamento, plazas fuertes, máquina de guerra y folklore de un momento de esplendor de Europa, cuando la

Corona de Castilla y los Reinos de España ya contaban de veras. La vitela es de 90 metros de larga por 45 centímetros de ancha.

Por cierto, que para seguir esta teoría pictórica, la gente ha organizado una especie de procesión. Nadie quiere perderse ni un centímetro.

No han podido exponerse todos los metros de cinta. En el trozo expuesto yo he contado 290 caballos, y en ninguno de los grupos se repiten las gualdrapas ni la actitud del bello animal ni el atavío y gesto de los caballeros.

Si uno se distrae un instante de la fenomenal carroza, lo que se encuentra son cartas de hidalguía, planos de fortificación de las plazas y de los castillos más famosos, pistolas de arzón, mazas, dagas, ballestas, autógrafos del «Empeñinado», dibujos técnicos de artillería, sátiras de ciudades, tratados y crónicas de las campañas más famosas, todo un mundo de instrumentos, comunicaciones, que constituyen el mejor panegírico de nuestros ejércitos y la más limpia ejecutoria del valor de la raza, porque aquí se ve que el

combatir ha sido siempre para los españoles un modo de ejecutar la justicia y que la ciencia de nuestras armas ha estado siempre al servicio de empresas de valor ultraterreno.

Y ya estamos en la sala de América.

TAMBIEN UN CANTO A LA TIPOGRAFIA

Las portadas de los libros tienen la grandeza y el peso de las catedrales. Se ve que hacer un libro era en cierto modo construir un monumento. Las crónicas de la Conquista contrastan con los Códices en que los indios dan con su infantil dibujo la primera versión del Conquistador. Portadas de Salamanca y Alcalá junto a los facsimiles de Códices que informan gráficamente del Descubrimiento. Y si al lado, junto a la historia majestuosa de las Ordenes Militares te encuentras con manuscritos originales como el de «La verdadera relación de la conquista de Nueva España», de Bernal Díaz del Castillo, pieza fundamental para la historia de Méjico y única herencia que el Conquistador legó a su hijo, la sorpresa y la emoción no pueden ser mayores.

En esta sala queda la primera edición del «Quijote» y el «Pecma del Mio Cid», a ambos lados de la estatua de Don Miguel de Cervantes, soldado y escritor. A un lado están el Mio Cid y el Quijote y en el otro, un espadón de la Edad de Bronce, de la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo, con mango redondeado y empuñadura repujada en oro por las dos caras.

ENTRE GUARDIA Y GUARDIA

Son cerca de mil los libros, entre raros y modernos, que rigurosamente seleccionados, forman en la Sala IV, dedicada a

DEL GRAN POETA
UKRANIANO

**TARAS
SCHEVCHENKO**

se publican en el número 27 de

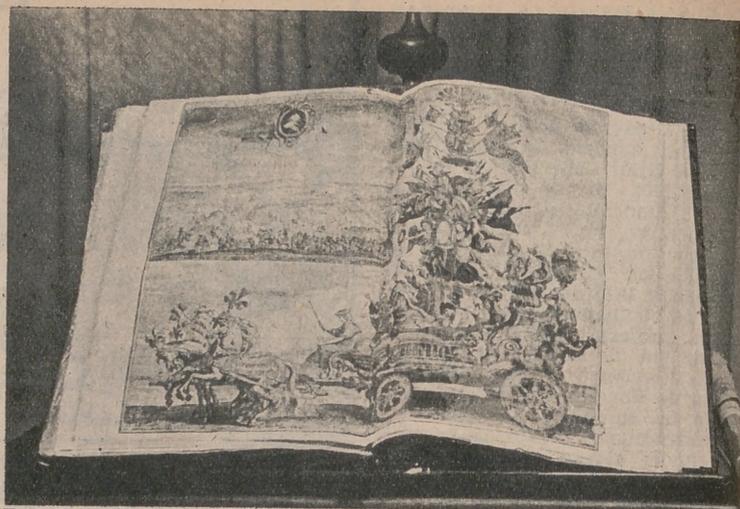
POESIA ESPAÑOLA

las composiciones tituladas: PENSAMIENTOS MIOS, PASAN LOS DIAS, CREPUSCULO UKRANIANO, A MI ME ES LO MISMO, y AL DECLINAR EL SOL, en versiones de Dmytro Bohynskyj

Lea todos los meses

POESIA ESPAÑOLA

la mejor revista literaria



Entrada triunfal del infante don Fernando, pintado por Rubens

ría y Técnica Militar española, un compendio clásico y actual de ser caballero y militar.

Militares ilustres, entre combate y combate, entre herida y herida, se dedicaron, cada uno en su Arma, a escribir exposiciones tácticas y concepciones geniales que hoy se guardan en las cámaras blindadas de la Biblioteca Nacional. Todas las modalidades y servicios del Ejército han tenido su doctrina y reflexión, siglo tras siglo, entre guerra y paz. Se puede decir que estos textos han ido constituyendo una disciplina básica, que es también un estilo de vida.

De la riqueza de lo expuesto, aun fuera de lo puramente militar, da idea esta subdivisión de las estanterías: «Militares poetas en la literatura española (siglos XV al XX)», «Obras de militares académicos; obras de teatro escritas por militares (1880-1950)» y «Literatura de temas militares realizada por escritores civiles (1800-1950)».

Aquí sí que viene bien ese latín que nos sabemos: «Una manu faciebat opus ea altera tenebat gladium».

Y AHORA UNA POLKA

En la sala donde se expone lo relativo a la España Imperial, a la guerra de la Independencia guerras carlitas y campañas de Marruecos hay unos atriles rotatorios adonde el visitante se va derecho sin que haya modo de detenerlo. Ni cuadros, ni grabados, ni cartones, ni banderas, ni planos, ni mapas con sitios célebres y famosas fortalezas, ni retratos de reyes o generales, le distraen tanto como estas partituras, donde se puede decir que está la guerra en solfa. Pasodobles, marchas, himnos, allí están llamando con tambor y corneta a la sangre del que fué combatiente y puede llegar a serlo. En medio de las terribles canciones: que tantos cantaron muriendo o matando, de vez en cuando hay algún alivio placentero, como una pieza titulada «Polka de Prim» y que no da ninguna sensación de peligro.

Otra curiosidad—y es que lo que no encuentre un bibliotecario no lo encuentra nadie—es el himno «Marciano i Nazionali»,

dedicado por sus autores a «Su Excelencia Don Francisco Franco, Generalísimo de España». Esta partitura cae precisamente junto al libro «Marruecos» (Diario de una Bandera), obra del Comandante Franco, que preside la bibliografía sobre el tema «Africa» como su persona preside de la vida nacional.

La guerra de Independencia pone un poco los pelos de punta, porque hay una serie de bandos y sumarios donde la risa va mezclada con la rabia. Desde la nota del ministerio del Interior para que arzobispos, obispos y abades prediquen a sus fieles la sumisión al Rey José, hasta el proceso contra una muchacha por haber envenenado las aguas de una fuente, y el bando que prescribía el incendio de toda ciudad de donde saliera un disparo contra las tropas francesas. La documentación que sobre el levantamiento nacional contra los franceses en Gerona y el Ampurdán ha cedido el excelentísimo señor don Miguel Matéu Plá es de una fuerza expresiva extraordinaria.

LA HISTORIA EN LOS LEGAJOS Y PARA TODOS

Como cada día la vocación a la pura investigación histórica se queda más para especializados y minorías muy recónditas, no está mal, ni mucho menos, que la historia, los libros de historia, los personajes de la historia salgan al encuentro del público para que conozca lo que en realidad es suyo y le pertenece.

Porque, claro, nadie mejor que el pueblo debe gozar de las victorias. Porque el pueblo es el soldado que obedece. Y si tiene respeto y veneración por sus capitanes, no está mal que, pasado el tiempo, cobre un poco de familiaridad con las empuñaduras de sus espadas y con las firmas de sus puños, estampadas en esos pliegos estratégicos que dicen bien claro lo que España fué y en los cuales reside el manantial vivo y fresco de las virtudes, que hoy como siempre, dan fuerza y carácter a la raza.

J. L. CASTILLO PUCHE

(Fotografías de Mora)

NUESTRO CATOLICISMO

Por Angel TEMIÑO SAIZ
Obispo de Orense

¿Iniciarse nuestro Movimiento Nacional me decía fuera de España un intelectual extranjero: «En su Patria hay exceso de religión, y el pueblo español reacciona violentamente para secudir ese peso que le abrumba. Este es el secreto de todas las convulsiones políticoreligiosas de España en el presente siglo.» No viene al caso reproducir el animado diálogo que sostuvimos. Eran momentos decisivos para nuestro porvenir y no podíamos soportar entonces con sosiego que se nos enjuiciara y condenara tan ligeramente. Pero ¿tiene algún fundamento ese juicio?

Cierto que sustancialmente es falso. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» Este es el ideal puesto por nuestro divino Salvador en la práctica de la religión. Y es blasfemo sospechar que esta meta ha sido superada. Las virtudes teológicas fe, esperanza y caridad, armazón fundamental de las virtudes cristianas y de la piedad, admiten un progreso ilimitado.

Tampoco es excesivo el celo de nuestras autoridades por conservar pura e incontaminada la religión de Jesús, pese a lo que se diga fuera de España. Es una pretensión intolerable la de exigir un trato de igualdad en España entre el catolicismo y las confesiones protestantes. No es precisamente por miras humanas y terrenas por lo que el Estado español manifiesta práctica y eficazmente su predilección por el catolicismo. Ni es lícito a un pueblo para procurar su progreso y bienestar material desviar la trayectoria trazada por Dios a las almas.

Son la fe asociada a la razón las que justifican plenamente esta actitud noble del Estado y de la Iglesia en España. La casi totalidad del pueblo español es católica o nada. Los escasísimos protestantes españoles son una creación artificial, arrancada a la Iglesia por miras poco santas, sostenida por fuerzas extrañas, con dinero y manejos demasiado bajos. Por tanto, las enseñanzas tradicionales de la Iglesia para los pueblos católicos en su casi totalidad, acerca de la tolerancia de otras confesiones, han de tener perfecta aplicación en nuestra Patria.

Por otra parte, los protestantes invitan insistentemente a los católicos a que asistan a las Asambleas en que se intenta crear una unidad entre los seguidores de Cristo. Creen, en general, que nuestra Iglesia es una de tantas interpretaciones de la verdad cristiana en que pueden salvarse sus creyentes. La libertad que ellos pregonan de interpretar cada uno el cristianismo a su guisa les obliga a ello ineludiblemente. Pues nosotros tenemos derecho a entenderlo, en sentido católico, como ellos se lo atribuyen para hacerlo en protestante. Hablamos, claro está, en su mentalidad.

Esto supuesto, ¿a qué viene esa propaganda entre nuestros católicos para llevar incautos a la herejía? Y por los medios empleados, ¿no será ponerles en la tentación de vender su conciencia como Judas?

No puede tener por móvil la salvación de las almas, ya que ellos se ven forzados a admitir que puede darse en el catolicismo. ¿Qué es lo que se pretende? ¿Se intenta traernos nuevas luces sobre la verdad evangélica? Pero ¿se han puesto en algo de acuerdo que no sea perseguir al catolicismo? ¿Y es eso luz o confusión?

¿Quiéren defender a los fieles de sus confesiones? Tienen éstos la libertad suficiente para continuar en sus creencias. No necesitan más. Tan

sólo se les prohíbe la propaganda, que no puede ser justificada, y en España sólo causaría perjuicios espirituales y materiales.

¿Se desea producir en la España católica esa escandalosa división de creencias cristianas de que son víctimas otros pueblos y el mismo protestantismo lleva en su entraña? Es precisamente lo contrario por lo que ellos luchan, aunque con poco éxito, por eliminar a «priori» el principio de unidad puesto por Cristo. Pudiera ser que les molestara que gocemos los católicos de aquella unidad, que tanto para sí anhelan, que el Señor pidió para sus verdaderos seguidores y que puso El mismo como medio de atracción para los infieles con aquellas palabras: «Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en Mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno.» (San Juan, XVII, 20-22.) Ciertamente que no puede servir de reclamo a los infieles esa espantosa división del protestantismo, incapaz de superar. Por eso el catolicismo no quiere catalogarse con ellos, y custodia con celo sin igual el rico don de la unidad de creencias y de gobierno eterno, a pesar de las miserias y pecados que Cristo ya anunció existirían en su Reino hasta el final. Y puede exhibirla con ufanía y sigue atrayendo con ella hacia sí a los extraños, como Jesucristo prometiera. Así cumple con su misión. Y el protestantismo contraría la voluntad de Jesús al querer arrebatarla.

En manera alguna se puede comprender cómo esa actitud hostil del protestantismo hacia el catolicismo español pueda estar promovida y sostenida por un móvil cristiano y sobrenatural.

Tal vez se pretenda justificar por el noble deseo que les alienta de conferenciar todos en mesa redonda, en un plano de igualdad para llegar a la ansiada unidad de todas las confesiones cristianas.

Pero el catolicismo, para poder avenirse a estas componendas, había de despojarse de su misma esencia.

EL DOGMA NO SE PRESTA A COMPONENDAS

Las diversas confesiones protestantes, en cuanto distintas entre sí, son cada una creación de un hombre que privadamente creyó (¡o no creyó!) encontrar la fórmula verdadera del cristianismo. No obstante, carece de fuerza obligatoria su interpretación particular y privada, a la que puede oponerse otra u otras, como de hecho han surgido. La transigencia dentro del cristianismo para los protestantes, con relación a las otras confesiones cristianas, va en su misma entraña. La intransigencia sería una insostenible tiranía intelectual sin posible justificación moral ni lógica.

Para el católico, su doctrina peculiar no es la interpretación privada del cristianismo hecha por un hombre eminente. La autoridad que le impone habla en nombre de Dios, asistido por Dios, para no errar en su proposición. Esto es sustantivo para el católico. Sin ello renunciaría a su mismo ser.

Según esto, fijado el dogma católico, no puede prestarse a componendas. Se desautorizaría al mismo Dios. Le obligaría a hacer concesiones a los hombres. ¡Como si hubiera fracasado la obra de Dios y hubiese que modificarla de acuerdo con los gustos e inspiraciones de Calvino o de Lutero!

Esta intransigencia santa del católico dentro de la caridad ha de reflejarse en sus relaciones confesionales con los alejados de su Credo. Y ésta es la actitud de España en esta materia. Auténticamente católica y cristiana. Respeta la conciencia individual, pero defiende la verdad y previene contra el error. En cumplimiento de su deber de católica.

La acusación de intransigencia con que se moteja a la Iglesia católica española no se refiere solamente al aspecto confesional religioso; alcanza también a sus relaciones con el movimiento intelectualista moderno y a ciertos modos y costumbres que se rozan con la moral del Evangelio en el sexto y noveno mandamientos.

Dios estableció el magisterio vivo de la Iglesia para evitar esa escandalosa anarquía y angustioso escepticismo en el pensar religioso. «Para que no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza: Cristo.» Así se expresa San Pablo, Ef. IV, 14-15.

Por eso tampoco es tolerable la pretensión de algunos de que la formación cultural de la juventud (tan amante de toda novedad) se ponga a merced del snobismo intelectual, en ocasiones despectivo para con la fe, la moral y la Iglesia. Cual si se intentara sustituir el magisterio vivo, infalible, en la formación de las conciencias cristianas por la última novedad filosófica o escientificista, en materias que rozan con el dogma y las costumbres.

El fin supremo del alma no debe correr el riesgo de una audaz aventura. Por eminente que sea el maestro que quiera lucir sus genialidades. ¿Se autoriza a un doctor a hacer sus ensayos a costa de la vida de sus pacientes? ¿Es de menor trascendencia la vida del alma?

En torno a moralidad del sexto y noveno preceptos, debiéramos leer y meditar más el Evangelio y escuchar menos las voces del mundo y los «tironeos de la carne», que en esta materia no es buena consejera. Dice Jesús en su Evangelio, Mat. V, 27-28: «Habéis oído que fué dicho: No adulterarás. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón.»

Alguien ha dicho que se falta en el séptimo para poder pecar contra el sexto. ¿Se roba para fornicar! Ciertamente, hay pecados muy caros... Por algo lo coloca el catecismo entre los pecados capitales.

¿Qué fuera de España...? Nos debemos someter a las leyes de Dios y no a los usos impuestos por sufragio... de los extranjeros.

LA CORTEZA DE LA ESPIRITUALIDAD

Y sin embargo, creemos que las palabras de nuestro interlocutor contienen algo de verdad. En cierto sentido tal vez padecemos «inflación religiosa».

¿Se halla nuestra vida cristiana a la altura de muchas exterioridades? ¿No gastaremos demasiado en pólvora? ¿No atosigará nuestro espíritu tanto humo de vela y no se ocultará tras esa cortina de humo más de un hecho escandaloso? Y con pretexto de ortodoxia a ultranza, ¿no correremos el peligro en ocasiones de desambiantarnos?

Esos espectáculos maravillosos de piedad que contemplamos complacidos dicen mucho, pero no son el termómetro auténtico de la vida cristiana. Son... eso, exteriorizaciones, la corteza de la espiritualidad. A veces corteza rugosa, carcomida. Arbol viejo que no tiene hundidas sus raíces en la tierra feraz y firme de la persuasión, y los vientos huracanados de convulsiones políticas arrancan fácilmente de cuajo. De la fe viva de nuestros antepasados nos hemos quedado con lo exterior, hemos perdido la vida que la nutre. ¿Y cuál es la fe viva? Muchos católicos de aquende y de allende los Pirineos casi lo tienen olvidado. Es la «fe actuada por la caridad». (Gal. V, 6). Es la fe con la gracia. Ser buen católico y vivir enemistado con Dios será muy frecuente, pero es monstruoso. Y si por ser tan corriente se juzga normal, tanto peor.

Creemos sinceramente que aquí está el descenramiento fundamental de los espíritus. Y el secreto de esos temibles vaivenes.

El católico que se acostumbra a vivir en pecado, si las circunstancias externas le impelen, puede llegar lentamente a las mayores aberraciones.

Y es éste un vacío bastante común a todos, a rudos y a intelectuales. Aquéllos porque conservan las exterioridades al abrigo de un sentimentalismo ancestral sin enraizar su religiosidad en la inteligencia. La caridad, el estado de gracia no entran en sus programas de festejos a Dios o a los santos. Les falta formación. Y en tiempo de la prueba, en un ambiente hostil, abandonan las prácticas de religión. Estos, los intelectuales, porque tal vez pretenden un catolicismo académico, teorizante, sin compromisos prácticos. Una especie de filosofía cristiana, que fascine las inteligencias y deleite los espíritus. Piensan que la práctica de la religión corresponde a las mujeres, a los niños y a los ignorantes, incapaces de elevación intelectual.

Pero el cristianismo no se comprende si no se vive. Porque no es un sistema filosófico. Quien no tiene el espíritu de Cristo no es de Cristo, ni puede entenderle ni comprenderle. Muchos espíritus sedientos de luces quedarían iluminados; si con más humildad se sometieran a practicar la religión y a estimar la vida de la gracia, uniéndose a Cristo en los Sacramentos y en caridad. El «crede ut intelligas» encierra una profunda filosofía cristiana. A Dios no podemos acercarnos con aires de suficiencia, porque nos alejaremos entenebrecidos.

Con todo no están despojados de toda razón los que se lamentan de falta de acomodación en muchos instructores de la verdad evangélica. Encasillados en fríos moldes, amparados en fortalezas invulnerables previniéndose contra enemigos imaginarios, no descienden a los valles donde se libran las batallas de los espíritus. Y esto será cómodo y seguro para sí mismos, pero no caritativo ni conforme a los deseos de la Iglesia. En la reciente Encíclica «Humani Generis» da el Papa actual orientaciones luminosísimas. Traducimos por nuestra cuenta: «No es permitido a los teólogos y filósofos católicos, a quienes incumbe el deber de defender la verdad divina y humana y de introducirla en los espíritus de los hombres, ignorar o menospreciar estas teorías (evolucionismo, existencialismo, historicismo, etc.) más o menos alejadas del recto camino. Antes bien, han de procurar tenerlas perfectamente conocidas, ya que a las enfermedades no se les da un adecuado tratamiento si no son previamente conocidas; y a veces se esconde algo de verdad en esas falsas elucubraciones; y que finalmente ellas incitan al espíritu a investigar con más solicitud y a ponderar con más cuidado ciertas verdades filosóficas o teológicas.» Palabras son éstas llenas de sabiduría y de prudencia, como salidas de nuestra suprema autoridad doctrinal, y que obligan a los pensadores y educadores católicos a algo más que a enquistarse pacíficamente en su propia mentalidad, por ortodoxa que sea.

Espíritus sinceros se hallan a punto de naufragar. Y no se les alarga la mano. No se penetra en su estado psíquico. No se establece un diálogo en su mismo lenguaje. Y puede ser que por desidia. Análogas reflexiones pueden tal vez hacerse con relación a otros problemas candentes. En esto tenemos mucho que aprender de los extranjeros, aunque no todo lo de éstos sea digno de imitación.

LO MAS SUSTANTIVO: LA UNION CON CRISTO

Estas son, a nuestro modesto entender, las deficiencias más notables del catolicismo español: espectacularidad, con descuido de lo más sustantivo, que es la unión con Cristo; y cierta desambiantación, un no hincernos cargo suficientemente de la realidad que nos circunda. ¿Hemos sido exagerados en estas apreciaciones? Pudiera ser, pero no faltan fundamentos para opinar así.

Junto a estos lunares hay en la fisonomía espiritual de la España católica rasgos de incomparable belleza, que hacen concebir fundamentamente las más prometedoras esperanzas. Se está formando un Clero numeroso, espiritual, batallador y abierto a las preocupaciones actuales. Una santa impaciencia de santificarse se adueña de corazón de muchos seglares. Edificantes deseos de apostolado brotan por doquier. Contemplamos magnífico espíritu de sacrificio en tantas almas. Se advierte un creciente acercamiento espiritual entre los sacerdotes jóvenes con los seglares cultos. Las vacaciones sacerdotales y religiosas se multiplican por doquier. Nos resta, ciertamente, una tarea ingente; pero no hay motivo para descorazonarse. Si seguimos trabajando denodadamente, se entreve un risueño porvenir.



COMO SE ENSEÑA LA HISTORIA DE ESPAÑA EN LOS LICEOS FRANCESES

(INCLUSO EN EL DE MADRID)

DE este tema nos ocupamos ya en la primera época de EL ESPAÑOL. Pero los planes del bachillerato francés han sido modificados; nuevos textos, en consecuencia, han sido redactados, y hemos aquí forzosamente obligados a replantear, por ello, la cuestión. ¡Que ciertamente no carece de importancia! Tanta, que no más allá del 23 del próximo pasado abril leímos en «Le Monde» —nada dudoso— estas apreciaciones, de un colaborador, con ocasión al comentario que hacía de la obra reciente de F. Pietri en cierto artículo intitulado «La diplomacia francesa y España». «Más delicada y menos fácil de lo que pudiera creerse la cuestión de las obras francesas en España fué, para Pietri, la ocasión de demostrar una ductilidad activa cuya eficacia iban a confirmar los acontecimientos. Francia posee en España dos Liceos y dos Institutos en Madrid y en Barcelona, a la par que numerosos colegios y escuelas; a través de esa inmensa red, pacientemente creada en un siglo, la enseñanza del idioma y de la cultura francesa se dispensa a unos diez mil jóvenes españoles. Políticos, financieros, industriales, turistas franceses, ignoran a menudo que esta enseñanza es el medio pacífico que permite equilibrar la desconianza fundamental de España hacia Francia, cualquiera que sea su régimen político». Para salvar esa organización alaba el articulista, por cierto, la política llena de fingimientos, medias confesiones, engaños aceptados» del

embajador que permitió—eso, si—al terminar su cometido entregar intacto tal patrimonio a su sucesor, señor Truelle.

La cuestión, ya se ve, tiene especial importancia. Se la conceden, como se indica, los propios franceses con razón, y no seremos nosotros, los españoles, quienes neguemos la trascendencia de semejante organización docente. Precisamente por ello volvemos, al cabo de los años, nuevamente sobre el tema en estas mismas columnas remozadas de EL ESPAÑOL.

EL PLAN ANTIGUO Y EL NUEVO

El programa de historia en el bachillerato francés, según el plan de 1931, comprendía siete cursos. El primer año—los franceses cuentan al revés que nosotros, y le llaman sexta clase—abarcaba Oriente y Grecia; el segundo, Roma; el tercero, la Edad Media, hasta la guerra de los Cien Años; el cuarto, los siglos XIV, XV y XVI; el quinto, los siglos XVII y XVIII; el sexto, la Revolución, el Imperio y la primera mitad del siglo XIX, y por último, el séptimo: la Historia Contemporánea, desde la mitad del siglo XIX en adelante.

El nuevo programa de Historia ha reformado bastante al anterior. Al detalle comprende los siguientes cursos: Clase sexta, «L'Antiquité»; clase quinta, «La moyen âge»; clase cuarta, «Les temps modernes»; clase tercera, «L'époque contemporai-

ne» (1789-1939); clase segunda, «XVII et XVIII siècles»; clase primera, «Révolution, Empire, première moitié du XIX siècle» y Classes de Philosophie, Mathématique et Sciences expérimentales—último curso—, «Histoire contemporaine, 1848-1939».

La diferencia esencial entre ambos temarios o programas aparece clara en la comparación. En el actual se encuentra muy resumida la Historia antigua, media e incluso moderna, con beneficio indudable para la contemporánea, que se aborda en forma cíclica; primero, con una visión general (clase tercera) desde la Revolución hasta nuestros días, y luego con tres cursos para desarrollar sucesivamente este pasado, histórico, sobre todo, de los tiempos recientes.

La mera lectura del índice de materias de los volúmenes que sirven de textos a estos cursos nos deja a los españoles una impresión extraña y pensosa. España no merece, ciertamente, demasiada atención en la enseñanza de la Historia, en los Liceos franceses; España, es verdad, es un país fronterizo de Francia. España, no es menos cierto, tiene su Historia íntimamente relacionada con la francesa a través de largas épocas e incluso identificadas con ocasión de ciertos pactos; pero España, sin embargo, no merece, como decimos y vamos a ver en seguida, más que muy escasa atención de los profesores, y, por tanto, de los alumnos de los Liceos. No pesa, ciertamente, mucho en esta enseñanza del bachillerato galo la enorme trascendencia de nuestro pasado; ni la magnitud colosal de nuestra proyección histórica exterior, ni la duración y la intensidad de nuestra hegemonía imperial ni la influencia

notoria de la Historia hispana en la del Universo; ni siquiera nuestra aportación a la cultura del mundo, al arte, a la ciencia y a la civilización. España, en fin, pasa por la enseñanza de la Historia en los Liceos franceses rápidamente, en unas pocas páginas, porque ni siquiera se concede a su estudio una sola lección en ninguno de los siete citados cursos. Muchos otros países, de harto más breve o menos trascendental pasado histórico, tienen más amplia acogida en esos textos que España. Pero con ser ello grave, sin duda lo peor y más sensible es que nuestra Historia no se recoge en los libros de texto franceses ni verdicadamente ni siquiera dignamente. Vamos a verlo.

INDICE DE EXTRAÑAS OMISIONES

En el libro de la clase sexta, «La Antigüedad», no hay alusión a España. Ni siquiera cuando se habla de prehistoria se cita Altamira. Es verdad que nos fué duro el lograr el reconocimiento a su tiempo de semejantes descubrimientos. Los franceses no los aceptaron sin más ni más. ¡Cómo habíamos de tener pinturas rupestres los españoles antes o mejores que ellos! El amor propio galo ha calado siempre, al menos en lo que respecta a nosotros, tan lejos que ni siquiera la noche de los tiempos remotos de la caverna le ha contenido. Hasta que descubrieran pues, las cuevas de Les Caux nadie creyó en el artista altamiriense, cuyas joyas pictóricas siguen siendo las más hermosas y perfectas del paleolítico superior, aunque sus reproducciones se desdénen en los textos en cuestión. Y avanzamos en la Historia propiamente dicha. En el «Curso de Jules Isaac», André Alba, profesor agregado de esta ciencia en el «Liceo de Enrique IV», nos presenta un libro sobre la Edad Media—«classe de cinquieme», que edita Hachette. Se hace una referencia al Cid como ejemplo de los caballeros ilustres de la Reconquista. El lector pudiera sospechar honradamente que se hace de nuestro héroe nacional alguna glosa, y se traza, brevemente, desde luego, su figura, que, sin duda lo merece bien. Un retrato, en fin, al estilo de lo que tanto gustan, con razón, trazar los textos de historia francesa. Algo que fuera como un brevisimo recuerdo y una elementalísima cita de lo que, por ejemplo, ha dicho y escrito nuestro Menéndez Pidal. Pero, no. Para los historiadores galos la mera cita del Cid sólo ha merecido este añadido: «...dont le nom est devenu familier par une tragédie de Corneille». ¡Para la Historia de España que se explica en los Liceos franceses, lo importante, pues, no es Rodrigo Díez de Vivar, sino que sirviera el Cid de personaje a una tragedia de dicho poeta galo!

LOS REYES CATOLICOS, MONARCAS TERRIBLES

Y pasamos a los Reyes Católicos, los magnos Soberanos españoles. ¡La Unidad nacional! ¡La Unidad interior! ¡Los Descubrimientos! ¡La conquista de Afri-

ca...! Para los textos de historia francesa de bachillerato, los Reyes Católicos resultan ser simplemente unos Monarcas terribles. «Fernando e Isabel—traducimos—gobiernan en Reyes absolutos. Contra los judíos y los musulmanes se sirven del Santo Oficio. Logran así establecer la unidad religiosa; pero en detrimento de la riqueza de España.» ¡Ni más ni menos! La enorme labor de nuestros Monarcas en la administración, justicia, educación no merecen referencia alguna. Ni su visión política ni sus éxitos exteriores; ni la organización militar, que se inicia con la Santa Hermandad y crea los modernos servicios de Intendencia y Sanidad, etc., merecen cita ni referencia. Sólo, sí, hay una para Torquemada, con sus setecientos quemados vivos y millares de presos perpetuos. El alumno francés que lea esto sacará la consecuencia que Fernando y nuestra Santa Reina Isabel I corrian parejas con un Iván el Terrible y Catalina II. ¡Todo sea dicho por obra de esta singular enseñanza de la Historia!

FALSEDADES EN TORNO A LA GESTA AMERICANA

En el curso cuarto «Los tiempos modernos», Jules Isaac y Enrique Bejean, el primero, inspector honorario de Instrucción Pública, y el segundo, director del colegio «Colbert», nos hacen también pocas revelaciones sobre España. Por desgracia, tampoco, precisamente, plausibles. El descubrimiento de América por Colón requiere tan poco espacio que no cabe una cita para los Pinzones y Juan de la Cosa y la primera vuelta al mundo, si es verdad que la hacen los españoles, ello es «entrainés» por Magallanes. El viaje lo termina «Del Cano» (sic). El móvil de nuestra actividad ultramarina resulta claro para estos textos: es simplemente el oro. Es verdad que luego se confiesa que ese oro que viene en los galeones, cuando no lo atraen los piratas del occidente europeo pasa íntegro al extranjero, en lugar de quedarse en la Península. Frente a la civilización autóctona del pueblo indígena, ¿qué hace España? Los autores lo explican sin rodeos en la página 14 de este libro de texto: «La conquista española». Beneficiándose del efecto de estupor producido por su llegada, sus armas y sus caballos—animales desconocidos en América— los españoles no dudaron en atacar los imperios indígenas... Allí donde los indígenas resistieron fueron atrozmente diezmados; sus ciudades robadas y destruidas, y su civilización arruinada. En las Antillas, la población indígena desapareció totalmente... Pero los españoles, que tenían necesidad de esclavos para trabajar en las minas o en las plantaciones, compraron negros en Africa, lo que fué el origen de «la trata», un comercio horrible que duró hasta el siglo XIX.» Tal es la única referencia que se hace en estos libros—¿de Historia?—a la gran proeza de la colonización española. A esto se reduce, en su realización material para los historiadores galos del bachillerato los princí-

pios de las Leyes de Indias. Tal es la visión al uso de los Liceos de aquella empresa «poco menos que milagrosa, demasiado inverosímil aún para la novela y sin ejemplo en la Historia antigua», a decir de un verdadero historiador americano: Prescott.

LA INQUISICION, CABALLO DE BATALLA

Es verdad que la reducción del programa, al que aludieramos al principio, en la necesidad de compendiar y de suprimir, nos ha evitado esta vez, en los nuevos textos, la lectura de aquellas alusiones tremendas del antiguo libro, de los «Siglos XIV, XV y XVI», de Malet y de Isaac, con la colaboración de M. V. L. Bourilly, que en las páginas dedicadas a los descubrimientos y a la colonización española del Nuevo Mundo decían cosas como ésta: «La conducta de los conquistadores españoles en Méjico como en Perú ofrece frecuentemente una mezcla de rapacidad, mala fe y ferocidad. Dolos, asesinatos, matanzas en masa, cometieron toda clase de salvajadas («sauvageries»). Incluso cuando los indios fueron totalmente sometidos, los españoles siguieron siendo dueños implacables.» (Página 321 del citado texto.)

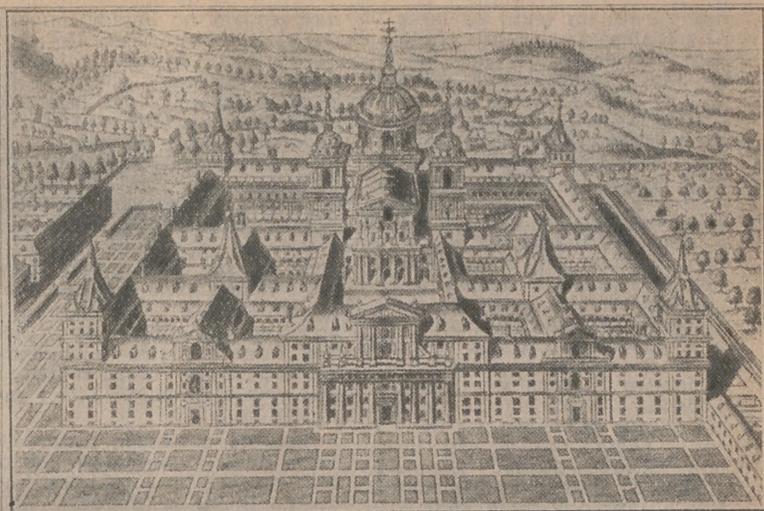
Esta vez como decimos, por necesidades de programa, al reducir los textos, se nos ha enconizado este testimonio ¿histórico también? Pero, en fin, el espíritu se mantiene como hemos dicho en los libros actuales. ¡Cómo hemos dicho y como vamos a ver! Porque en la página 116 de la obra antes citada la España imperial merece la siguiente recordación de los autores. Felipe II, pese a ser «le plus puissant Roi d'Europe», el más poderoso Monarca europeo, no merece apenas casi espacio. Lo esencial para los autores citados es decir simplemente lo que sigue: «Nuestro Rey Príncipe, puesto al servicio del catolicismo, «fanático, austero y despiadado» («impitoyable»), se impuso la tarea de aplastar la herejía y dominar la Cristiandad.» «En España—sigue el texto—ayudando a la Inquisición, hizo batir y quemar en masa a todos los no católicos, moros, judíos y protestantes...» ¡Y esto es lo que hizo nacer el movimiento insurreccional de los Países Bajos! Felipe II, para estos autores, para estos libros y para estos Liceos, no merece más análisis. Se ha vuelto a aludir a la Inquisición, tema ya esgrimido por estos textos al tratar (!) de los Reyes Católicos, según hemos dicho. La Historia en el bachillerato francés se diría que aprovecha siempre la oportunidad ocasional o forzada para hacer su poquito de «leyenda negra». Está claro y archidemostrado cuanto de mentira se ha dicho y escrito sobre tales cosas. Al margen que a los hechos hay que juzgarlos según su tiempo y que la Historia de Francia registra acontecimientos como esa famosa matanza de Saint Barthelemy y horrores de suplicios increíbles como los de la plaza de Grève, de París, como nuestra tarea no es la de la polémica, cerramos el párrafo recordando sencillamente que fué un historiador inglés y protes-

tante, H. C. Lea, el que, con referencia a la Inquisición española, dijo que sus horrores han sido debidos principalmente a la imaginación de algunos escritores sensacionalistas que abusaron de la credulidad de sus lectores.

PEREGRINA INTERPRETACION DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

«La época contemporánea» constituye el texto de la clase cuarta. Sus autores son los mismos citados Isaac y Bejean. Aborda, como dice su título, este curso una visión general desde la Revolución francesa hasta hoy. Se trata de una síntesis que luego desarrollan los cursos sucesivos. La atención concedida a España en este volumen es también muy secundaria. Puede decirse que los españoles entramos en escena en el relato con ocasión de la guerra de la Independencia, contra Napoleón, para salir luego, seguidamente, en el tratado de Viena. El levantamiento nacional contra el Emperador, a juicio de estos autores—no nos atrevemos a llamar historiadores—, fué impulsado, más que por el sentimiento nacional, por esa obsesión que domina por todos estos «cursos» sobre nuestra intransigencia, en cuestión de fe, en fin, dicho con las palabras del libro, por «el fanatismo religioso». Los frailes, nos cuentan estos textos, con el crucifijo en la mano proclamaban el odio contra los franceses. La relación histórica (!) decae luego, no obstante, más para contar, con cierto refinado detalle, los crímenes de nuestros compatriotas contra el invasor. Como testimonio de este aserto citan los autores la referencia ¡del sargento Lavaux! Es verdad que no todo debían de ser bandas de asesinos al sur del Pirineo por cuanto que, en Bailén, se dice de paso, con exactitud histórica esta vez el Ejército regular español obligó a una «capitulation de soldats reputés invencibles». Pero la cosa no merece más comentario. De España, durante todo lo que resta de «époque contemporaine», ¡ni una palabra más!

Otro tomito de estas Historias de los Liceos franceses se debe a Isaac y A. Bonifacio, este último profesor agregado al Liceo de Claudio Bernard. Es el curso de la clase segunda, que abarca los «XVII y XVIII siècles». Nada sustancial hay, en verdad de citas sobre España en estas páginas. Se diría que no existíamos. Y, sin embargo..., España era a la sazón dueña del más grande Imperio de todos los tiempos. Digamos de pasada cómo explican los autores las razones de la independencia norteamericana. Vale la pena. Aunque no sea más que para que sirva de ejemplo de chauvinismo sin par. El logro de esta independencia y del triunfo americano radica, según los autores arriba citados, en tres cosas: en que hubo un jefe, en Washington; un poderoso auxiliar, en la naturaleza del país, y «un aliado seguro y poderoso, en Francia». ¡Queda dicho! España es verdad que entra en la guerra—aunque no se relaten sus acciones—porque quiere Gibraltar. ¡Justamente lo que no se le da!, comenta-



Gravure du temps. (Phot. Hachette.)

L'ESCORIAL

Philippe II fit construire l'Escorial par des architectes italiens entre 1563 et 1584. Situé au pied de la sierra de Guadarrama, sur un plateau désert, à 10 kilomètres de Madrid, l'Escorial est un ensemble de bâtiments d'une grandeur imposante mais froide. Il servit de résidence à la Cour d'Espagne jusqu'au début du XVII^e siècle.

Una de las ilustraciones referentes a España en la Historia de J. Isaac y A. Bonifacio editada por Hachette

riamos nosotros. Pero no hay nada más que decir de nosotros durante esos doscientos años que abarca el curso histórico en cuestión.

LA HISTORIA CONTEMPORANEA NO ES MAS EXACTA

Queda ahora la «Histoire contemporaine: 1789-1851», de la clase primera, cuyo curso ha redactado A. Huby, inspector general de Instrucción Pública (Edición Delagrave, 1951). Nueva versión: es decir, la misma versión repetida de nuestra guerra de la Independencia. ¡Otra vez nuestro fanatismo religioso! Nuevamente los frailes con el crucifijo aten-

tando a «la lucha en una guerra de religión fanática y sin piedad». Y otra vez los frailes a la cabeza de las guerrillas. Derrota de Dupont en Bailén, ante dos «armées» españolas, sin embargo. Suerte alternativa de las armas. Pero convencimiento de Napoleón de que la guerra de España no es como las otras de Europa, en las que todo lo decide una batalla campal; movilidad singular de nuestras tropas y ¡otra vez! —¿Y cómo no?—relación de las atrocidades cometidas por los españoles—aunque ahora se añade, justo es recogerlo—y por los franceses, bien que, claro, sea para «responder» a nuestras violencias y crueldades.

Y, al fin, el último curso—el



CHARLES QUINT (1500-1558)
Portrait peint par Jan Mabuse.
Musée des Beaux-Arts, Budapest.



Phot. Hanfstaengl et Anderson.
PHILIPPE II (1527-1598)
Portrait peint par Titien.
Galerie Corsini, Rome.

Le père et le fils, l'un au moment de son éléction à l'Empire (1519), l'autre peu après son avènement au trône d'Espagne (1556). Jan Mabuse (1470-1532) est un peintre flamand célèbre.

Carlos V y Felipe II figuran así en la Historia que estudian los escolares franceses

de la clase de Filosofía y Matemáticas—es un texto de Isaac y André Alba, de «Historia contemporánea» desde mediados del siglo XIX a la actualidad. ¡Ni una cita de España! Como si a nuestra Patria se la hubiera tragado algún seísmo. Sólo, puestos a afinar, se habla de una española, de Eugenia de Montijo, de gran belleza y «muy piadosa». ¡Nuestra religiosidad se contabiliza al detalle en estos textos, como estamos viendo! Cita a los doscientos mil «europeos»—¡españoles!— que han colonizado Argelia, y los afanes de Francia para asimilar-se esta población. En la conquista de Indochina, ni una alusión a nuestro Palanca y a nuestros soldados. Constanza, sí, de que nos vamos de Méjico, en 1862. Y en la página 397 de este libro, una extraña alusión al aislamiento de España en Marruecos, más hurraño que en la Edad Media (¿). No hay noticia de nuestras actividades allí durante ese tiempo; diplomáticas, científicas, comerciales y militares, por ejemplo de la guerra de 1859-60. Y sigue luego este aserto audaz y falaz: «España había renunciado, tras de luchas sangrientas, a establecerse en Marruecos, aunque guardaba—eso sí, no podía omitirse—algunos puntos fortificados sobre la costa del Rif, Ceuta y Melilla, ¡los «presidios»!» ¡Naturalmente, ya salió ello! La acción de Casablanca de 1907 no requiere una referencia a la asistencia española y sí sólo a la fase final de la lucha contra Abd el Krim. Esto y el relato de nuestros últimos sinsabores ultramarinos es todo lo que de España se dice en este volumen, en el que, ni al referirse al progreso de las artes, de las letras y de las ciencias, hay un recuerdo para un solo nombre español. Eso sí, no falta la reproducción de un grabado, hijo ocasional de la propaganda enemiga en 1898, para aludir a nuestras supuestas crueldades en Cuba. Y aquí se habría acabado el comentario si no fuera que este libro, en su página 854 hace definitiva y finalmente esta visión de nuestra Patria y de su Régimen actual. La guerra va a estallar tras de la proclamación de la República. He aquí por qué:

LA VERSION FRANCESA DEL ALZAMIENTO NACIONAL

«Pero España no encontró su equilibrio económico y social (al proclamarse aquélla). Entre los reaccionarios, defensores de la Monarquía, de la Iglesia, del Ejército y de la gran propiedad, y los extremistas anticlericales y antimilitaristas, que se aliaban con el anarquismo o con el comunismo, los odios se enfurecieron. En el partido republicano mismo los moderados se oponían a los rojos. Cuando en 1936 las elecciones fueron favorables a los extremistas, los generales hostiles a la República organizaron en todas las grandes ciudades «pronunciamientos», mientras que el General Franco se levantaba en Marruecos español (julio 1936). Para impedir que la cuestión de España desencadenara una guerra mundial, Francia e Inglaterra pidieron a las grandes potencias la promesa de su neutralidad. Pero

la existencia de un Comité de no intervención no impidió que numerosos voluntarios extranjeros—sobre todo italianos, y también rusos, franceses y alemanes—llegaran a España, y con la complicidad más o menos enmascarada de su Gobierno, defendieran su ideología. La lucha duró tres años y se caracterizó, de una parte y de otra, por un encarnizamiento salvaje y por horribles crueldades. Finalmente, Franco la ganó (marzo 1939). Como Mussolini e Hitler, tomó el título de Jefe—en español «Caudillo»—y se apoyó en una minoría de partidarios resueltos: «los falangistas». La victoria de Franco representó una gran éxito para Italia y para Alemania...»

¡Esta es la visión, lector, que sobre nuestra guerra de Liberación se tiene en los Liceos franceses y lo que se explica de nuestra reciente Historia a los jóvenes del país vecino que cursan el bachillerato! Nuestro Movimiento fué sencillamente, según esto, una ilegalidad, fruto de la intransigencia de unos exaltados; traducido en un vulgar «pronunciamiento», reflejándose en una serie de brutales crueldades, al fin, para imitar y complacer a Italia y a Alemania. Es asombrosa tanta mendacidad en la interpretación de la Historia por parte del profesorado francés de los Liceos, más incomprensible todavía por tratarse de un país vecino, al que forzosamente hay que conocer mejor. Por ello tenemos que creer extraño el móvil que inspira esta última y definitiva lección (!) sobre nuestra historia más reciente y viva. Y hacemos punto final. Porque el comentario mejor a estos párrafos sale, sin duda, del propio lector. ¡Esto, en fin, es lo que se dice y enseña de la Historia de España en los Institutos de Francia! Los jóvenes franceses de hoy, los hombres de Francia de mañana, oficialmente no sabrán sobre nuestro pasado ni una palabra más de lo que queda dicho.

EL PASADO ESPAÑOL, MINIMIZADO HASTA LA IGNORANCIA

Sobre esta deformación incalificable de nuestra Historia nacional ya apuntamos que es menester añadir que en el programa de esta materia de la Segunda Enseñanza gala se concede muy escasa atención a nuestro país. No importan las razones antes dichas. La verdad es que España pasa como un meteoro por tales textos. Es menester aclarar a quien lee, en honor de la verdad, que la enseñanza francesa de la Historia en tales Liceos no comprende, como ocurre entre nosotros, dos asignaturas diferentes: la Historia Universal y la Historia nacional. En el programa francés—y no censuramos la determinación—la Historia nacional se estudia dentro del marco de la universal, sólo que proyectando sobre aquélla la máxima atención. Por eso no puede sorprender que los textos de Historia reserven la mayor extensión a la propia historia francesa. Es natural. Pero en la órbita general de esta enseñanza, ello apar-

te, el pretérito español resulta, sobre falseado, minimizado hasta la ignorancia casi absoluta. Por ejemplo, en el último volumen que acabamos de comentar, el de la «Historia contemporánea», de 16 capítulos que comprende, a la parte general le corresponden seis; a Francia, cuatro; a Alemania, dos; a Austria y Rusia, uno, a Italia, Inglaterra y los Estados Unidos, uno a cada una. A España, ninguno. Sólo algunos párrafos, pocos, que hemos acotado antes. En el libro de A. Huby, de la primera clase, que comprende la parte anterior de la edad contemporánea—1789-1851—, los 22 capítulos van reservados íntegramente para Francia, salvo el 16, que se refiere a la política extranjera en común. En el libro de Isaac y A. Bonifacio, de la clase segunda, es decir, el dedicado a los siglos XVII y XVIII, los 19 capítulos que comprende se reparten así: siete para la parte general siete y medio para Francia, dos y medio para Inglaterra, uno para los Países Bajos y otro para los Estados Unidos. En la obra de Isaac y Bejean, de la tercera clase—resumen de la época contemporánea—, la distribución de los 39 capítulos que la integran es como sigue: 26 para Francia, con las campañas de Napoleón; seis para la parte general, tres para Alemania, una para Oriente, otro para el Extremo Oriente, otro para Austria-Hungría y Rusia, y otro para los Estados Unidos. Cero también para España. En el tomito de la clase cuarta, «Tiempos modernos», de los mismos autores, los 29 capítulos se distribuyen así: nueve para la parte general; 15 para Francia y uno respectivamente, para Francia y Austria; para Francia e Inglaterra; para Alemania; para Inglaterra y para los Estados Unidos. Para España sigue siendo cero el número de capítulos reservados. En el texto de Alba de la clase quinta, «Edad Media» hay 31 capítulos, de ellos 13 dedicados a la parte general; 15 a Francia; uno a Italia y Alemania; uno y medio a Inglaterra y el medio restante a España, sólo que este medio capítulo lo constituyen unas treinta líneas dedicadas a dejar malparados a nuestros Reyes Católicos. ¡Lástima del empeño! Y, por último, en el texto de la clase sexta «La Antigüedad», no hay nada tampoco relativo a España.

Terminamos. Nuestra tarea se ha limitado a explicar, a los españoles, lo que se enseña de la Historia de España en los Liceos franceses. El más leve ánimo de polémica y no digamos de deseo de restaurar la verdad histórica nos llevaría demasiado lejos. No pretendemos tanto. Basta con lo dicho. «Esto, Inés...» ¿Para qué decir más...?

HISPANUS

LEA Y VEA

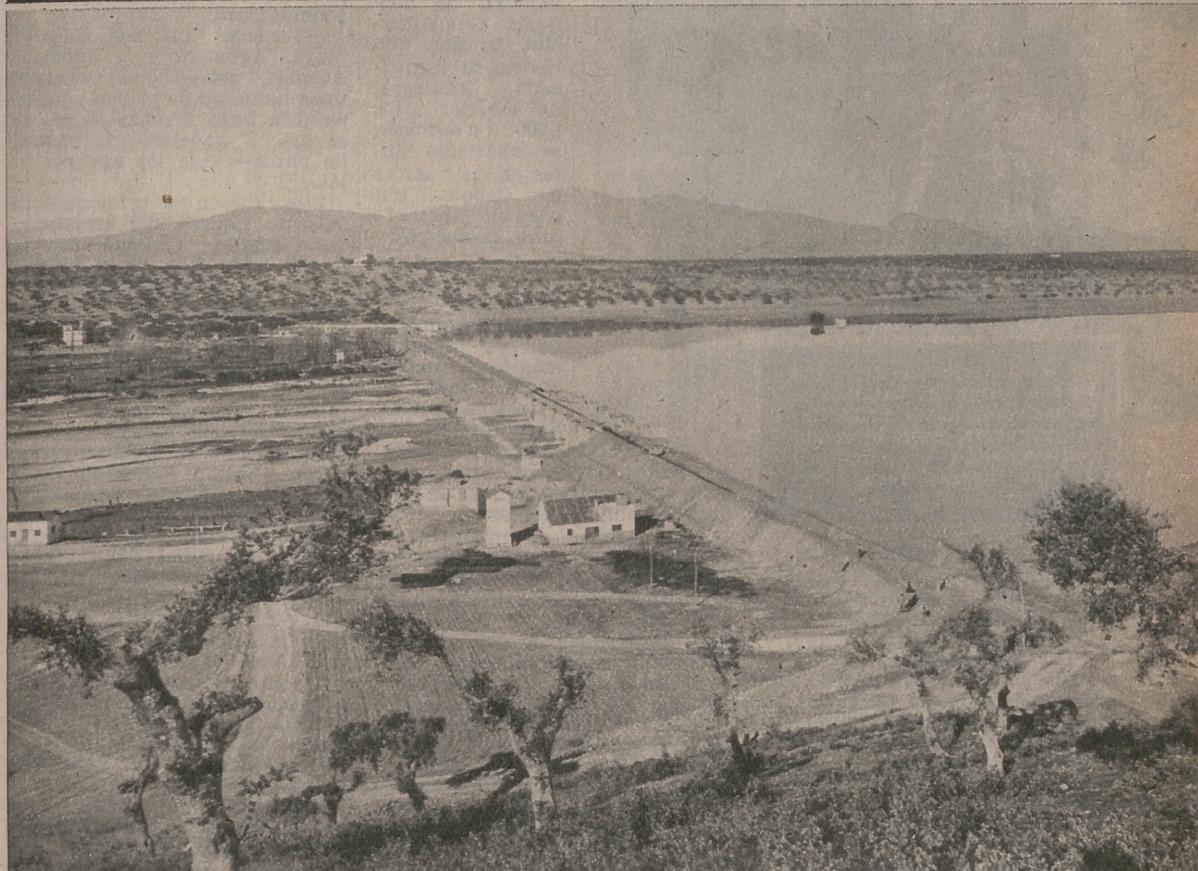
TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

INICIATIVAS, DINERO
Y TECNICA EN PLENA
MOVILIZACION

TALAVERA

LA DESPENSA DE MADRID



50 KILOMETROS DE TERRENO EN TRANSFORMACION

DESPENSA de Madrid ha sido llamada la gran zona de los contornos de Talavera de la Reina, hoy transformada por los regadíos. Con un agua que siempre fué suya, pero que antes pasaba indiferente por sus campos, cuando no con amenazas y hechos catastróficos.

Me parece inexacta por defecto tal denominación ¿Podrá consumir el Gran Madrid del futuro cuanto allí se producirá?

Unos 116 kilómetros median entre Madrid y Talavera. Y la zona rodea el vértice de unión de dos ríos muy encariñados: el Tajo y el Alberche. Alcorcón, Móstoles, Navalcarnero, Valmojado, Santa Cruz del Retamar, Quismondo, Maqueda, Santa Olalla...

A partir de Santa Olalla, a todas las paradas del autobús llaman «cruce». Los pueblos están lejos. Cruce de El Casar, Otero, Los Lucillos.

Y por fin, el «cruce» de Cazalegas. Sobre los cogollos más altos de un lejano olivar divisé

De nuestro enviado especial JOSE DE MAIRENA

el campanil de su torre. Media hora después, estaba allí.

A CADA FAMILIA, UN LOTE DE DOS FANEGAS

Cazalegas es un pueblecito castellano ni pobre ni rico. La propiedad está bastante repartida. No hay ni un latifundio en su jurisdicción. Perduran, en cambio, los bienes comunales, mitad campiña, a la orilla del Alberche, y mitad monte. Ambos cultivables y cultivados.

Su fisiografía desentona poco del común de los pueblos de su categoría. Una plaza sencilla, pe-

ro atrayente, con festón de acacias, y una torre remozada, quizá con exceso, por un alarife local. En el porche de la iglesia, una monumental Cruz de los Caldos, toda de cemento, bien cercada de plantas.

—Venga a «La Barranca»—me dijeron con ánimo de hacerme la máxima revelación.

«La Barranca» es a Cazalegas



Nuestro enviado especial en una plantación de algodón, acompañado de agricultores talaveranos



Su Excelencia el Jefe del Estado dirige las batallas de la paz como antes dirigió las de la guerra. Aquí le vemos contemplando el panorama de las tierras fecundadas por el Alberche

lo que la torre Eiffel a París o la Giralda a Sevilla. El lugar de más amplias y mejores perspectivas. A ella van todos los recién llegados.

—¡El Alberche!

Bello panorama, en efecto. Una gran balsa de agua de varios kilómetros de retroceso. Sobre ella, barcos de pescadores. Al lado de allá, encinas perdidas en el horizonte. Del lado de acá, olivos y viñedos. A nuestros pies, en terreno casi vertical, verdes sembrados. Entre éstos y la balsa, una especie de carretera.

Supe después que para el embalse fué expropiada parte de los bienes comunales de Cazalegas. Tamaña extensión, más lo que queda en el monte, estaba dividida en tantas parcelas como familias. A cada familia venía tocándole un lotecito de dos fanegas, lo suficiente para aliviar, alternando con otras cosas, la suerte del hogar. Cada dos años eran sorteados en el Ayuntamiento los lotes para compensar la buena o mala suerte del bienio anterior.

—Pero algún beneficio habrá a la vista, en compensación.

—¡Ah! Eso, sí. Cuando el Caudillo estuvo aquí para la inauguración de la presa, nuestro Alcalde le expuso la situación. Al poquísimo tiempo fué adquirida por el Instituto Nacional de Colonización la finca de Corralejos, distante dos kilómetros, que será parcelada, puesto en riego y distribuida entre familias cazaleguesas.

EL AGUA PROVOCA INICIATIVAS

En Cazalegas, el que más y el que menos está perforando el terreno en busca de agua. Nadie teme una posible inflación de productos hortícolas o plantas industriales. ¿Fallará su olfato realista?

—Hay psicosis de regadío—dogmatiza Miguel de la Cruz—. Son muchas las huertas nuevas. Aquí se encuentra agua a pocos metros.

Tales huertas no están entre la red de acequias del Alberche, y por ello tienen su significado: Cazalegas, no superior a los 1.200 habitantes, se abastecía antes de las huertas de Cebolla, un pueblo distante ocho kilómetros.

—Veo, amigos, que la presa ha estimulado una cosecha imprevista: el descubrimiento de una riqueza latente en vuestras tierras. Se nota, ¿eh?

—En todo, incluidos los jornales. Antes de ahora, jamás percibió aquí mujer alguna un jornal de quince pesetas.

Es innegable un más alto nivel de vida. Las tierras han cobrado un valor no sospechado. Son Más y mejores los jornales. Han desaparecido el retraimiento y la timidez, a que son tantos nuestros hombres de campo. Para plantar árboles frutales, por ejemplo, se consulta y hacen encargos a viveros, con desprecio a las rutinas locales. Retumban los motores a la boca de los pozos. El creciente número de ganado vacuno no tiene problema, porque para la leche sobrante hay sitio en Madrid o en la fábrica de Talavera. Los frutos cuentan con la ruta del mercado central de Legazpi. Y parece que no está lejano el uso de maquinaria agrícola.

—¡Bonita huerta!—dije a Julio, un hortelano curtido y reseco.

—El apañío de la familia. Tengo ocho hijos.

Julio, a quien apodan «Pernales» no sé por qué, compró aquellas cinco fanegas de secano. Pico en mano, hizo él mismo el pozo. Y luego, adobe tras adobe, levantó la casilla y sus dependencias, hoy circundada de parras, nogales e higueras, que «ya muestran en esperanza fruto cierto».

—A poco de encontrar agua—decía rebosante de satisfacción—me propuso un vecino, menos afortunado, comprarme el pozo por 20.000 pesetas. ¡Fíjese usted! Dije que no, que no. Entonces, para ayudarme, ¡me regaló mil pesetas!

—Hubo apurillos al principio, ¿no?

—Hasta que Colonización me echó una mano. A poco de cursar la solicitud, los ingenieros agrónomos de la Delegación de Talavera vinieron a medir y tomar nota de todo. Gracias al crédito de Colonización pagué a los acreedores que más apretaban, algunos quizá interesados por el «negocio».

«DIOS PROTEJA SU AFÁN POR LA PATRIA»

Por el «Camino del Valle» emprendimos la marcha hacia la presa, distante dos kilómetros. Huertecitas y monte era nuestro paisaje al principio. Luego, valle abierto. Un aire fresco y húmedo nos vino de cara.

—Bien se pasará el verano—dije a Cruz, mi agudo y observador acompañante.

—Tenemos un sucedáneo de playa. Agua tibia y agradable. Además, eso—díjome señalando unas barcazas de pesca—, que nos asegura unas arrobas de pescado al día. Y aquello—una bandada de patos—, que los hay por miles.

Estas fueron las primeras muestras de riqueza del embalse.

El rugido creciente nos iba dando la medida de la distancia de las compuertas. Estaban en razón inversa.

¿Para qué describir una presa? Muros de gran espesor para contener el agua, unas fortísimas puertas de hierro entre gruesos pilares, y agua que artificiosamente se deja escapar y produce al caer enormes batidos de espuma y ruido impresionante.

Ví al pasar esta placa con letras de bronce: «Franco, Jefe del Estado y Caudillo de España, dió paso a las aguas del río Alberche, embalsadas por esta presa, para regar las fértiles tierras de Talavera de la Reina y Calera. Dios proteja su afán por la Patria. Año 1950.»

Tengo que anotar, por curioso y aleccionador, que allí comenzaron los picos y palas a remover tierras cuando estalló la última guerra mundial. Y precisamente, el año 1945, año final de aquella contienda, fué puesta en carga, a título de prueba, esta fuente de riqueza nacional.

El vaho de la Naturaleza, la quietud y estatismo, ese engañoso, lento, caminar de las horas en el campo; la luz y los colores, todo, todo aquello me empujaba a querer abrazar, a sumergirme en tan bello panorama.

1.600 KILOS DE TABACO POR HECTAREA

Con potentes voces hubo que llamar al colono, confundido entre las plantaciones. Hombre fuerte, alto y de voz sonora.

—¿Es usted vasco?

—No, señor. De la Vera.

De la Vera son los principales técnicos explotadores de los nuevos regadíos del Alberche, unos en arrendamiento, muchos en aparcería, con los dueños.

Antonio López Fernández, a sus quince años, allá en 1922 tomó parte en los ensayos de cultivo de tabaco en Pasarón de la Vera, su tierra. A Málaga fué a parar aquel tabaco, entonces centro más próximo. Ni que decir tiene que tardó en llegar dos meses, por ferrocarril. Y se pagó—entonces, bien—a 1,50 kilogramo.

Ahora lleva en arrendamiento parte de la finca de Serranillo, en el término de San Román de los Montes. Pimiento, tabaco y algodón comparten el terreno.

—Esto es lo que me rinde más—dijo, señalando los pimientos—.

Cada hectárea, unos tres mil kilos, que a 16 pesetas...

—¿Y a dónde vas?
—A Plasencia. De él sale el pimentón.

—¡Hombre! Usted, productor de tabaco, ¿no fuma —tuve que decirle por su gesto displicente ante mi petaca.
—Mi naturaleza no puede llevarlo.»

—Y, sin embargo, provee a los demás mortales. ¿Cuánto coge?
—No sale mal: unos 1.600 kilos por hectárea, que a doce pesetas...

—Y creo que, además, no hace falta barbechera.

—No está usted engañado. Es más, puede sembrarse cebada antes que el tabaco, dentro del mismo año. Y otra cosa le voy a decir: El pimiento y el tabaco se llevan muy bien: sucediéndose en la misma tierra dan muy buenas cosechas.

Sacó del chaleco un buen Roskof, y dió un enorme silbido. Era su toque de sirena. Había terminado la jornada de los operarios.

—He observado que el algodón le hace poca gracia. ¿Por qué?

—A mí, concretamente, me rinde poco: unos 900 kilos por hectárea, que pagan, aproximadamente, entre 12 y 13 pesetas kilo. Y eso que tiene poca «administración» (gastos de labor).

Iba dando instrucciones y consejos a medida que pasaban los operarios.

—¿Nota la falta de mano de obra?

—En esta zona, sí.

—¿Y la falta de preparación?

—Mucho. Los poco enterados hacen perder tiempo y perjudican a veces a las plantas.

—Entonces será partidario de los cursillos de capacitación.

—Muchísimo.

—Y el agua, ¿qué tal?

—Buena. Me analizaron dos botellas, y ha resultado buena.

—¿A cómo le cuesta el agua?

—Ciento veinticinco pesetas por hectárea.

Antonio López tenía muy bien hechas sus cuentas. Y hasta ahora no le han fallado. No estaba sobrado de fortuna cuando llegó a estas tierras, antes secas, y ahora dispone de una casa edificada allí, junto a las plantaciones; secaderos de tabaco y pimiento, cuatro pares de mulas y otros muchos animales para la despensa. Al proponer el arrendamiento—según me han contado—ofreció una cantidad no corriente por los alrededores, lo cual hizo que el dueño quedase un poco receloso, pero con ganas, como es natural, de aprovechar la ocasión. Tras algunos cabildos, se llegó al contrato, pero garantizándose el dueño con las primicias de la cosecha, condición que aceptó impertérrito Antonio López. Con las manos en la cabeza contempló el dueño el fruto de la primera cosecha.

Por eso, cuando le pregunté que si, conservando su actual situación económica, ya bastante desahogada, tuviese que organi-

zar un plan de trabajo e inversiones, me respondió:

—Al pimiento y al tabaco.

VEINTE LINEAS DE AUTOBUSES CONFLUYEN EN TALAVERA

Unos catorce kilómetros, por la general Madrid-Badajoz, hay de Cazalegas a Talavera. Es una carretera en descenso, entre los cauces del Tajo y el Alberche. Un puente está sustituyendo un paso a nivel, muy peligroso. Dos kilómetros más allá, un nuevo puente ha relevado de servicio a otro, muy cercano a él, pero de curva traviesa y de fácil engaño. Poco más del centenar de metros a la izquierda se unen los dos ríos.

Siete kilómetros antes de la ciudad comienza la campiña, rica y exuberante. Olivos, tabaco, pimientos, algodón, patatas, remolacha, hortalizas de todas clases... Todo verde, muy verde y lozano. Y sobre ello, grandes construcciones: secaderos, almacenes, establos...

Ya en las puertas, aparece la grandiosa ermita del Prado, a la que acompaña, en el comienzo del parque del mismo nombre, la plaza de toros, famosa por la muerte de Joselito «el Gallo». No soy de Talavera, pero considero grave pecado de ignorancia conocer Talavera sólo por la muerte de Joselito. Y frente al parque, a la derecha de la carretera, el teso, campo de importantes transacciones quincenales de ganado, adonde los días 1 y 15 de cada mes acuden labradores y ganaderos de muchos pueblos de varias provincias.

Talavera recibe al viajero en una magnífica estación de autobuses. Sí, señores, una estación de autobuses grande, hermosa y moderna, donde no falta ni el buen bar contiguo a la espaciosa sala de espera, ni comercios adecuados al lugar, como, por ejemplo, cerámica talaverana.

—Es que a Talavera confluyen más de veinte líneas de autobuses—me dijo después el Alcalde, don Gregorio Ríos, que, por cierto, es compañero de Prensa—. Talavera es centro de diez carreteras.

—¿Quiere decir, entonces, que aquí es cosa considerable la población flotante?

—No baja el número, en días normales, de 2.500 personas. En la última feria se registró en la estación de autobuses la entrada de 18.000 personas en dos días.

Dejemos bien sentadas las cosas para que mejor puedan valorarse. Talavera tiene hoy 23.000 habitantes. Pero no olvidemos que en 1946 su censo arrojaba sólo 16.000. En esos diez años hay que registrar un aumento de 7.000, es decir, un ritmo de crecimiento del 37,30 por 100.

Insensiblemente nos hemos metido en las visibles consecuencias de los nuevos regadíos. Esta es una impresión de la que nadie puede sustraerse, porque en Talavera—salta a la vista—está realizándose un intenso metabolismo urbano. No hay más que mirar las calles: bloques de casas nuevas y elegantes, tan caras como en Madrid, debidas a iniciativa particular; viejos caserones que van cayendo por acción de la piqueta, para dar paso a más prácticos y hermosos edificios: comercios y comercios en continua ebullición; bares y bares crepitantes; tres grandes cines de invierno, en sesión continua desde las siete de la tarde, y uno de ellos con capacidad para 1.800 espectadores.

—¿A qué ritmo se construye aquí?

—En 1943 se concedieron doce licencias para edificaciones de nueva planta; en 1953, 76.

—¿Cuántos comercios hay?

—Cuatrocientos diez. Pero con una observación: muchos de ellos son grandes y ricos almacenes para abastecimiento de Talavera y pueblos de la zona.

No quisiera herir susceptibilidades, pero he de trasladar a mis cuartillas una realidad. Talavera es una zona de enclave económica, cuyos límites comprenden trozos de varias provincias: Avila, Ciudad Real, Toledo y Cáceres. Los pueblos de esta zona—que suman sobre los 100.000 habitantes—tienen por capital a Talavera. Por eso, algunos, más atrevidos a la hora de dar nombre, llaman a la zona «Provincia de Talavera». Queda con ello justificada la existencia de tantos y tan grandes almacenes en la ciudad natal del padre Mariana.

ANTES DE VEINTE AÑOS TALAVERA TENDRA CINCUENTA MIL HABITANTES

El Ayuntamiento de Talavera, previsor, hace preparativos para albergar una población de 50.000



Una calle del nuevo pueblo de Bernuy

habitantes, que se le echa encima a pasos de gigante. Según sus cálculos, esto ocurrirá antes de veinte años.

Y a ello va, aunque las cajas municipales no tengan las energías económicas para tamaña empresa. No basta el millón de aumento, resultante de los nuevos presupuestos. Ha sido ya convocada la subasta de obras para 224 viviendas, de dieciséis millones de presupuesto, al que harán aportaciones los Institutos de la Vivienda y de la Reconstrucción.

Ya hace tiempo que la Corporación talaverana tuvo el atrevimiento de afrontar sola, mediante un crédito de más de cinco millones, el problema del agua, que allí era muy grave problema. Construyó, hará unos diez o doce años, la presa de la Portiña para abastecimiento de la ciudad. Pero faltan todavía la estación depuradora, el depósito regulador y dos tercios de red de distribución, necesidades que, si las rotulamos con cifras, habremos de usar el uno seguido de siete ceros. Un nuevo crédito, ahora con la ayuda del Estado, hará real esta cantidad. ¡Y queda el alcantarillado, que no exige menos de los diez millones!

CINCUENTA KILOMETROS DE TIERRA EN TRANSFORMACION

Entrar en un bar de Talavera es oír hablar de regadíos, como en otros tiempos del oro en el Oeste americano. Contratos, compras, ventas, transportes... Unos que saludan y preguntan a otros cómo va lo suyo... Y pocas caras pesimistas.

Aquello semeja una grande, pero alegre, convulsión económica social. Parece que han dicho: «Agítese con agua todo eso, que saldrá trabajo y riqueza.»

Y, en realidad, se está en los comienzos del grandioso plan. Ahora que, a fuer de buen servidor de la verdad, tengo que decir que a las 10.000 hectáreas—extensión que, por ahora, puede atender el Canal Bajo del Alberche—hay que sumar muchas, muchísimas hectáreas más, desde La Puebla de Montalbán hasta Talavera, pasando por El Carpio de Tajo, Malpica, Puebla Nueva... En total, unos cincuenta kilómetros de tierra en transformación, bien por obra y ayuda del Instituto Nacional de Colonización, bien por iniciativa de particulares, que se contagiaron o adelantaron a la recomendación del Gobierno.

El padre Tajo fecunda estas últimas tierras. Y cuando mejor, gracias al tratamiento a que le tienen sometido los ingenieros, lo hará más cumplidamente. Porque el río de Garcilaso, que suelta 15 metros cúbicos en cabeza, pasa por Talavera con sólo diez, sin que le hayan valido las transfusiones de sus afluentes, algo anémicos. Quieren darle los ingenieros 90 metros cúbicos por segundo.

UN PUEBLO SURGIDO DE UNA FINCA

Con la ayuda conjunta del Tajo y del Instituto Nacional de Colonización han nacido del tro-



Antiguos soportales de la Corredera en Talavera de la Reina

zo de una finca un pueblo y los medios para vivir de sus habitantes. La finca se llama Pusa, de 10.000 hectáreas, propiedad del duque de Arión. Y el pueblo, Bernuy. A Bernuy, de 200 colonos, le basta con la mitad de la finca, que es lo que la ha proporcionado el Instituto.

La cosa es así: cien hectáreas de regadío, entre veintinueve familias, Y de las de secano, fracciones de dieciséis hectáreas a ciento setenta y una familias, más un trozo de un olivar de cuatrocientas ochenta y cinco hectáreas.

—Unas 2.400 pesetas viene rentando la hectárea—dicen los de secano.

—Pues a nosotros, los de regadío, 20.000.

Puede ponderarse la revalorización de este campo haciendo un ligerísimo contraste histórico. El pueblo de Malpica fué una finca del duque de Arión; incluso las casas, por las que no cobraba renta, sino a veces, no todas, unas gallinas por Navidad. Cuando no había trabajo, la caza furtiva y la pesca, eran la ocupación de brazos y piernas. He de aclarar que en la finca de Valdepusa entraban, además, parte de otros términos municipales.

Hoy, doscientas familias han recibido tierras que labrar, y también simiente, aperos y ganado, porque no tenían nada al comenzar.

INGENIEROS Y COLONOS, JUNTOS EN LAS TAREAS

Los ingenieros de Colonización guardan sus mejores desvelos para la finca de Valdepusa, la mejor de aquel sector. Aquellos hermosos bancales cuajados de un verdor fecundo; las setenta y tantas viviendas blancas, higiénicas y cómodas, muy superiores a las comunes de los pueblos del contorno; la iglesia, la escuela, los comercios... Hombres que salen de sus casas derechos a una tarea determinada, extirpada ya la angustia de un probable paro estacional. Todo ello, real y positivo, todo ello bajo el signo de la multiplicación y no de la suma y resta, en un simple trozo de una gran finca de antaño. Es para sentirse satisfechos humana y profesionalmente hablando.

No es, sin embargo, todo de color de rosa o verde. El campo, nuestro campo, tiene muchos problemas no perceptibles a simple vista, problemas que, además de la pura técnica, requieren un tacto humano especial. Me ha parecido entrever un paso, muy necesario para la solución de los principales problemas del campo: compenetración del técnico y el labrador. Eso, la técnica sobre los surcos y las acequias, el ingeniero agrónomo junto al bracero.

Si en algunos braceros, alistados para propietarios, falta el espíritu de empresa, cosa muy comprensible y hasta justificable por razones archisabidas, no falta el consejo, y a veces la orden, de un ingeniero. Nada de caprichos ni rotaciones rutinarias. Como en las escuelas, de donde no puede venir más que bien, hay que enseñar cariñosa o imperativamente el camino recto. La sincera reeducción tendrá que ser así. Una reeducción sin engaño.

Bajo «tutela» entraron en estas tierras los braceros de Bernuy: una «tutela» de cinco años, durante la que parecen una especie de aparceros del Instituto, porque éste aporta dirección técnica, tierra, mejoras, aperos, semillas y piensos que hayan de adquirirse fuera de la explotación, los abonos y las contribuciones e impuestos, mientras que el colono aporta su trabajo y el de los familiares que directamente dependen de él y los restantes gastos de la explotación que no figuran entre las aportaciones del Instituto. Pero a la hora de la liquidación anual, el Instituto sólo percibe un tanto por ciento de los productos de más fácil conservación, en concepto de reintegro del ganado de trabajo y de la maquinaria anticipados.

A pesar de que las cosechas de Bernuy no han llegado, ni con mucho, a su plenitud, la patata y el tomate ya tropezaron con sus dificultades. Queda por hacer más expedito el camino hacia Madrid.

Sin embargo, con el producto de la lana tuvieron para pagar un año la cuota de amortización. Me explican: Un rebaño de ovejas con su pastor, sufragado por



Como este hay ya muchos nuevos edificios en Talavera

el Instituto, puede decirse que es un bien comunal de todos los vecinos bernuyenses. La lana cubrió una cuota de amortización de todos ellos.

DOSCIENTOS HUERTOS FAMILIARES EN PUEBLA NUEVA

Contaré otras impresiones, de regreso a Talavera. Junto a Valdepusa se extiende la vega de Puebla Nueva, propicia a una exhaustiva explotación, porque condiciones hay para ello. Consecuencias: que hay ya mil hectáreas de regadío, la mitad de particulares. De sus quinientas hectáreas, el Instituto tiene distribuidos doscientos huertos familiares, y además, noventa colonos. Y ya está en marcha un poblado, con todo lo que un moderno e higiénico poblado puede exigir. ¿Que por allí no había pantano a la vista? No importa. ¿Que el Tajo, que por algo se llama Tajo, es profundo? Tampoco importa. El agua hacía falta, y el agua se obtuvo por elevación, salvando los catorce metros de diferencia de nivel.

DE LA «TUTELA», AL PERIODO DE PROPIEDAD

Aludía a las relaciones entre Instituto y colonos, de lo que también he apuntado algo anteriormente. Esa «tutela», de cinco años de duración, no es más que un período de enseñanza, de adiestramiento del colono, para lo cual la dirección técnica del ingeniero realiza cuantas reformas y mejoras sean necesarias con el fin de dar una mayor productividad a la finca, lo cual, a la larga, permitirá un mayor nivel de vida de cuantos en ella viven y vivirán, además de sus repercusiones en la economía nacional. A tal extremo llega esa «capacitación», que puede haber sanciones y castigos, y hasta sustitución, si el abandono e indolencia del colono obligasen a ello. Pero no creo que haya necesidad. Por otra parte, el carácter, eminentemente humano, de estas relaciones, lleva consigo una flexibilidad increíble. Nuestra pobla-

ción campesina arrastra inveterados defectos, y ella no tiene la culpa.

Después de la «tutela» viene el período de propiedad. Entonces se entrega a cada colono un título de posesión, que le acredita el libre disfrute de su parcela. En este período, siempre bajo una justísima y humana comprensión, se amortiza la tierra. Al final, las escrituras de propiedad en la mano.

Durante uno y otro períodos, cada colono tiene una libreta, denominada «Libreta del Colono», donde se describen detalladamente los bienes de todas clases que tiene en depósito y las entregas que ha ido realizando. Tal libreta puede hacer fe incluso en los Tribunales de Justicia. Con ella sabe cómo va su cuenta individual.

Pero verdaderamente simpática y necesaria resulta la «Agenda de Explotación». No es más que una libretita en la que los labradores anotan, enseñados por los capataces, los gastos e ingresos de cada año. Bien poquito. No puede llamarse, ni con mucho, contabilidad agrícola, puesto que su método es ultrasencillo. Basta con que se eduque al colono, se le inicie en el hábito de apuntar. ¿No es mucho mejor que echarse el sombrero para atrás y rascarse la cabeza para recordar, método de contabilidad muy generalizado todavía?

Es mucho, por tanto, lo que está haciéndose en estos campos para darle vida, para que dejen de ser «el cadáver insepulto» de que se habló y escribió en otros tiempos. Nuevas tierras con agua fecundante, familias numerosas redimidas del paro y de la angustia, vigorización de la economía nacional, técnica junto al brazo sin que jamás pueda insinuarse control del Estado sobre sus deudores y un rumbo nuevo abierto sobre la rutina.

DOSCIENTAS HECTÁREAS PARA OCHENTA FAMILIAS

De nuevo en Talavera entramos en la zona de regadío del Alberche, en total 10.356 hectáreas de extensión, ya dominadas por el canal, pero en plena explotación sólo el 44,36 por 100. Pero

creo que es conveniente recordar que antes de la construcción de la presa de Cazalegas sólo había poco más de 122 hectáreas en riego. A ello habrá que añadir la finca de Corrales, ya adquirida por Colonización, en cuyas doscientas hectáreas beneficiarias no previstas en el primitivo plan, pero por la izquierda, serán asentadas unas ochenta familias.

Gracias al Alberche, ¡qué grandes extensiones hay dedicadas a la producción de leguminosas, hortalizas de toda clase, remolacha, achicoria, tabaco, pimiento, algodón, cáñamo, soja, alfalfa en grandes cantidades! ¡Hasta ricino, para que haya de todo!

Verdes, muy verdes, están los campos de Talavera, Calera, Pepino y San Román de los Montes. Verdes, con un verdor exuberante, entre masas forestales y árboles frutales de toda especie, que son los elementos complementarios.

Tan verdes y productivos que están surgiendo de su planicie tres pueblos, inevitables coágulos humanos de tanta mano de obra. Tres pueblos entre Talavera y Calera, que son: Talavera la Nueva, Alberche del Caudillo y Soto de Calera. Ya descuellan sus muros de las plantas.

No es de extrañar. El asentamiento definitivo de población se acrecienta y normaliza con un ritmo superior al período de la anteguerra. Si la densidad media en la zona, en el año 1930, era de 41, en 1940 llegó a 51, y en el año 1950, a 60. La densidad media de España, en general, ha sido durante esos años 42, 47 y 52, respectivamente.

A ello contribuye también la renta agrícola, creciente en grandes proporciones. En 1940 ascendía a 2.643.348 de pesetas; últimamente, en 1953, alcanzó la cifra de 30.039.000 pesetas. Mas el movimiento agrícola no va solo. Marcha engarzado con otras muchas actividades, como transporte, artesanía, ganadería, bancos, etc., todos los cuales participan de alguna manera en el progreso general de la zona.

LA CULTURA TAMBIEN SALE BENEFICIADA

Al Estado llegan también, y en no pequeña cuantía, los beneficios de estas inversiones de regadíos. Porque el aumento de ingreso fiscal consecuente a la mayor renta agrícola, ha puesto en evidencia que al cabo de cuatro años y cinco meses recupera íntegramente las cantidades invertidas en la ejecución de las obras, es decir, que cuando empieza la explotación de las obras el Estado se ha resarcido del costo de la ejecución. Y su ganancia viene a ser un interés equivalente al 18,50 por 100 del primer capital ya recuperado.

Hasta la cultura sale beneficiada. La población es la causa eficaz de la riqueza. Pero esa población, para rendir más y mejor, necesita preparación, capacitación y cultura.

¿Resultados en la zona? Que en 1910 había un 67,28 por 100 de analfabetos y hoy sólo se cuenta el 18,90 por 100.

DESCIENDE LA PATATA, PERO SUBEN EL TABACO Y EL ALGODON

Unos cultivos ensanchan su área. Otros se repliegan. Van apareciendo algunos nuevos. Pero predominan de momento las plantas industriales.

Parece que la patata, otrora dominante, sufre descenso en su índice de producción. Hay quien lo achaca a degeneración, tanto de la importada como de la del país. Hace cuatro años, en la Granja de Experimentación dieron 35 kilos por kilo las semillas de importación. No obstante, las cifras revelan lo siguiente: en 1940 se obtuvieron 3.000 toneladas por valor de 1.800.000 pesetas; en 1952, sólo 1.500 toneladas, importantes 1.350.000 pesetas.

La que pugnó mucho por entrar, pero al fin se impuso y se mantiene, si las circunstancias extracarrcales no mandan otra cosa, es la remolacha. Se cultivan por aquellos alrededores unas mil hectáreas, con una producción media de 20 ó 22 toneladas por hectárea y un rendimiento de un 12 por 100 de azúcar. Su gran inconveniente es la distancia de la fábrica, en Aránjuez.

Después de la alfalfa, cultivo casi nuevo por allí, impresiona también el enorme ascenso de los productos hortícolas, que de pesetas 1.280.000 en 1948 se puso en 13.760.000 en 1950.

Otro cultivo nuevo por aquella zona, el algodón, sigue ganando terreno. De 3.900 kilos en 1947, llegó a 300.000 en 1950, con un valor de 2.250.000 pesetas. En 1952 el barómetro económico marcó 885.579 kilos, por valor de 10.694.725 pesetas.

Era tradicional el tabaco, pero sufrió un colapso al aparecer otras nuevas plantas industriales. Se ha repuesto y sube cada día su índice.

A pesar de todo eso, se solicitaron 18.990.500 plantas para las 1.266 hectáreas, que teniendo en cuenta que se necesitan nueve o diez plantas para obtener un kilo de hojas secas, pueden muy bien redondear el 1.900.000 de kilos de producción. ¿Pesetas? Es fá-

cil averiguarlo: a un promedio de 12 pesetas kilo... Me dan miedo las cifras grandes. Si diré que es tabaco rubio—Maryland y W. Burley—de buena calidad. Según tengo entendido, la cifra de nuestro consumo es de 40.000.000 de kilos, y ya estamos en los 30 millones.

¿Para qué continuar? Aludiremos tan sólo el aspecto social. Si en 1948 el número de jornales fué de 86.892 (1.390.272 pesetas), ya en 1950 se encumbró en los 233.432 (6.941.640 pesetas).

UNA INDUSTRIA EN AUGE

Para tan fructífera erupción en Talavera se han habilitado los medios adecuados, unos, últimos; otros, en período de iniciación. Porque el problema es complejo.

Hay una Granja-Escuela de la Obra Sindical de Colonización con alumnos en régimen de internado. Tiene secciones de regantes, capataces de regadío y secano, tractoristas y hasta una dedicada al fomento del cultivo de la morera, que regala árboles a particulares y Ayuntamientos. Se pretende hacer resurgir la famosa industria de la seda. ¡Bien famosos son los tapices de seda talaverana! Llega más lejos la misión de esta granja sindical: allí hay sementales, tractores para aprender y para alquilar, trilladoras, toda clase, en fin, de maquinaria agrícola. Y tierras donde experimentar cultivos nuevos.

Para el tabaco hay un centro de fermentación, con capacidad para dos millones de kilos. El algodón dispone de un gran centro de recogida, y ya está en marcha una desmotadora. Una fábrica de concentración de leche da curso y salida a este producto hacia las grandes capitales: Madrid, Barcelona y hasta Tánger. Fábricas de conservas vegetales esperan la regularización de sus necesidades de envases. Y la Cooperativa del Campo de la Hermandad de Labradores y Ganaderos tiene frigoríficos para productos lácteos que luego envía a Madrid. Los aso-

ciados se sirven de un molino de piensos de este organismo sindical, que también se encarga de comprar semillas, abonos, en fin, todo lo que suponga un ahorro y un beneficio en calidad.

UN BUEN INDICE DE PROGRESO ECONOMICO: LA CIRCULACION DINERARIA

Dos delegaciones oficiales—de la División Hidráulica del Tajo y del Instituto Nacional de Colonización—son como dos clínicas de urgencia de aquellos campos. Aquellos jóvenes ingenieros están de guardia constante.

Cuatro Bancos, entre ellos una sucursal del de España, encauzan tan caudalosa circulación económica. Oí en uno de ellos que el movimiento diario de caja superaba el millón de pesetas. Pero las cifras me dicen más: tomando como base el año 1940 el porcentaje de crecimiento anual es el siguiente: en 1941, el 20,70 por 100; en 1950, el 891,91, y en 1952, el 983 por 100. Ese aumento, a partir de 1950, coincide con la puesta en explotación de la obra realizada.

En la espaciosa estación de ferrocarril de Talavera, el movimiento de trenes es cada vez más intenso. Y para enlazar con los menos importantes regadíos de Montijo, parece que se pretende actualizar el proyecto del ferrocarril Talavera-Villanueva de la Serena. Mientras tanto, los camiones van y vienen en todas direcciones. Y una potente línea de autobuses une la ciudad con Madrid cada dos horas.

Esto está en marcha. Nuevos cultivos abren perspectivas insospechadas. Ya tomó carta de naturaleza el «pasto del Sudán», introducido por la Cooperativa Sindical. Alcanza dos metros de altura y admite cuatro o cinco cortes al año. Igual le ocurre a la soja. Han pasado varias pruebas el cáñamo y el ricino y empieza a extender sus raíces el lino.

La sierra de Gredos colabora también: protege el clima resguardando las tierras de los vientos del Norte.

De FELIX ROS

Publica POESIA ESPAÑOLA (número 27)

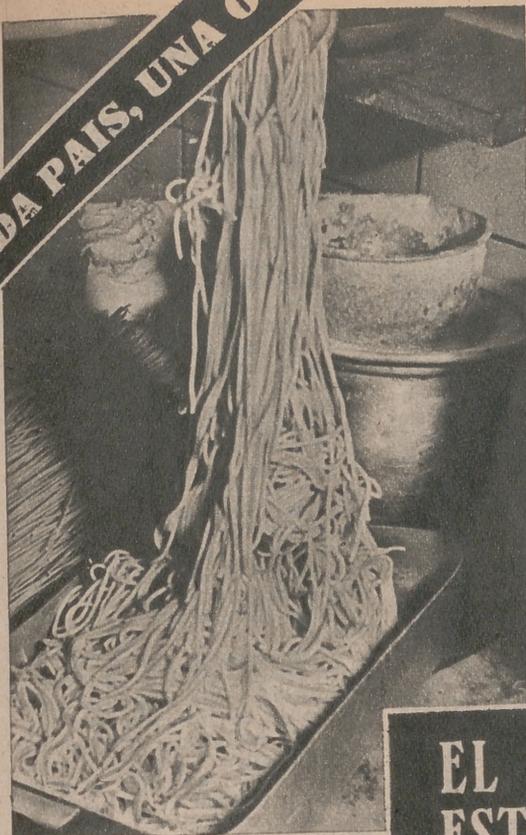
las composiciones tituladas TIBULLI ELEGIA CUARTA, ROMANCETE DE OLVIDO, VIAJE DESDE EL AMOR, RETRATO, EL SOL DE FEBRERO, EN LA MUERTE DE EUGENIO NADAL, 1-1-45, IL FAUT TUER..., BALADA-VILLANCICO DE «LA QUE NO PUEDE SER», EN EL ALBUM DE UNA COMPAÑERA; MERCEDES, CON MANTON DE MANILA; ANCILLA NATA QUINDECIM ANNOS, y PARA CANTAR EN UN BELEN.

Suscribase a

POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5, Madrid.

CADA PAIS, UNA OLIVERA



EL PLATO DE "SPAGHETTI" ESTA FUERA Y POR ENCIMA DE LOS PARTIDOS POLITICOS

DE LA "TAVOLA CALDA" FAMILIAR AL GRAN RESTAURANT

Por Eugenia SERRANO (Especial para EL ESPAÑOL)

ESTO de la comida, viniendo de la rica, abundante y hermosa España es muy importante. Los españoles, hasta los pobretones como yo, estamos acostumbrados a comer bien. Partiendo de la dieta más estricta. Nuestro pan, nuestro vino, nuestra fruta están al alcance de las economías más miserables. Tienen una cantidad de vitaminas, hidrocarbonados, energéticos, que no disfrutan muchos países del mundo. Unas sopas de ajo, una paella, la más modestamente hecha, alimentan de una manera atroz, acompañados del vino español, de la naranja, ese lujo en el mundo, ese recurso en España.

Italia come pasta, macarrones, tallarines, canelones, raviolis, tideos. Es una comida barata, sana, fácil de digerir, que se hace en un momento, y que con el tomate frito y la mantequilla, o sustancias más importantes incorporadas a la salsa, puede resolver una mesa familiar. Si se come con vino, no pasa nada. Pero si se bebe agua, la pasta engorda horriblemente. A mí, sin embargo, me parece un poco en broma. Me sabe siempre a pan.

El plato nacional son los «spaghetti». Unifica a todos, ricos y pobres, neofascistas y socialistas de izquierda. Un buen plato de «spaghetti», ya con jugo de carne, ya con trocitos de jamón y picadillos, ya con menudas chirilas o simplemente con tomate y mantequilla, es lo que de veras, de veras, gusta a todo italiano que se estime. Los «spaghetti» simbolizan la unidad italiana.

LAS TIENDAS DE COMIDA... Y LA SOPA NEGRA

Una de las cosas que dan el aroma popular y trabajador de Italia son las tiendas de comida. No es éste su verdadero nombre. Aquí se llaman «cristiceria», «salsamentaria», «tavola calda»; tra-

ducido al castellano debía ser algo así como «asados», «salsas y encurtidos», «mesas calientes»... Pero yo las llamo tiendas de comidas. Y eso son, tiendas donde se puede comprar diversos platos, ya confeccionados, y consumirlos allí mismo, de pie, en ese estilo, dinámico o de pesebrera, según sea usted aficionado a la cafetería americana o pacífico detractor de los ajetreteados tiempos que vivimos.

Esta comida, siempre barata, y que si no alimenta sin duda engorda, dada la cantidad de hidrocarbonados—la harina, en todas sus manifestaciones fritas es el principal ingrediente de las tiendas de comida—, creo que haría la felicidad de muchos ultramarinos.

Italia ha producido estas tiendas de comidas. Sitios donde aun se defiende la sopa negra con modales e individualidad mediterránea. El otro día, un norteamericano protestaba contra la individualidad de estas tiendas. Sueña con hacer una gran fábrica en Milán, la ciudad más industrial de Italia y acaso de Europa. Por acueductos, cleoductos, cañerías subterráneas, los «spaghetti», los «suplis», croquetas de arroz con algo dentro; los «calzón», especie de «soldaditos de Pavía», con queso y bacalao o con salchichas o mermelada dentro; las esferas de carne picada, las croquetas de patata, los filetes,



Comiendo tallarines. Arriba: una cascada de «spaghettis» (izquierda) y otra, más pequeña, de tallarines

los pollos, las berenjenas sazonadas, las ensaladas Hegarian a las cocinas de las casas particulares, a los despachos de las oficinas... Puesto que Milán trabaja para toda Italia, bien puede guisar para Italia entera. Un poco más

de quehacer, ¡qué les importa a los industrioses de aquella ciudad!

Un poco asustadas de este futuro trust alimenticio, Juanita y yo defendíamos el derecho de la familia a reunirse en torno a la sopa patriarcal, confeccionada según gusto y receta propia, personal, unida a recuerdos de la abuela, de la madre o de la tía solterona e intransigente. Defendíamos el derecho de cada hijo de vecino de ser alimentado con sustancias familiares, con gustos que son hábitos de su paladar y personalísimos. No somos, ni pensamos, ni reaccionamos idéntico, los bárbaros comedores de carne cruda, a los degustadores de la rancia cocina española o de las fórmulas francesas. Inglaterra fué poderosa gracias al «rosbif» sangrante que manos de mujer hacendosa ponían todas las noches encima de la mesa hogareña. Valencia tiene ese poder exportador, gracias a la virulencia explosiva y colorista de su paella. El día que todo un país coma igual, el país será horriblemente uniforme. Y se transformará en un socializable rebaño de borregos. Cada cocina que no humea significa la pérdida de un carácter.

Nuestro americano utopista sonreía. Y nos vaticinaba que, con el tiempo, desde el Milán anticipado, las tiendas de comida se convertirán en la base de gigantes refectorios. Se apagará el fuego del hogar y la gente tendrá más tiempo para ganar dinero. Y para gastar luego ese dinero en el cine, el fútbol, los viajes en grupo, la televisión y hasta en un frigorífico para conservar bien la comida que minutos antes le sirvió, como el gas y la luz, a domicilio, la futura empresa de Milán.

Yo, que he tenido la suerte de nacer en uno de estos hogares españoles donde hay una santa, maternal mujer que ha hecho dos comidas y un desayuno y alguna merienda todos los días de su vida, me horrorizaba de esto. Y defendía contra el bárbaro proyecto, señalando el sentido hogareño del pueblo italiano, su culto a la familia, el imperio y señorío de la matrona, las familias numerosas, etc...

El americano, con sus bellos dientes postizos, sonreía. Es posi-

ble que sea así..., dijo. Pero miren... Y miramos y vimos muchas madres de familia comprando la comida ya hecha, que luego, recalentada, servirían en sus casas. Parejas de todas clases llevando su paquetito para consumir en casa, antes del cine, o acaso en el mismo cine. Viejecitas solitarias haciendo la lista de su menú... Detrás de aquéllos había una fila de cocinas sin encender, de hogares donde, como dice el burlón dicho madrileño, «no hay fogón y el gato se va de juerga».

No sé qué piensan ustedes... Desde luego, estas tiendas, que ya asoman la oreja en Barcelona y en las freidurías andaluzas, pueden ser una solución. Pero es un paliativo. La verdadera solución, civilizada, es que el que trabaja pueda mantener, por lo menos, a otra persona que cuide en casa el fuego del hogar, y algo que se cueza, ase o fría sobre ese fuego. Y con quién comerlo luego, terminado el trabajo, en amor y compañía, charlando sobre los incidentes del día y las preocupaciones y dichas del futuro. Porque si las tiendas de comida degeneran en la monumental pe-sebrera con que sueñan los colectivizados, el mundo perderá uno de sus mayores ingredientes de civilización: la cocina.

Claro que, por ahora, el sueño, en Italia, no prospera. El enamorado de una presunta sopa negra no encuentra, pese a sus dólares, socio para tal trust alimenticio. Las freidurías son todas—o casi todas—regentadas por industrioses napolitanos, los más individualistas de Italia, que por algo llevan sangre española. Pensar que ellos puedan asociarse es pensar locura.

Y las mañanas, cuando tomamos nuestro desayuno caliente, a la inglesa, o de tenedor, a la vieja española, si ustedes prefieren, algo nos commueve a Juanita y a mí. La infinita caridad con que la propietaria de la freiduría, napolitana de buen corazón, interrumpe su trabajo de cocinera de cuartel distinguido y pone algo caliente y recién hecho en la mano del desgraciado, vieja o niño, que se acerca pidiendo limosna. Que también hay miseria en Roma y los napolitanos, de corazón grande, la comprenden y la enjuagan a su manera.

DOÑA ALCACHOFA

En esta Roma monumental creo que han olvidado erigir un monumento a la alcachofa. Yo no diré que sea el símbolo, pero sí uno de los ingredientes de la vida italiana. Cuando en Madrid, en el Retiro, veo la famosa, nunca bien ponderada y verdusca fuente de la Alcachofa, me parece un espejismo romano. Un recuerdo que los «aquiritas» han erigido en el corazón sentimental del parque madrileño en recuerdo de una de sus debilidades.

La alcachofa señorea las carreteras italianas. A los lados, en la bien cultivada y aprovechadísima tierra, en los bancales. Y en gigantesca publicidad en que le amonestan a usted para que cuide severamente de su hígado. Colosales alcachofas y letras de cinco metros que dictan al viajero consignas como éstas: «Chinchano, hígado sano...». «Saboree usted la alegría de vivir, bebiendo el licor de extracto de alcachofas...».

Bromas aparte, hay un lado positivo de este culto de la alcachofa. Suelen prepararla espléndidamente en los restaurantes y hasta en las «tratorías»-tabernitas—modestas. Distinguen, con una precisión que aun no posee del todo el cocinero español, que las alcachofas no son en todas sus partes comestibles. Y las sirven aisladas, o todo lo más por parejas, y a un precio que le convencen a usted de la prosopopeya e importancia de la alcachofa.

La preparan también excelentemente, sólo los cogollos, eso que en técnica culinaria, afrancesadamente, se llaman «fondos», en conserva, envasada en cristal y con aceite. Yo, como soy una estúpida, prefiero las sardinas. Hacen también caramelos y dulces con ella. Las tartas en forma de alcachofa, y como elemento decorativo, son uno de los motivos más importantes de la dulcería romana.

Y luego, si cocida, casi fresca, y sazónada, se la presentan a usted como una flor. Con su tallo, que es donde residen todas las virtudes de drenaje del hígado de doña Alcachofa, que desde que pisé Italia no me atrevo a llamarla de otro modo. Aquí la llaman—sin el «al», este recuerdo de algún hortelano árabe en España—casi a la valenciana: «carchots».

Han conseguido un plato, «el frito variado de alcachofas y sesos». Son alcachofitas partidas a la larga, con el tallo, tiernas, jóvenes y rebozadas, en compañía, su adolescente amargura, de sesos empanados. Pero empanados honradamente, sin hinchazones de masa, como esos sesos huecos, engaño de las mesas cursis. Si el plato no existe en España—en la región valenciana yo creo que sí—, merece el honor de ser transplantado.

CAFE EN CANTIDADES INDUSTRIALES

Uno de los personajes más importantes de la vida en Italia es el café. Los italianos lo toman a todas horas, y en cantidades industriales, unas quince o dieciocho tazas por día. Algunos superan esta marca. La primera vez que nos invitaron a «pillar» un café, Juanita y yo dijimos que sí. Porque eran las tres de la



La Pizze, plato típico napolitano, puede verse junto a esa fuente de tallarines

tarde. La segunda vez, que fué en el mismo día y a la hora del aperitivo nocturno, dijimos que no. Entonces nos explicaron que el «andar a pillar un café» tiene el mismo sentido que en España ir a tomar una copa. En vista de eso, Juanita se tomó un helado y yo un vermut «Cinzano», que es lo mismo que en España, sólo que lo sirven en copa pequeñísima, sin tapa que le acompañe, y cuesta el doble de caro. Pero la mitad de las italianas que nos acompañaban tomaron café.

Yo he terminado por tomar café el cincuenta por ciento de las veces que me dicen que «pillemos» uno. Es una colonización romana que me está invadiendo por la bondad del producto. Las calles italianas huelen como las de Madrid hace casi veinte años. Aroma de café, mezclas de todos los países productores, Brasil, Puerto Rico y hasta el exquisito café colombiano, el mejor del mundo, que aquí se puede comprar, verde, a un precio poco superior de cien pesetas kilo. Pero la bondad del café italiano está no sólo en la materia, sino en la mezcla; nunca lo hacen de una sola calidad, sino de varias, y en la habilidad de los que lo confeccionan.

En Barcelona, no sé si en Madrid también, he visto unas máquinas cafeteras, en los bares. Industria italiana. Dicen algo así como Crema de Café «Caggia». Creo que es la que consigue un café más excelente—y que conste que no conozco a los propietarios de las «Caggia».

Anacabe, el pelotari vasco que se siente desterrado en Nápoles, murmura como un condenado de que los italianos invitan a tomar un café porque es lo más económico. Algo de verdad puede haber en esto. Una taza de café negro, pequeña, pero exquisita, cuesta en Italia, en un bar corriente, unas dos veinticinco. Un helado, por lo menos cuatro veces más. Luego, las copas italianas son verdaderamente desoladoras, amargas y nada agradables. En cinco meses, no he visto en Italia más que un borracho. Aquí, hasta los ochotes vascos terminarían tomando café. No existe la costumbre del chiquiteo, que tanto consolaría a los desterrados pelotaris—bueno, a alguno—. Y es necesario, en esta Italia suave y baja, tomar algo que remonte el espíritu. Por esto se ha hecho del café un vicio y un arte nacional. Se toma en pequeñas tacitas. A grandes dosis, semihelado, en dulces, en licor, en caramelos, y en ciertos pasteles aparece en granos. Un alimento típicamente milanés, el «mascarpone», especie de queso blando, infinitamente superior, a mi parecer, a la «mozzarella» napolitana, se completa con polvo de café y una copa de licor y azúcar. La misma fórmula creo que sería aplicable, y de gran éxito con nuestro gentil requesón de Miraflores—¿por qué no ha de ser gentil el requesón de un pueblo tan bonito y señorial?—. No creo que a nadie le moleste el adjetivo.

En este virtuosismo y lujuria por el café han llegado a inventar un café sin cafeína «Hagg». Yo lo encuentro tan absurdo como los cigarrillos sin nicotina, el cóctel sin alcohol... No puedo, por



tanto, opinar sobre un café que debe ser algo así como el café del limbo. Pero que se consume por todos los que se han hecho cisco el corazón, los nervios y el hígado con el café auténtico.

Con todo esto, las calles de Italia huelen bien. Hasta las de Nápoles donde los olores son tres: peste de humanidad apiñada, flores y aire marino. El café los envuelve y mata toda nota desagradable. Y, de paso, motoriza más a estas motorizadas criaturas.

En España, por fortuna, el café no es tan bueno. Aunque sí mucho más barato. Digo por fortuna, por decirselo a los españoles ya que siempre se lo digo a los italianos que han viajado por nuestra Patria, y que a la hora del café advierten muy orondos:

—Bueno, este café no se toma en España ni en ninguna parte del mundo... Es nuestro arte...

—Es cierto, pero el café español tiene la ventaja, sobre el de ustedes, de ser nacional. De nuestras colonias africanas, Guinea... No gravamos nuestra economía con importaciones de productos extranjeros...

Los buenos italianos tienen la nostalgia de sus colonias y de los tiempos de economía dirigida—que vistos desde fuera se ve que pueden ser buenos en todos los países.

Y hablando de nuestro café de Guinea, Giuseppe Maquiavelo, o Pepe Maquiavelo, como le llamo yo por su extraordinario pareci-



Un plato de lasaña y otro de canalonis. Véase en las fotos cómo se preparan y cómo se sirven recién sacados del horno

do con el autor de «El Príncipe», me da una receta. Giuseppe es el arrendatario del bar del hotel Flora—el hotel más simpático de Roma. Y me explica:

—Escuche: cuando la guerra no teníamos muchas veces más café que el de la Guinea española en este bar... ¿Sabe el secreto para que sepa bien? Tostarle inmediatamente antes de consumirlo... Tiene un perfume y un sabor distinto...

Yo ya he transmitido domésticamente esta fórmula a mi madre. Que me ha mandado a freír monas.

De todas formas, en algunas casas no todas las madres de familia son tan indóciles. Para éstas va la fórmula.

(Fotografías de Mora.)

TARRAGONA



LA RAMBLA

LOS "PIONEEROS"

La primera obra
IMPORTANTES OBRAS

La grandiosa panorámica marítima que se divisa desde lo alto del Balcón del Mediterráneo, en Tarragona

LA Rambla es para Tarragona lo que el paseo de Gracia para la Ciudad Condal o la Castellana para Madrid. Define su estructura urbanística imprimiendo acusado carácter a la moderna población. Sin la Rambla—su zona residencial—la ciudad carecería de este empaque y señorío que le es peculiar. Se cumple este año el primer siglo del inicio de su trazado y ello mueve justificadamente a los tarraconenses a celebrar el hecho con brillantes festejos.

UNA MURALLA EN DERRIBO

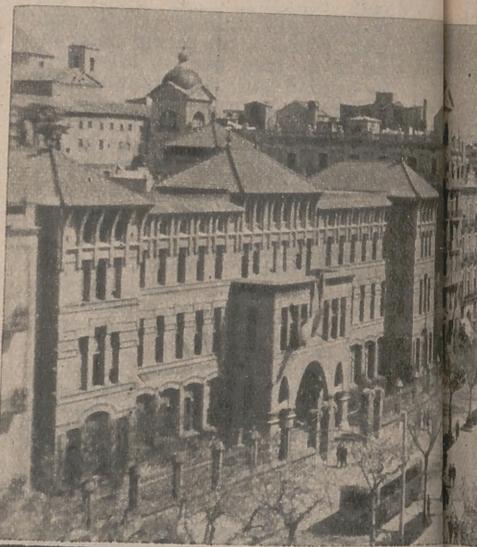
Hay que situar los orígenes de la Rambla en el periodo comprendido entre la guerra de la Independencia y luchas civiles de la primera mitad de la pasada centuria. El sitio de Tarragona de 1811, con el consiguiente asalto francés, puso de manifiesto la inutilidad de la muralla. Los armamentos habíanse perfeccionado y abrir brecha, con los medios de que disponía el mariscal Suchet, no fué tarea fácil, pero tampoco difícil. A pesar de la heroica resistencia de los tarraconenses, bajo el mando del general Contreiras, las tropas francesas ocuparon la ciudad el día 29 de junio del referido año. Evacuada la plaza dos años después, no sin la previa voladura de las fortificaciones y demás objetivos de interés militar de la población, fueron rápidamente reparados los baluartes para ponerlos en condiciones de defensa. Pero la invasión de los llamados «Cien mil hijos de San Luis» y posteriores guerras civiles demostraron hasta la saciedad que las murallas, como tales, habían perdido completamente la importancia que tuvieron en los siglos pasados.

Fué entonces cuando la ciudad, al igual que la mayoría de las plazas fuertes, quiso desprenderse del dogal que la aprisionaba. Iniciáronse gestiones y la buena disposición del Gobierno, unido a la tenacidad municipal, dieron como fruto la orden de derrumamiento de aquellos fortines que se interponían en sus afanes de expansión hacia el Sur. Un ingeniero militar, don José de Rome-

ro, concibió el actual trazado de la Rambla. Proyecto con la suficiente amplitud y altura de miras para no tener en cuenta los posibles intereses creados que se interponían al trazado.

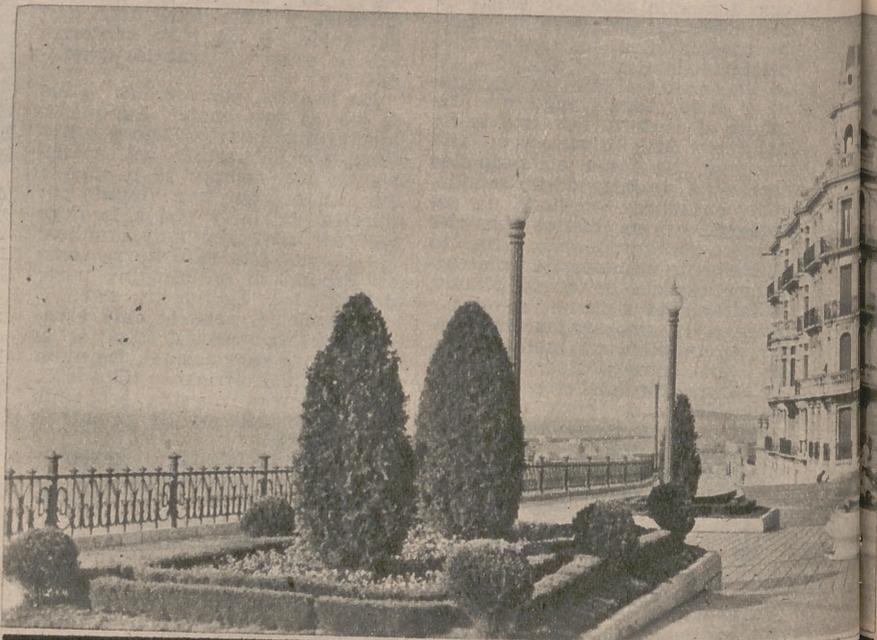
RAMBLA, SI; RAMBLA, NO

La resistencia al proyecto Romero partía del seno de la Corporación. Existía el partido de los viejos, aferrado a las formas tradicionales y refractarios a toda innovación, que alegaban la escasa capacidad económica de la ciudad y las condiciones climatológicas—en Tarragona, durante la estación invernal, sopla el viento frío de montaña denominado «seré», que harían intransitable la Rambla. Por su parte, los jóvenes progresistas hacían hincapié en las posibilidades urbanísticas que para la población del futuro significaba el proyectado trazado. Los primeros eran partidarios de una calle angosta, construida en dirección Norte-Sur, mientras estos últimos propugnaban una avenida que, iniciándose junto al mar, tuviera la continuidad sufi-



La Rambla en su parte meridional, desde el edificio

ciente para deparar a la población un mirador de montaña. O sea que la llamada entonces «Explanada» debía seguir la direc-



El famoso Balcón del Mediterráneo, que da comienzo a la Rambla tarraconense

LA RAMBLA, BALCON AL MAR

LA RAMBLA CUMPLE CIENTO AÑOS

LA RAMBLA DE LAS MODERNAS NORMAS URBANISTICAS

La Rambla de grandes proporciones concebida en España

La Rambla y su reforma perpetuarán la jubilosidad efemérida



Se ven sus proporciones y la regularidad de los edificios



Otro aspecto de la Rambla con el monumento al almirante Roger de Lauria en el fondo

ción Este-Oeste. Afortunadamente triunfó el criterio de los jóvenes, respetándose íntegramente las amplias proporciones del proyecto.

UN ALCALDE CON PIQUETA DE PLATA

Puestas de acuerdo ambas partes, consiguióse de la Reina Isabel II la Real Orden mediante la cual se otorgaba la oportuna licencia para el derribo de los baluartes que cerraban el casco urbano por su parte Sur. Los terrenos inmediatos a la muralla eran simples cultivos donde crecía la vid y el almendro. El subsuelo estaba formado por dura roca, al igual que el resto de la ciudad, asentada sobre un promontorio. El Ayuntamiento carecía de los medios económicos necesarios para llevar a la práctica la explanación del área objeto de urbanización. Fueron solicitados del Gobierno doscientos penados para rebajar el terreno, destinándose la piedra a las obras de construcción del Puerto. Mientras se resolvía la petición, y habida cuenta del ansia del vecindario de ver derrumbados de una vez y para siempre los baluartes, el Ayuntamiento suscribió el compromiso de sufragar las obras. La

caja municipal estaba exhausta y fué entonces cuando los propios miembros de la Corporación hicieron diversas aportaciones en metálico, encabezando la lista el mismo Alcalde. Con las cantidades recaudadas y algunas otras contribuciones del vecindario se acordó acometer la empresa, fijándose una fecha para la inauguración de los trabajos. El día 20 de agosto de 1854 salía de las Casas Consistoriales el Ayuntamiento en corporación, precedido por una banda de música. El Alcalde era portador de una piqueta de plata, con la que iniciaría, simbólicamente, el derribo del primer fortín. Entre cohetes, airadas marchas y aplausos del vecindario, en la tarde de aquel día comenzábase una obra que, con el tiempo, debía constituir motivo de justificado orgullo para propios y extraños.

Después los trabajos sufrieron varias alternativas, suspendiéndose en más de una ocasión. Pero, en realidad, aceptado el proyecto, era sólo cuestión de dar tiempo al tiempo. Y el tiempo, en este caso, trabajaba en favor de los tarraconenses. Y decimos esto porque la concepción urbanística que, a mediados del pasado siglo, parecía exagerada, dadas sus pro-

porciones y la demografía de la ciudad, con el paso de los años fué afianzándose como imprescindible, y el convertirla en realidad llegó a constituir una verdadera obsesión para los diversos Ayuntamientos que se fueron turnando.

EL MILDIU Y LA FILOXERA FUERON LA CLAVE

El proyecto se realizaba con altísimos trabajos, pero era imprescindible la colaboración ciudadana para convertir aquel descampado en hermoso paseo. Llegó ésta del modo más imprevisto. El mildiu y la filoxera, declarados en Francia entre 1860 y 1880, fueron la clave para que en la Rambla surgieran no pocos y suntuosos edificios. La considerable merma en las cosechas de vinos franceses revalorizó los caldos de nuestras comarcas, alcanzando éstos precios astronómicos. Se incrementaron enormemente las transacciones; la prosperidad sonrió a los hogares tarraconenses. Fué una época magnífica. Aprovechando la euforia, los comerciantes edificaron a ritmo acelerado, surgiendo nuevas casas en lugares hasta entonces semiurbanizados. Naturalmente que las antedichas plagas del campo invadieron también nuestra Patria, causando irreparables



El magnífico grupo escultórico de Julio Antonio perpetua el recuerdo de la ciudad hacia los héroes de 1811 que cayeron defendiendo la plaza

estragos, pero las construcciones quedaron y permanecen hoy todavía. Los tres primeros tramos de la actual Rambla son fiel reflejo de aquella vitalidad ochocentista.

CUARENTA METROS DE ANCHURA Y DOS KILOMETROS DE EXTENSION

La Rambla, como decimos, resumió lo que sería la Tarragona moderna. Su mérito radica en que fué la primera avenida de tan amplias proporciones concebida en España. Aquellos viejos tarragonenses fueron los «pioneros» de las normas urbanísticas que privan hoy en día. Los problemas de circulación que preocupan a tantas y tantas ciudades, en Tarragona resultan inexistentes merced a lo ideado del proyecto. La anchura de la Rambla es de 40 metros y su extensión alcanza casi los dos kilómetros, con posibilidades de una mayor dilatación en dirección a las orillas del río Francolí. En sus comienzos, el famoso Balcón del Mediterráneo ofrece magníficas panorámicas sobre el viejo Mare Nostrum; después discurre en forma de amplio salón, con paseo central y calzadas laterales, hasta desembocar en la plaza de la Imperial Tarraco, de forma circular y 150 metros de diámetro. Todavía prosigue su trazado hacia zonas en

curso de urbanización. Se comprenderá que una avenida de tal índole, en una población relativamente pequeña—40.000 habitantes cuenta actualmente Tarragona—constituye un ejemplo urbanístico de primer orden. Para conmemorar el primer centenario y homenajear como merece el esfuerzo de sus abuelos, los tarragonenses preparan diversos festejos, que se celebrarán durante los días 15 al 22 de agosto, ambos inclusive. Corridas de toros, concursos de «castells» entre los «Xiquets de Valls y Tarragona» y «Nens de Vendrell», festivales artísticos organizados por el Ministerio de Información y Turismo, juegos florales, conciertos, concentración de «esbarts dansaires» de toda Cataluña, regatas internacionales, competiciones deportivas, bailes típicos de sabor ochocentista, amén de otros números que se están perfilando, constituyen el meollo de la conmemoración popular.

TRES MILLONES PARA LAS NUEVAS OBRAS

Pero los festejos son sólo fruto del día, y muchas veces sus efectos tienen la duración de escasos minutos. El Ayuntamiento conmemorará también el centenario con obras y mejoras que perpetúen el esfuerzo de nuestra generación. En colaboración con los

Ministerios de Obras Públicas, Gobernación y Diputación Provincial se está trabajando aceleradamente para transformar el quinto tramo de Rambla en bulevar, con calzada de 20 metros para la circulación de vehículos, dividida por una franja de adelfas y amplias aceras laterales con zonas verdes y renovación del alumbrado. Asimismo se construye la plaza de la Imperial Tarraco, que adquirirá dentro de unos meses su forma definitiva, de conformidad con los planes que informan el ensanche de la población. El presupuesto de tales obras sobrepasa los tres millones de pesetas.

Y como remate del amplio salón que finaliza en el cuarto tramo de Rambla, el Ayuntamiento colocará una fuente escultórica conmemorativa, con grupos que simbolizan los cuatro continentes—Europa, Asia, América y África—, siguiendo la dirección de la rosa de los vientos. El escultor Viladomat, de Barcelona, trabaja en el modelado de las esculturas, estando prevista su inauguración, como asimismo las referidas obras, para el 15 de agosto próximo, fecha en que, como decimos al principio, darán comienzo los actos conmemorativos del centenario.

Luis M. MEZQUIDA

Desde el «JUAN SEBASTIAN ELCANO» Luis de Diego ha escrito cuatro sonetos, titulados LA MANO, ANTE UNA FOTOGRAFIA DE EL ESCORIAL, LUNA y TE LLEVO EN MI, que se publican en el número 27 de

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar, DIEZ PESETAS.

CHICUELINAS (sin Chicuelo) Y GAONERAS (sin Gaona)

Una asignatura hoy
desconocida:
EL TOREO DE CAPA



EL "TEQUI" O LA NUEVA CORRUPTELA

Por Luis FERNANDEZ SALCEDO

SI eres aficionado a la lectura de las páginas de anuncios, que tanto instruyen, habrás visto—¡oh, lector amable!—en más de una ocasión el texto siguiente en la sección de pérdidas: «Se ha perdido el toreo de capa, se gratificará espléndidamente a quien se lo encuentre». Pero pasa el tiempo... y nada. La capa no aparece y el toreo que con ella se hacía menos aún... y es lástima. En cambio, antiguamente, es decir, cuarenta años atrás (¡vaya, ya salió aquello!), las cosas sucedían de otro modo distinto. Entonces, a la vista de los diestros que se destacaban con una u otra «prenda», se estimaba que era más fácil torear bien de capa que de muleta. Y como a cada hecho le queremos en seguida apuntalar con la explicación, se decía que la razón estribaba en que el toro de salida gozaba de un estado de inocencia, por lo cual era más fácil burlarle; después, con el transcurso de la lidia, el animal adquiría resabios, defectos, marrullerías, experiencia, en una palabra, y ya no era tan sencillo el someterle a engaño.

Actualmente, como queda dicho, ocurre todo lo contrario: hay muchos muleteros y pocos capeadores; pero eso no quiere decir nada. De los matadores que consiguen grandes éxitos con la muleta se podría pensar que son grandes lidiadores, que dominan al bicho, quitándoles resabios, mas no hay tal cosa. El torito actual es químicamente puro, como el bicarbonato, es decir, que corrientemente carece de malicia, como un buen adolescente, y, además, se ha conseguido, con la selección, que mejore mucho durante la lidia. Esto es, que actualmente todo gira alrededor de la faena de muleta y esos cincuenta pases, dados sin ton ni son y escasamente surtidos, constituyen el sueño de apoderados, toreros, ganaderos, empresarios, etc.

Si el toro presenta alguna dificultad, es de salida y consiste casi únicamente en ese correteo y esa velocidad, que irá amenguando por sí sola... «Harta de

paja y cebada una mula de alquiler escapó de la posada y tanto se dió a correr que apenas si el caminante la podía detener». Ciertamente tiene ahora más que corregir el toro de salida, y por ello el toreo de capa está tan... de capa caída. En definitiva, aquella antinomia, anunciada al principio, a efectos polémicos no existe, y hoy, como ayer, lo más fácil tiene más adeptos (antes, el capote, y ahora, la muleta).

Con ambos instrumentos se persigue—al menos en teoría—fundamentalmente la eficacia y como corolario el lucimiento, que puede ser simultánea de aquélla, pero que generalmente es posterior. Descartada la primera de las actuaciones de los espadas, ignorantes casi en absoluto de lo que es la lidia y a los cuales esa rotunda afirmación de que «cada toro tiene su lidia», les suena a profunda entelequia, sólo nos queda el ansiado lucimiento, que es más fácil de hallar con la muleta, porque esta tercera parte de la lidia del toro es más seria,

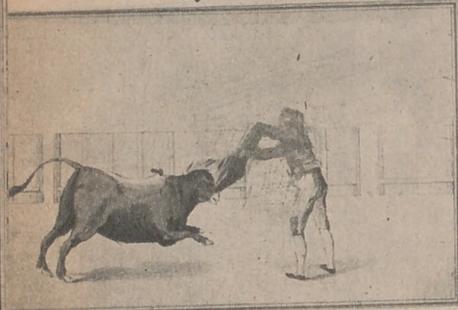
más dramática y el torero no precisa tener tanta personalidad, porque lleva en una mano el estoque y en la otra la muleta, que, a su vez, es más rígida, más recogida de línea, más clásica que el capote. En cambio, para lucirse con éste le hace falta más inspiración, más garbo, más gracia, más «ángel», más personalidad, en fin. Es decir, que con el capote se luce siempre el torero «per se» y con la muleta puede incluso adornarse el torero «per accidens».

El capote ha caído en desuso por falta de uso, ya que sus tres misiones principales son: parar al toro, bregar y hacer quites. Lo de parar al toro es, sin duda, molesto, y por eso los espadas actuales prefieren que lo hagan los peones, que para eso cobran..., aunque poco. La brega se ordena directamente a la lidia, y ya hemos quedado en que en esta asignatura los actuales diestros están completamente «peces». Queda, pues, solamente el quite, que modernamente es sólo de «pega», ya que el torillo «rara avis» lo-





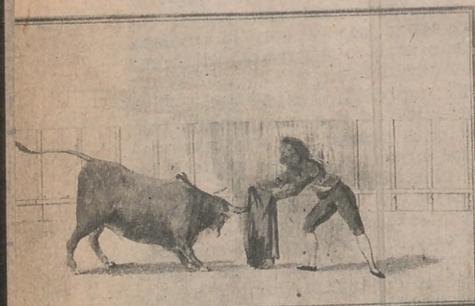
Primera suerte de capa con los toros boyantes



Segunda suerte con los toros que se ciñen



Tercera suerte con los toros de sentido



Cuarta suerte con los toros temerosos

gra derribar, y si lo hace es con mimo y blandura, como sin querer.

El piquero, al «aterrizar», suele correr poco peligro, y si acaso le libran de él los peones con cuatro mantazos eficaces; pero borrosos, mientras los matadores presencian la escena desde el tercio, ciertamente complacidos y haciendo alarde de modestia, ya que cuando se ponen ellos a quitar no consiguen más que dar lugar a que se acerquen los «monos», y cuando más gente hay en el caballo permiten que el animal vuelva para escoger, entre todos, su «víctima». A esto le llaman los aficionados intransigentes «echar el toro encima»... ¡Exagerados que son!

Con este afán modernista de ir recortando todas las modalidades de la fiesta, resulta que el capote solamente sirve para hacer

los quites de lucimiento... ¿vale la pena de aprender, sólo para esto, a manejarle? Ciertamente que no, y con saber hacer la chicuelina (sin Chicuelo) y la gaonera (sin Gaona) se queda tan ricamente. Se dice que un tal José Gómez «Gallito», en una tarde en que mató el solo siete toros—¡qué ansioso!—, hizo veintiséis quites diferentes. Pero esto es un atraso y lo que demuestra es que no era punto fuerte en ninguno de ellos, ya que por lo visto no sentía predilección por uno u otro.

Estas y otras parecidas reflexiones hacía yo «in mente» en el pasado verano presenciando desde fila muy baja del tendido una novillada de mucha expectación a cargo de dos diestros de postín, uno de los cuales es un céro con el capote y el otro un «semicero»... y ya ustedes me entienden.

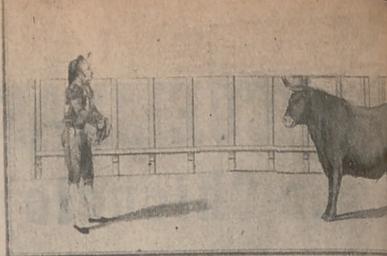
Por diversas razones, incluso de orden crematístico y meteorológico, yo suelo ver las corridas desde la grada; sin embargo, aquella calurosa tarde alguien me brindó un tendido estupendo y acepté en el acto. Estar en las inmediaciones de la tramoya es sumamente interesante, pues se ven los dos espectáculos a la vez, o sea, lo que pasa en el escenario y lo que transcurre entre los bastidores. Hasta nuestra localidad llegaba la voz del apuntador: «Quitale el tipo con cuatro derechazos»... «Ese bicho no vale «ná»... «¿No has visto aún qué lado izquierdo tiene?» «No intentes el descabello; el novillo está bien herido».

En los dos primeros actos—léase tercios—, en general, el consueta callaba. Unicamente en dos o tres veces le oí decir: «¡Anda! ¡Al tequí!» Esto se producía cada vez que el otro espada—que tampoco sabía lancear con el capote, pero que siquiera lo intentaba—arrancaba aplausos toreando por chicuelinas, con todos los alivios imaginables, o de frente por detrás, lo que, de puro elemental, es algo así como la «manoletina del capote».

—¡Al tequí! ¡Duro con él!

Entonces el primer espada—que manejaba la capa como las pobres chicas que tienen que servir sacuden las alfombras mañaneras—se iba corriendo hacia el toro y muy encorvado le daba tres o cuatro capotazos absurdos para empaparle y luego se lo llevaba hasta el caballo, dejándole la cabeza colocada exactamente delante del estribo. El picador le pegaba a placer, mientras algunos comentaban: «¡Hay que ver qué bien lleva la lidia este muchacho! ¡Cómo cuida al toro! ¡Y no como el otro, que sólo piensa en cosechar palmas!»

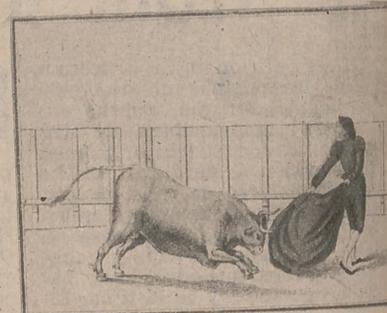
¡Alto allí, señores míos! Bien está que no se luzcan los espadas con el capote sin saber manejarle; pase que no lidien los toros, porque esto es de segundo año; pero que no nos den gato por liebre haciendo como que hacen, aunque en realidad desvirtuando totalmente la suerte de varas, en la que el toro debe ir al picador... por su pie, es decir, por su propia voluntad, pero no engañado ni «a fortiori». Y el espada tiene contrariamente que



Quinta suerte con los toros temerosos



Suerte de recorte



Suerte de espaldas



Suerte a la navarra

sacarle del caballo mediante el quite.

Aplaudamos, pues, el quite y silbemos con furia el tequí (o sea, el quite al revés), y si ocurre el caso de que uno de los espadas no tiene ni la menor idea de cómo se hace un quite, que se quede quietecito en su sitio diciendo ¡pa'ó!, pero que no lleve al toro engañado a confrontar con el caballo en el sitio exacto para que el picador le aniquile, pues esto tiene varios inconvenientes, entre ellos el de que alguien crea que «trabaja muy bien el muchacho», en lo cual quizá no vaya muy descaminado si tomamos el verbo al pie de la letra.

Afficionados: ¡Oído al parche! Si no os oponéis con todas vuestras fuerzas, el «tequí» hará furor en la presente temporada...

(Grabados de la «Tauromaquia», de Pepe-Hillo. Edición de 1804)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

¿DIOS EN FRANCIA?

Por Friedrich SIEBURG

EL PATRIOTISMO

En el meollo del ser francés, todo camino arranca de Santa Juana de Arco. Comprender que la «Marsellesa» es la continuación de la plegaria de Juana es comprender a Francia. Francia esperaba a esta hija del cielo y se produjo el misterio nacional. Juana no podía dar al mundo una nueva tierra de promisión, pero le trajo un don completamente nuevo: la patria.

La Francia de hoy puede ser más redonda y coherente que ningún otro Estado moderno, pero esto no debe hacernos olvidar el hecho de que la composición de su población se basa en variedades contrapuestas, hostiles incluso. Lo que pasa es que los elementos diferenciales apenas cuentan, porque Francia posee más íntimamente, y desde hace más tiempo que ninguna otra nación, la idea unitaria. Esta idea puede cambiar de grado y de sustancia, puede ser buena o mala, pero siempre está ahí y configura el cuerpo de Francia. Cuando esta idea se extendió a toda la Humanidad, Francia la cogió y la afrancesó. Como originalmente había sido una idea francesa, Francia pretendió que tuviese validez para toda la Humanidad. El catolicismo, de valor universal, parecía tener su asiento natural en la corona de los Reyes de Francia, y ésta pasó ligeramente por alto el hecho de que la doctrina de Roma, con su carácter superestatal, no se agota en la mera idea del Estado nacional.

Francia pensaba y piensa que todo lo que es francés resulta adecuado para extenderse a todo el mundo. Así surge, de un lado, el galicanismo y el nacionalismo místico, y de otro, la idea francesa de la civilización, que aparta de la Humanidad todo lo que no se le somete, que da valor de cruzada a cada acción y subraya ante el mundo que lo que va contra Francia va contra la Humanidad.

El que se lanza a una guerra contra Francia tiene que entenderse con Dios. Esta creencia patriótica francesa, que se conserva viva hoy, fué inventada por Juana de Arco y ha arraigado en el sentimiento patrio francés de todos los tiempos.

El libro de Friedrich Sieburg que hoy presentamos a los lectores de EL ESPAÑOL fué escrito y publicado en su primera edición alemana hace más de veinte años: en 1929. Poco antes de la última guerra mundial tuvo gran éxito la versión francesa que llevaba el título «¿Es Dios francés?» Aunque no existe traducción española, puede afirmarse que la obra no es desconocida en España. El estudio que hace Friedrich Sieburg de las diferencias y conflictos entre Alemania y Francia se ha popularizado por todo el mundo y sus ideas son hoy frases hechas que circulan por todo el mundo y que reaparecen continuamente en conversaciones, artículos de Prensa y libros de gran difusión. Este es, por ejemplo, el origen de la antítesis entre una Francia estática y una Alemania dinámica, concebidas, respectivamente, como «sein» y «werden», como «ser» y «advenir», y de otras muchas generalizaciones esquemáticas del grave problema actual de Europa.

La presente edición, que incluye varios capítulos de presentación y justificación de la reedición, conserva después de la prueba del tiempo, de un tiempo tan agitado como el de las últimas décadas, todo su valor, pues se trata de una interpretación histórica de Francia tan aguda que su validez no ha quedado sujeta a contingencias inmediatas, ya que se apoya en la esencia misma del ser nacional que da a Francia sentido histórico en todas las coyunturas.

«Gott in Frankreich», por Friedrich Sieburg. Societäts-Verlag, Frankfurt, 1954.—358 pág. Cuarto mayor; precio, 12,80 DM.

De esta forma, el hombre ocupa el punto central de la imagen de Francia, no como consecuentia o víctima de su sangre, sino como portador de su voluntad libre.

La dificultad para que Francia encaje en una Europa moderna radica en su idea nacional. A los ojos de los franceses, la civilización se presenta como la libertad del hombre para actuar ante las leyes ciegas de la Naturaleza, oponiéndolas su voluntad. La Naturaleza crea las fuerzas, pero el hombre las ordena, las aprovecha, las somete. El progreso no crea nada; la razón no se sorprende de nada o, mejor dicho, combate todo lo que pretende alzarse contra sus normas. El empleo de esas normas conduce a la sociabilidad, el objetivo único del hombre. Si la norma es razonable, o sea, acertada, vale para todos. El que se opone a la norma no actúa conforme a la razón, se equivoca. La única explicación que ven los franceses a esta oposición es la falta de libertad, el sometimiento esclavo a la Naturaleza, la tosquedad, la barbarie.

Francia cree ver en la Historia la prueba de que su pueblo tiene el monopolio de la razón y de la sociabilidad.

Friedrich
Sieburg

GOTT
IN
FRANK-
REICH?



SOZIALISTISCHER VERLAG FRANKFURT AM MAIN

Los franceses no tratan de descifrar su destino en los rumores del bosque, lo mismo que no gustan de unirse al carro de un héroe. En su actitud frente a la naturaleza se pone de manifiesto el valor que concede el francés a la razón. Se ha dicho muchas veces que no ama la naturaleza. En realidad, sólo se identifica con ella allí donde le sirva. Como labrador, se siente ligado a una fuerza que aumenta su productividad. El sitio del francés no es la pradera por donde andan las brujas de Macbeth, ni el mar donde el holandés errante se encuentra como en su casa, sino el sembrado de donde saca su alimento. No es el bosque, sino el huerto.

PARIS

El encuentro definitivo con Francia lo tiene todo el mundo en París. No es que París sea la conjunción de la tierra y el pueblo. Pero es el punto culminante de Francia como idea. Decir que París es la ciudad más bella del mundo es decir muy poco. Si se compara París con otras ciudades hermosas, pronto se comprende que París es algo más que una ciudad. Es una personalidad. Tiene vida propia. Quizá se deba esto al hecho de que tiene el mismo concepto de la libertad que sus habitantes. Se trata de una ciudad razonable, las leyes por las que ha crecido y se ha conservado son «justas», lo mismo que las leyes de la vida que allí se vive. La ciudad es vieja lo mismo que la humanidad que la habita. La armonía óptica de su estructura se amolda al equilibrio humano de que está llena. En París todo es redondo, perfecto, la ciudad y la humanidad. Sus habitantes son una repetición de la ciudad, cada uno de ellos es un microcosmos.

Kexttery

MASAJE - CREMA
PARA ANTES DEL AFEITADO

Especialmente indicado para barbas fuertes, irritadas, enfermas, con granos, hirsutas, «imposibles», delicadas, etc., y con la barba normal se afeitará muchísimo mejor.

Haga un ensayo con un tubo.
¡Es la maravilla cosmética de nuestro tiempo!

El mejor, más completo y más económico de los masajes.

11'65 (tubo de 40 a 50 aplicaciones)
APARTADO 1185 - BARCELONA

La nación sirve al hombre francés para elevarle. Los alimentos no son arrancados de la tierra, sino que ésta los ofrece. A la riqueza del suelo se debe que la comida y la bebida se amolden a la sociabilidad francesa. Los vinos de Francia son tan diversos y magníficos que su degustación llega casi a convertirse en una actividad del espíritu. El más pobre de los campesinos o el proletario de las grandes ciudades bebe también su vino tinto o su sidra, que por su calidad jamás produce los humores turbios de los aguardientes, la cerveza o el agua. Esta calidad no la tienen únicamente los «grands crus», sino también los «petits vins».

Francia conserva la tradición de la buena cocina. Una serie de brillantes escritores han incluido en la tradición el cultivo del orden culinario y su calidad. Los platos más exquisitos y los vinos que deben beberse con ellos pertenecen al cosmos de su nación, lo mismo que la gramática o el arte.

FRANCIA-ALEMANIA

Cuando Cortés desembarcó en Méjico, los indios sintieron más asombro que temor. Vivían en un mundo que creían perfecto y nada sabían de los demás. Si tenemos en cuenta el cosmos que constituye Francia, la humanidad de sus costumbres, la riqueza de las manifestaciones de su espíritu y, sobre todo, el carácter exclusivista de su idea de la civilización, que nada contiene de otros pueblos y otros órdenes, no se puede por menos de tener la impresión de que los franceses consideran al resto del mundo como mero «material etnográfico». Esta es la razón de que Francia, siempre que ha descubierto la existencia de un mundo distinto, se ha sentido amenazada en sus creencias, en sus riquezas, en la infalibilidad de su ideología. Y como tenía muy buenas razones para no ver en los demás pueblos unos dioses blancos, llegó a la conclusión de que eran bárbaros.

La historia de sus contactos con otros pueblos ha sido durante mucho tiempo la de una única victoria. Parecía la historia una confirmación de su monopolio, que lo no francés era mero material sin elaborar donde volvía a brillar el esplendor de lo galo. Así, hasta que Napoleón abusó del nacionalismo recreado por la Revolución. El despertar de las naciones fué la consecuencia que, desde entonces, ha costado a Francia no sólo guerras sangrientas con Alemania, sino una sensación de peligro mucho mayor.

EUROPA

En el momento en que los pueblos de Europa empiezan a comprender la necesidad de una vida común, Francia se siente amenazada en su posición de monopolio.

Ahora comprendemos por qué Francia no ha considerado su victoria en la primera guerra mundial como un triunfo, sino como una decepción. Los pueblos se sometieron una vez más a la concepción francesa. Empujaron las armas para salvar a la humanidad y en último término no hicieron más que salvar a Francia. Francia gozó por un segundo la satisfacción de verse confirmada en su papel de piloto de la nave de la humanidad. Pero sólo por un segundo, pues apenas se había venido abajo Alemania, desapareciendo definitivamente el peligro, cuando se alzó del ocaso de todos los valores, el profundo anhelo de transformación. Para Francia la guerra no podía ser una transformación, sino meramente la confirmación del viejo orden. Y eso es lo que la guerra no fue.

Francia ya no comprende los signos de nuestro tiempo. Siente vacilar la supremacía de su civilización, siente que se le escapan los demás pueblos y cree que está en juego su forma nacional. Permanece fiel a la creencia de que esa forma ha de ser válida para todos. Todo lo que ha ocurrido desde 1918 lo ve únicamente como una amenaza. ¡Pobre Francia, que quiere defenderse contra el futuro únicamente con tratados de paz! En ella ha arraigado el convencimiento de que el nuevo orden internacional tiende a lo horizontal, a la cooperación de todos los pueblos, a su convivencia, y Francia ha vivido durante un milenio a base de la preeminencia.

TRAJES DE VERANO

LAS COLECCIONES DE ESTE AÑO
SON, CIERTAMENTE, INMEJORABLES

Con el nuevo estilo de líneas, y confeccionados en tejidos perfectamente lavables, presentamos las nuevas colecciones de trajes para caballeros

En otomán, jumel, muselina, alpaca, tipo nylon... ¡Y en todos los colores de moda!

MARRON, VERDOSO,
ARENA, ACERO, AZULADO,
BARQUILLO, BEIGE,
GRISES...

525,

675 y

895 ptas.

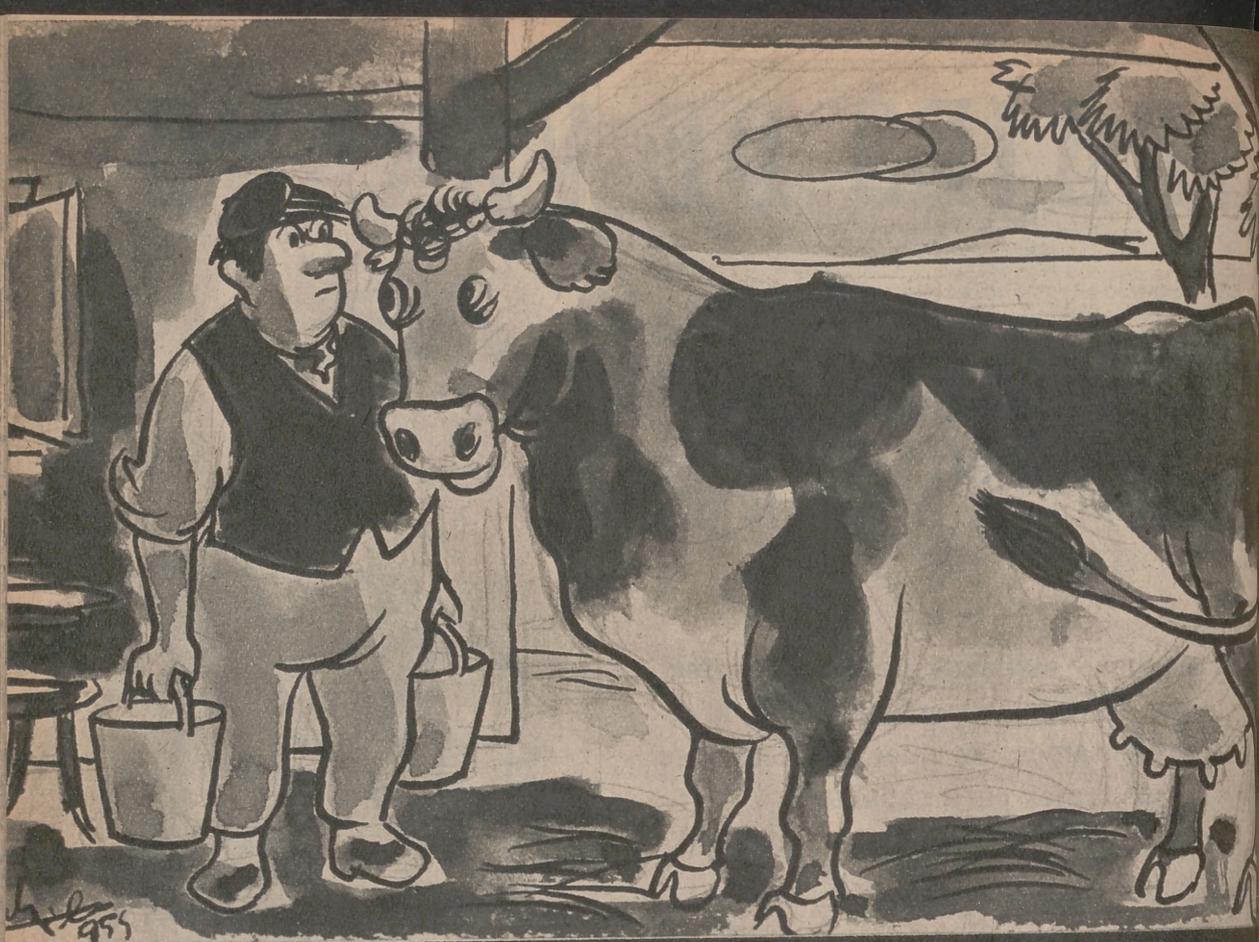
PLANTA TERCERA

ENVIOS A PROVINCIAS



El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"



LA VENGANZA DE LA VACA

Novela por Juan Antonio de LAIGLESIA

I

SE llamaba «Margarita» y tenía un cencerro de plata. No era orgullosa, que otras, con menos litros diarios, se piraban por mugir sus premios al primero que pasaba.

«Margarita» era callada, silenciosa. Si su cencerro sonaba —aquel cencerro ganado en un concurso internacional con ordeñadora mecánica— era pura y simplemente porque «Margarita» tenía que levantar la cabeza para espantarse las moscas. «Margarita» conocía la fuerza arrolladora del torrente nevado que germinaba en su macizo corpachón. «Margarita» no era tonta y comprendía que no todo el mundo puede ser vaca, y menos aun productora. como ella, de leche de primera calidad.

Pero no presumía. Consciente de su importante misión social, se sometía con paciencia a las duras e incansables labores de extracción, sin soltar ni un gemido ni una coz.

Cuando el tío Liborio se levantaba de la banqueta y se llevaba el cubo lleno de espuma más blanca que la espuma del jabón, «Margarita» le echaba un vistazo para ver si rebosaba como de costumbre o había indicios de sequía en sus embalses. Por fortuna jamás había descendido el nivel del recipiente y «Margarita» podía permitirse siempre un mugido de satisfacción.

Con aquella mantecosa espuma los ancianos recobran el vigor que los años se empeñaban en arrebatárselos. Los niños fortalecían sus futbolísticas piernas y los pobres enfermitos se incorporaban en sus lechos. Daba gozo saber la trascendencia de aquel líquido que los sabios analizaban, haciéndose cruces del prodigio que suponía su existencia y que miles y miles de camiones repartían por todo el país.

«Margarita» comprendía que no era ella sola la proveedora de tan sustanciosa savia. Muchas hermanas, en establos diseminados por la comarca,

laboraban con ella por el bien de la especie humana. Pero la contribución de «Margarita» a tan laudable empresa saltaba a la vista. Cada vez que el camión —un camión con el retrato de «Margarita» de cuerpo entero— se detenía ante la portalada del tío Liborio, sus ocupantes descendían para ayudar al granjero a subir las cuatro gigantescas cacharras que pesaban lo suyo y que destacaban de las demás, más modestitas.

—¿Cómo produciré yo tanto?— rumiaba «Margarita». Debe de ser esta hierba tan fresca y tan verde. O las puntas dulzonas del maíz. O la paja curada de Palencia.

Todo lo justificaba aquella vaca ejemplar. Hasta la dolorosa separación de su hijo, el ternérin que se marchó a los montes, con las vacas cerriles, porque tenía vocación de toro de lidia.

Ella no había sido lechera por su gusto. La maternidad le impulsó instintivamente a fabricar para el hijo en exclusiva. Pero el padre había fruído del establo familiar, seducido por una vaca montañesa, y se había llevado al hijo. En lugar de tirar por la calle de en medio, «Margarita» siguió fabricando para los hijos de los demás.

El tío Liborio mimaba a «Margarita». En el pueblo decían que la quería más que a Liboriuco, el fruto de sus entrañas; bueno, de las de su mujer, para ser más justos. La vaca era la reina de la familia, y Vicentina, aunque no lo confesaba, tenía su poquito de celos.

—Pero, mujer —se disculpaba el tío Liborio—, es gracias a ella vivimos como vivimos. Es una mina.

—Pero, ya está bien. Te pasas el día en la cuadra. Que si el cepillo, que la rasqueta. Que si la cama, que el comedero... Y luego te vas a la ciudad, y ya se sabe. Para encargar piensos o inscribirla en un concurso. Vives para ella.

—Vivo de ella, que no es lo mismo. Y vivimos los dos. Y el chico. Gracias a «Margarita» hemos levantado el segundo piso y compramos el terreno

de atrás. Y a ti empiezan a no llamarte Vicentina. Eres doña Vicenta para muchos. Hasta para el señor alcalde.

—A ver cuándo te nombran a tí.

—Con el tiempo y «Margarita», todo se andará, Vicentina. Todo se andará.

II

De la Feria Internacional del Campo volvió el tío Liborio, perdón, don Liborio, con un diploma así de grande y con la vara de alcalde además. Era mucho ser dueño de la «Margarita», fotografiada junto a dos premios Nóbel con el collarón de honor alrededor del cuello.

Al descender del vagón humillaba la testuz ante los vítores de la multitud, las pañueritas de papel de los escolares y los voluntariosos resoplidos de la banda del Municipio. El tío... don Liborio, con el pecho inflamado y los carrillos incandescentes, se encargó de recibir en su nombre los plácemes de todos. «Margarita» renunció al banquete que en su honor se celebraba en el Ayuntamiento, y delegó en el nuevo alcalde, mientras volvía a su establo y al tío y comfortable anonimato.

Una sorpresa le esperaba. Y de las buenas. La sorpresa mayor de su vida. El establo ya no era establo. Alguien, en su ausencia, se lo había cambiado. Los mármoles y azulejos ocupaban ahora el puesto del terrizo y los adobes. En vez de la bombillota enorme de mil bujías, imán de tábanos y mariposas, cruzaban el techo abovedado cuatro larguísima tubos de luz fluorescente, que inundaban el blanco recinto de una claridad azulada, de día artificial.

«Margarita» se metió en un rincón, asustada de tanto lujo. Hasta el pesebre parecía el mostrador de una cafetería.

—Yo soy una vaca modesta —mugió desconcertada—. ¿Por qué se han gastado tanto dinero conmigo? Estoy de un violento que me va a dar algo y se me va a retirar la leche. Aquí no podré vivir. Es imposible.

—Pues tendrás que vivir, «Margarita» —dijo una vocecilla aflautada detrás de ella.

«Margarita» volvió la cabeza. Posado en el alféizar de una de las preciosas ventanas metálicas de la vaquería modelo, un pajarito la miraba, ladeando graciosamente la cabeza.

—Vete, gorrón—bramó ella.

—Gorrón, querrás decir. Soy un gorrón.

—Y gorrón además. Vives a costa de los demás.

—Hay muchos que viven así. Mira cómo te sacan a tí el jugo, «Margarita». Y cómo prosperan tus amos, gracias a su vaquita. Bueno, gracias a ella y a la Química.

«Margarita» abrió sus hermosos ojos y contempló a su diminuto interlocutor sin ocultar su asombro.

—La Química? No sabía que don Liborio tuviese otra vaca. Ni me suena tampoco ese nombre. La «Cómica», sí. Era del Fabián, el de la Casona. Dió buenos litros en sus tiempos. Pero creo que murió ya. Estaba muy vieja. Ni para carne servía.

El gorrón dió un vuelaquito y se posó en el mostrador de cafetería, picando una semilla y bebiendo un buche para aclararse la voz.

—¡Qué cándida eres, «Margarita»! —continuó, piando y alisándose las plumas de las alas—. La Química no es ninguna vaca. Es una cosa que han inventado los hombres para que la leche engorde.

—Siempre han dicho que la mía era demasiado gorda. ¿Para qué engordarla más? ¿Para hacerla más indigesta?

—No, vaquilla inocente, no. Para que cunda.

—¿Para que cunda? ¿Y qué es eso?

—Mira. Tú produces dos cacharras diarias...

—¡Eh!, ¡eh!, que son cuatro, amigo. Y a veces hasta cinco.

—No, «Margarita». Tú produces dos. Muy grandes, de acuerdo, pero dos. Las demás las produce la Química.

—No te comprendo. Si no es una vaca, ¿qué es entonces?

—Pues ya te digo, un librito que habla de bicarbonato, de H₂O, de cal, de... de muchas cosas que se le añaden al líquido para que esponje y parezca el doble o el triple.

«Margarita» empezó a pasearse de arriba a abajo, haciendo snar nerviosamente su cencerro.

—Y eso, ¿para qué? —gruñó al fin, recostándose en su mullida cama de helechos. Estaba desorientada. No decía todo el mundo que no existía ali-



mento mejor y más completo que la leche pura de vacas? Para qué esos potingues y esos H₂O?—¿Es que gana algo la mezcla, amigo gorrión?—preguntó alarmada.

—Ganan los que la hacen, «Margarita». Ganan los Liborios y los Fabianes, y todos los que tienen vacas tontas que trabajan para ellos. ¿Has comprendido ahora?

«Margarita» se levantó como si un tábano le hubiese clavado el agujón.

—¡Eres un calumniador! —bramó enfurecida—. ¡La leche de vaca es un alimento de primera necesidad, para que te enteres! Las mujeres también producen leche, pero muy poquita. A veces no les llega ni para dar a un solo bebé. Y tienen que recurrir a nosotras, que somos las verdaderas amas de cría del mundo. Y mandamos para todos los niños, y para los mayores también. ¡Para todos! Y si hasta los sabios desayunan leche, es porque saben que no hay nada mejor que eso, aunque la estropeen echándole café. ¿Por qué van a escribir libritos y a inventar historias? Un vaso de leche pura resucita a un muerto.

—Por eso los muertos no resucitan, «Margarita». Porque ni a ellos se la darían así.

«Margarita» era un poco lenta de comprensión. Tardó media hora en darse cuenta de que el bicarbonato y el H₂O no servían para esterilizar la mezcla, ni hacerla más digestiva, ni vitaminizarla tampoco.

—¡Ah! —bramó estruendosamente, haciendo caer dos azulejos de la pared—. ¿De modo que es un timo? ¡El timo de la leche! ¿Dar bicarbonato por liebre? Y una aquí dejándose exprimir para que los niños se mueran, y los enfermos también se mueran, y los muertos no resuciten? ¡Ah!—y otros dos azulejos se despegaron, cayendo con estrépito.

El gorrión acúscica emprendió el vuelo y se marchó sin despedirse siquiera.

III

Don Liborio encontró a «Margarita» muy nerviosa. Demasiado nerviosa. Corneaba las paredes, daba coces sin venir a cuento. Se negó a cenar y hasta le embistió a él, confundiendo sin duda con su hijo Liboriuco, tan aficionado a azucararla para que se le arrancara.

—«Margarita» está rara—comentó aquella noche el alcalde en el comedor.

—Extrañará la cuadra —replicó de pectiva la señora Vicenta—. ¿Dónde se ha visto una cuadra con cuarto de baño?

—No tiene cuarto de baño, mujer.

—Es lo único que le falta. ¡Y todo por una vaca! Como si las vacas fueran igual que las personas. ¿Qué digo yo? Más que las personas. Si «Margarita» te pidiese un abrigo de piel, ¿a que se lo comprabas?

—Ya tiene uno, mamá —intervino Liboriuco, con su habitual propensión a los chistes brutos—. Un abrigo de piel de vaca. ¡Jo, jo, jo!

El mismo se reía las gracias, lo cual era una ventaja para los demás, que no tenían necesidad de forzar el gesto en un amable gesto de hilaridad. Liboriuco, gordote y fondón, tenía una caraza de

torta bastante inexpresiva. Pero cuando se asombraba de su propio ingenio, adoptaba una actitud de absoluta imbecilidad. El cñtalle de un hilo de baba, que trataba inútilmente de sorber, completaba el cuadro clínico de aquella carcajada alucinante.

—¡Jo, jo, jo!

—No tiene gracia, niño —gruñó don Liborio preocupado—. No estoy para bromas.

Liboriuco ya no era niño, al menos en el sentido usual de la palabra. Pero su padre estaba de pésimo humor y sabía que era el mayor insulto para un muchacho en la edad del pavo.

Cefe, el mozo del ganado, vino a amargarles el postre.

—Señor alcalde —anunció con voz grave y misteriosa—. Venga en seguida.

—¿Qué ha pasado?—y don Liborio crispó sus dedos en el mantel.

—«Margarita»...

—¿Qué le ha pasado a «Margarita»?

—Que se acabó lo que se daba.

—¿Cómo?

—Que no da ni una gota de leche.

—¡Cuernos! —rugió el lechero, tirando brusca- mente de la tela y volcando el frutero sobre la mesa—. ¡No sabéis ordeñar!

—Está más seca que la higuera del patio.

—Lo veremos. ¡«Margarita»! ¡«Margarita»!—y don Liborio, desesperado, salió del comedor remangándose la chaqueta.

La señora Vicenta no pudo reprimir una sonrisa de triunfo. «Margarita» sin leche era «Margarita» perdida.

IV

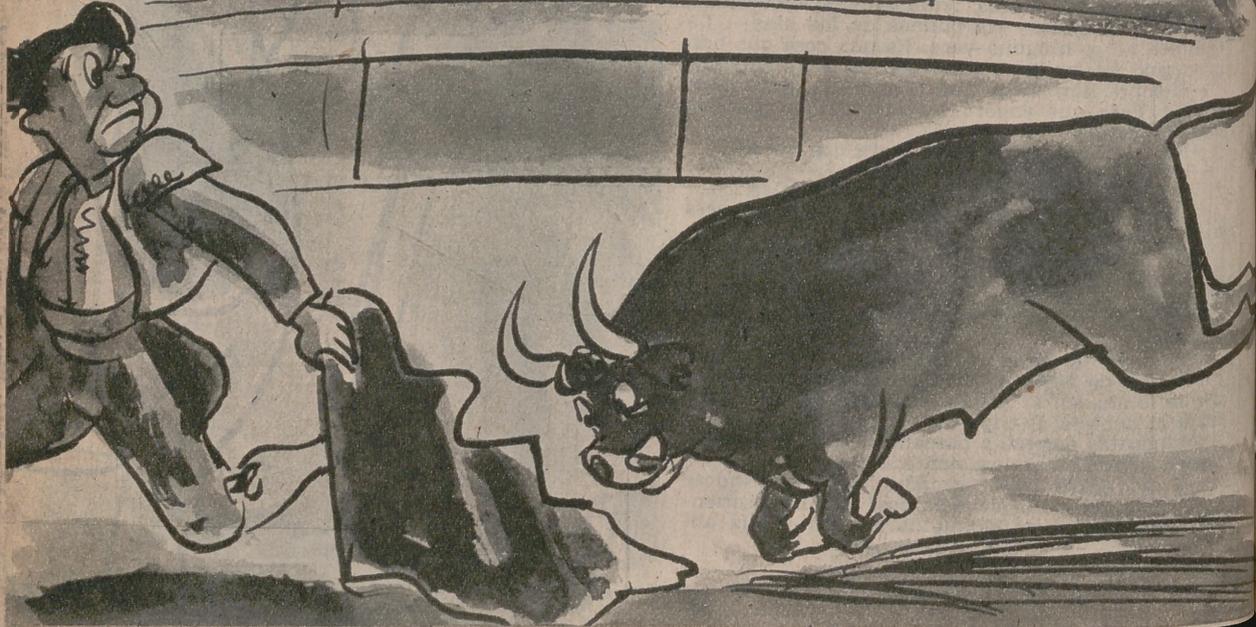
A la feria del primer domingo de mes acudió don Liborio llevando a «Margarita» de una cuerda. Cefe la iba arreando con un palo para que no se parase o enderezándola cada vez que iniciaba uno de sus furiosos derrotes.

Todas las ventanas del pueblo se llenaron de cabezas curiosas al escuchar aquel mugido largo y desgarrador que salía de la garganta más condecorada de la aldea. Pero «Margarita» no llevaba ni el collarón ni las medallas ni el campano de plata. Todo estaba bien guardadito entre algodones, en un cajón de la cómoda del despacho. «Margarita» ya no era la triunfadora que se había retratado con dos premios Nóbel. Era una res de matadero. sin nombre, sin pasado, impersonal.

Los tratantes estaban desde muy temprano en la explanada de la feria. La llegada de «Margarita» despertó cierta curiosidad. Sus pasadas grandezas aun flotaban en el aire. Pero a «Margarita» le tenían sin cuidado los tratantes. Lanzando un sonoro bramido, atrajo las miradas de sus compañeras de infortunio.

—¡Amigas! —mugió después—. ¡Aprovecho esta reunión para advertiros que estamos siendo objeto de la más repugnante estafa de todos los tiempos!

—¡Que se calle esa desgraciada! —regruñó una envidiosa, que no había conseguido la beca para asistir a la Feria Internacional del Campo—. Todavía quiere que se fijen en ella. Y ya no da leche ni nada.



—¡No doy leche—rugió «Margarita»—porque no me da la gana! ¡Antes la muerte que servir al desprestigio de mi raza!

La envidiosa intentó meter baza, pero los toros del Servicio de Repoblación Ganadera la obligaron a callar:

—¡Qué hable «Margarita»! ¡Qué hable!—bramaron.

—¡Y tanto que hablaré! ¡Es preciso que sepáis todas que nuestra generosidad sólo aprovecha a unos cuantos desaprensivos que están llenando de mármoles y de caoba sus tiendas y sus casas, mientras los ancianos, las mujeres y los niños mueren envenenados. Envenenados, sí. Envenenados con un vaso de leche pura de vacas.

La envidiosa se rió. De una manera muy rara, como se rien las vacas, pero se veía claramente que no creía una palabra del discurso de «Margarita». Su risa se contagió a la asamblea, y «Margarita» tuvo que bramar aun más fuerte para hacerse oír:

—¡Es que no es pura! ¡Dejarme terminar! ¡No es pura, porque la mezclan con bicarbonato, con cal y con no sé cuántas cosas más, entre ellas una muy rara, que creo que se llama H₂O.

Un murmullo de mar de fondo se elevó de la explanada. Los tratantes, con sus varas, tuvieron que reprimir con dureza aquel conato de manifestación. El Cefe se ensañó con el lomo de «Margarita», pero ella estaba dispuesta a dejarse el pellejo en la demanda y continuó:

—¡Por eso yo propongo ir a la huelga general! Antes de que nuestros productos caigan en el descrédito más espantoso, cerremos la espita y se acabó lo que se daba! ¡Miradme a mí! ¡Imitar mi ejemplo!

Un nuevo revuelo provocó otra lluvia de estacazos.

—¡Las huelgas no resuelven nada! —bramaron los toros del Servicio de Repoblación Ganadera— ¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad!

Pero «Margarita», echando espuma por la boca, contestó:

—¡Cobardes! ¡Se os debían caer los cuernos de vergüenza! ¡Qué tranquilidad ni qué monsergas? ¡Es así como defendéis el honor mancillado de vuestras vacas? ¡Vosotros podéis vengarnos y os estáis tan tranquilos y tan modosos! ¡Sois unos bueyes despreciables!

El escándalo adquirió proporciones de catástrofe. Los toros quisieron demostrar que de bueyes no tenían ni un pelo, y arrancando las estacas la emprendieron a topetazos con sus guardianes. Las vacas siguieron su ejemplo y embistieron a los tratantes, que manoteaban horrorizados en medio de aquel mar embravecido. Y por encima del tumulto, la voz tonante de «Margarita» repetía:

—¡Bueyes! ¡Más que bueyes! ¡A embestir a la plaza! ¡Ahí es donde hay que demostrarlo y no aquí, con estos pobres indocumentados! ¡A la plaza! ¡A la plaza!

La Guardia Civil cortó el motín con una buena ensalada de tiros. La feria fué suspendida, alegando una epidemia de glosopeda. Era muy fuerte para el Gobernador tener que confesar que unos bichejos se saltaban sus órdenes a la torera.

V

La fiesta nacional andaba de cabeza. Y no era precisamente por el auge alarmante que la fiesta inglesa iba tomando en nuestra Patria. También influía; pero no era el todo.

Había que reconocer que el espectáculo anglosajón, con sus impresionantes patadas y sus cargas violentas, ejercía una poderosa fascinación en la muchedumbre, ávida de emociones fuertes. Asistir a la lucha de veintidós atletas, aunque pusieran como pretexto la posesión de un balón, que en el fondo no le interesaba a nadie, era más divertido que ver actuar a un matarife a la vista del público, aunque se presentase disfrazado de majo de Goya.

Se comprendía que aumentasen los estadios y disminuyesen las plazas. Que la gente hablase con pasión de un match y olvidase lo que era una corrida. Que en Sevilla se suspendiera un día la fiesta nacional, porque aquella tarde se iba a celebrar una fiesta inglesa. Todo era lógico. La embestida furiosa de una tripleta central tenía siempre más emoción que la desmayada arrancada de un perrito con cuernos. Un disparo desde el área podía conmocionar al guardameta, y con un poqui-



to de suerte, mandarle al cementerio. Pero la espada de un matarife en traje de máscara tenía siempre las de ganar frente a los débiles cuernecinos de la semifera. La herencia escalofriante del circo romano estaba en los cosos de los modernos gladiadores en calzoncillos y no, como se creía, en la punta del estoque de la fiesta nacional.

Pero si el mundillo taurino andaba de cabeza, no era solamente por la competencia extranjera. Había otra causa que inquietaba a todos. La psicología del toro de lidia había sufrido una sorprendente transformación. Antes salía al ruedo deseando complacer al público, dispuesto a dejarse marear, cansar, pinchar y matar, sin más que una bien fingida resistencia. Ahora, en cambio, y después de cierta feria de ganado, suspendida por la glosopeda, los toros salían del toril con el empuje de un tanque pesado, y embestían a dar con todas sus ganas.

Una ola de sangre había inundado las plazas. De sangre de torero, porque casi todas las reses tenía que despacharlas después en la calle el cabo de la Benemérita con su metralleta. Los toros habían olvidado su deber y no querían morir ni en broma. Miraban desafiantes al tendido y bramaban, enseñando los cuernos, mientras pisoteaban los cuerpos exánimes de la cuadrilla entera, tendida a sus pies. Si algún espontáneo quería aumentar el número de mártires de la Tauromaquia, el toro esperaba a que se lanzase al ruedo para empitonarle sin contemplaciones. Si el espontáneo no se decidía, él iba por él, saltando la barrera y persiguiéndole por el graderío.

Todas las corridas terminaban con algún número espeluznante en las calles de la ciudad. El vuelco de un autobús de dos pisos a cargo del sexto toro de la tarde, o la caída aparatosa de un poste de alta tensión, derribado por el sobrero.

Los toros habían cambiado mucho. Nadie se hubiera atrevido ya a llamarles despreciables bueyes. Ni siquiera «Margarita», la rencorosa vaca, que en lo alto del monte dirigía y atizaba la feroz represalia.



Desde el día de la feria, suspendida por los motivos que ya conocemos, vigilaba el cumplimiento de sus consignas. Sus gorriones enlaces mantenían en constante comunicación su puesto de mando con todas las ganaderías de reses bravas de la nación. Las vacas le habían fallado. No querían huelgas ni líos y seguían produciendo su cremosa espuma blanca, para que la Química continuase desprestigiándola. Las vacas no tenían pundonor profesional. Pero los toros se estaban portando como verdaderos héroes, y la venganza de «Margarita» extendía sus negros crespones por España como una cortina de horror.

Y una tarde, en el monte, fatigada por el ir y venir de su correo aéreo, «Margarita» se tumbó a descansar en la hierba.

—Basta por hoy. Mañana continuaré despachando— y en la soledad del crepúsculo se puso a saborear el tallo de una flor que se llamaba margarita como ella.

El sol, envuelto en sangre de torero, se ocultaba allá abajo, detrás de la vaquería modelo de don Liborio. Las chispitas fluorescentes de sus ventanas hicieron suspirar a «Margarita». ¡Qué tiempos! ¡Cuando ella no sabía nada de la vida! ¡Cuando ella producía porque sí! ¡Sin pensar en el destino de sus cosas! ¡Qué hermoso vivir cara al pesebre y de espaldas al mundo! Sin venganzas ni odios. Sin rencor.

Un mugido bronco resonó a poca distancia. «Margarita» ladeó la cabeza. Delante de la luna que se alzaba, y como dibujada en tinta china sobre el disco amarillo de un medallón, se perfilaba la silueta de un toro joven. Muy joven. Casi un ternero. Un ternero que se había echado al monte porque tenía vocación de toro de lidia.

—¡Hijo!—bramó «Margarita», levantándose y avanzando con la boca abierta, dispuesta a comerse a besos el redondo y dorado medallón con dibujo y todo.

VI

—Pue ni na, ni na. Yo quieo ce torero. Y na má.

—Pero, niño —exclamó don Liborio—. ¿De dónde has sacado tú ese acento andaluz? Si eres un chicarrón del Norte.

—Ni na, ni na. Yo quieo ce torero y tamién andalú.

—Liboriuco, que yo era el único del pueblo que no te creía idiota. Pero me vas a convencer. Anda, a la cama.

—Ni na, ni na. E lo que quieo ce. Y lo ceré, digo.

—Tú serás lechero, como tu padre, que mira lo bien que le ha ido con las vacas.

—Po a mí mirá bien con lo toro. Mía tú lo que zón la coza.

No hubo quien le quitase la idea de la cabeza. La señora Vicenta hacía tiempo que tenía aquella decisión de su hijo. Desde pequeño le gustó hacer rabiar a las vacas para que se le arrancaran. Y con los demás chavales jugaba a que le embistiesen con una carretilla, que él sorteaba con discreta habilidad.

Las noticias sangrientas que daba la Prensa y la radio sobre los sucesos taurinos, habían inflamado la imaginación del muchacho, que ya se veía consiguiendo matar un toro sin ayuda de la consabida metralleta.

—Ni na, ni na. Yo quieo ce torero—se plantó Liboriuco.

—Bueno, niño —concedió su padre—. Pue torear cerá.

Varios miles de duros costó el aprendizaje del Lecherito, nombre de cartel de Liboriuco. No fué solamente el curso de Tauromaquia y la adquisición de los bártulos e indumentarias de la profesión, lo que se llevó aquel dinero. Qué va. Lo que resultó más caro fué la transformación física de un chicarrón del Norte en gitanillo pinturero. No era fácil afinar aquella caraza de torta, ni aceitunar aquellos carrillos atomatados, ni manoletear aquella nariz de cachiporra.

Lo más duro fué despojarle de la botarga de grasa que el Lecherito tenía debajo del cinturón. Cuando, al fin, pudo ceñirse la faja sin que pareciese un cantador de jotar, su maestro entró en el despacho del alcalde:

—Amigo mío. Su hijo ya puede torear.

Don Liborio exhaló un profundo suspiro. Al fin llegaba la tan temida hora de la verdad. Reunió al Concejo en sesión extraordinaria y entre todos acordaron que lo más oportuno para lanzar al Lecherito era organizar una buena becerrada el día del Patrono del pueblo. Pero Liboriuco se opuso terminantemente. Una corrida en toda regla o se marchaba a Madrid en el primer tren y hablaba con un apoderado.

La cosa se quedó en novillada, después de mucho forcejeo.

—No puedes meterte con un toro hasta que te den la alternativa, hijo.

—Fue ce paga lo que cea y z'acabó.

—Niño. A ver cuándo dejas de hablar en andaluz. Que me pones nervioso.

Pero lo que le ponía nervioso a don Liborio era que la fiesta del pueblo se iba acercando demasiado de prisa. También la señora Vicenta temblaba cada vez que arrancaba una hoja al calendario. El Lecherito estaba «mu» tranquilo. La tranquilidad de la inconsciencia, claro. Las mocitas del pueblo le miraban con admiración y los mozos con envidia. ¿Qué más podía pedir?

Don Liborio, en cambio, no perdía el tiempo paseando por las calles con un clavel en la boca y una varita en la mano. Don Liborio le estaba preparando la corrida a su hijo y ya sabemos todos el trabajo que da preparar una corrida.

—Pero, señor alcalde —le decía el secretario del Ayuntamiento—. ¿Por qué se preocupa tanto? En seguida ponemos unos carros y unos tablones y armamos el ruedo en la plaza Mayor. Unas banderas, un tablado para los músicos, los bancos de la escuela y ya está preparada la plaza.

—Sí. La plaza, sí —y don Liborio bajó la voz, mirando a todos lados con misterio—. Pero lo que hay que preparar es el toro. ¿Tú me comprendes?

VII

Monte arriba trepaba «Margarita», seguida de su retoño. Buscaban el pasto salitroso de las alturas, acariciado por la brisa del mar. Hasta allí no llegaban los gorriones mensajeros, con sus angustiosos telegramas piados en morse.

«Margarita» necesitaba descansar de tanta tragedia. Necesitaba un poco de ternura, la ternura de su hijo, dulcemente recostado en su regazo y mugiéndole la doliente historia de su infancia rota. El torete se había quedado huérfano de padre, porque aquella mala vaca cerril que se lo había

llevado con sus arrumacos había puesto sus ojos en otro berrendo, que caciqueaba en la torada del monte. El marido infiel y su rival habían luchado y el montañés le había vencido, despeñándole por un barranco.

«Margarita» escuchó una vez más la tremenda historia y consoló al novillo con largos y expresivos lametones. Juntos, allá arriba, donde no llegaban los gorriones, se sentían plenamente felices.

Pero un pajarito valiente, el mismo que una tarde había quitado a «Margarita» la venda de los ojos, llegó aleteando penosamente; y jadeante y exhausto gorjeó:

—«Margarita», el hijo de don Liborio se ha hecho torero.

La vaca se estremeció y un bramido espeluznante salió de sus poderosas fauces. Con los ojos inyectados de sangre, corneó el aire, tratando de desmenuar una nube que volaba a escasa altura. Liboriuco, el hijo de aquel tirano explotador, el chaval que se divertía disparando contra ella los chinarrros de su tiragomas, iba a salir al ruido a demostrar públicamente su desprecio por la sufrida clase vaquera.

—Pero, eso no. El menos que ninguno tiene derecho a asesinar a un toro —y volviéndose a la negra y arrogante silueta del chivo de sus entrañas, añadió con voz de trueno—: ¡Hijo! ¡Tú me vengarás!

El torete asintió, bajando la cabeza y escarbando en el suelo.

—¡Yo te vengaré, mamá!

VIII

Nadie podía explicarse que el becerro que había encargado el señor alcalde a una acreditada ganadería, y que había estado observando medio pueblo a través de la mirilla del cajón, se hubiese transformado, de la noche a la mañana, en aquel torillo negro, de respetables defensas y pupilas más respetables todavía.

Al día siguiente era la fiesta del Patrono y ya estallaban en el aire los cohetes de la víspera. Cada vecino tenía en casa un programa detallado de los festejos, en los que las letras más gordas eran para anunciar la lidia de un novillo-toro, a cargo del afamado diestro Lecherito.

Mientras la señora Vicenta se probaba ante el espejo la peina y la mantilla que había ido a comprar a la ciudad, y las mocitas arrancaban todas las flores que se les ponían a tiro para prendérselas en el pelo, y el debutante pedía manzanilla en la taberna y entraba en ambiente y en calor, en el Ayuntamiento se celebraba una reunión secreta, presidida por don Liborio, y a la que asistían tan sólo el secretario de la Corporación y el barbero de la villa en calidad de técnico.

—Se trata —anunció don Liborio— de ultimar los preparativos de la fiesta de mañana.

—Todo está listo —replicó el barbero, que pertenecía a la Comisión de festejos y podía envanecerse de un invento suyo que estaba llamado a revolucionar las romerías tradicionales: la cucaña—. Todo está listo. Los curas, avisados. Y el señor predicador. La orquestina, la pólvora, la cucaña... Todo listo.

—Todo listo menos tú, que estás más tonto que una cucaña.

—Pero, señor alcalde...

—Me estoy refiriendo a la verdadera fiesta de mañana. A la fiesta de mi chico. A la corrida.

—Bueno, ¿y qué?—se picó el barbero—. No se quejará usted de la plaza. Casi es tan buena como la de Madrid. Y ya tenemos contratada la cuadrilla como para una corrida de verdad.

—Y de verdad va a ser—grufió don Liborio malhumorado.

—Pero de un solo toro.

—De eso quiero hablaros. ¿Se puede saber quién ha cambiado el ganado?

—¿Cambiar? ¿Por qué?—terció el secretario con extrañeza.

—Yo me entiendo—y don Liborio frunció el ceño—. Hay algunos que quieren darme un disgusto. Pero no lo conseguirán. Tú eres barbero. ¿No es así?

—Eso dicen. Y no lo hago del todo mal, según parece.

—Bueno. Pues tendrás que afeitarme al toro.

—¿Eh? ¿Afeitar al toro? ¿Y para qué?

—Dicen que así pierde mucha fuerza. Esto es lo digo en «peti comité». No es que trate de ponérselas al chico como a Fernando VII. Pero ya sabéis lo que es un debut. Si el toro se pone flamenco, adiós carrera, adiós alternativa y adiós Madrid. El becerrete de ayer parecía bastante tratable, pero este marrajo nos puede estropear el pasodoble. Hay que bajarle los humos. Para que se fastidien los de la oposición.

—¿Y cómo le afeito? ¿Con navaja?

El secretario fué partidario de la maquinilla. Primero, la del dos. Y después, la del cero. Era menos arriesgado.

—¿Y todo el cuerpo, o sólo la cabeza?

—Todo el cuerpo—sentenció el alcalde

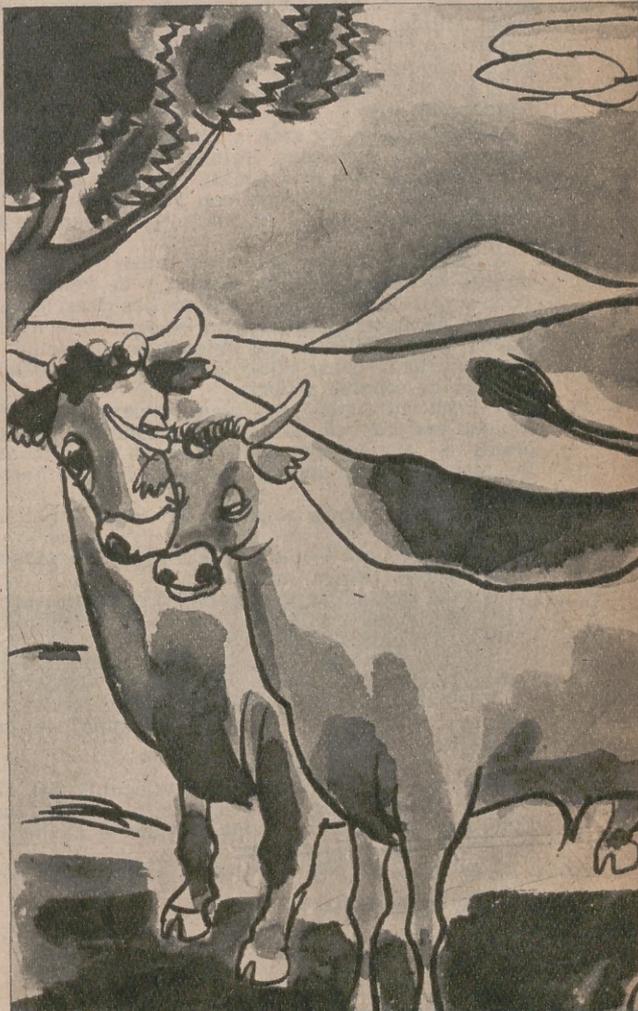
—Pero a Sansón le raparon solamente la cabeza, y tenía más fuerza que ese bicho—apuntó el inventor de la cucaña.

—No importa. Tú afeitámelo entero, por si acaso.

Aprovechando las sombras de la noche, y con la ayuda del herrero y el dueño de la carnicería, dejaron al torete en cueros vivos. Don Liborio respiró aliviado y se marchó a la cama satisfecho. Lo que es la ignorancia. Si hubiera visto al hijo de «Margarita» dando diente con diente en su cajón y cerrando los ojos para no contemplar tanta vergüenza; si hubiera escuchado el sordo rugido que le salía de dentro, como el mecanismo de una bomba a punto de estallar, es casi seguro que no habría atronado a la vecindad con sus ronquidos. Pero, ¿qué sabía él de la consigna implacable que había recibido el torillo en carnetitas? Lo que es la ignorancia, madre mía.

La señora Vicenta, en cambio, se pasó la noche de pesadilla en pesadilla, dando vueltas en la cama y clavándole los codos y las rodillas a su marido, sin lograr desvelarle.

Cuando el sol recibió el homenaje de una diana callejera y tres disparos antiaéreos que le pasaron rozando, la alcaldesa se asomó al balcón del Ayuntamiento y agitó un pañuelo blanco. Era la señal. La señal fatídica de que el programa oficial de festejos estaba en marcha. Después de la misa solemne, cantada por el coro parroquial, y el sermón, a cargo de un eminente orador sagrado, venía la csmilona, con borrachera e indigestión, y el baile en la pradera, con el número bomba de la cucaña. Y después, a las seis en punto de la tarde,



más valía no pensarlo, la monumental corrida en la plaza Mayor, con el debut del Lecherito.

La señora Vicenta, mientras su hijo se apretaba los machos, se metió en la iglesia para rezarle al Santo. Estaba muy pálida y temblaba como un flan.

El público ya abandonaba la romería y se volcaba sobre la plaza. La maestra estaba desesperada porque la gente era muy desconsiderada y se ponía de pie en los bancos de la escuela, calculados para una carga infantil y no para aquel desmesurado tonelaje de gamberros.

Don Liborio, en el balcón del Ayuntamiento, fumaba su habano presidencial. A su lado, el barbero masticaba un faria de asesor.

En el paseillo lució el Lecherito su fina estampa de picador deshidratado, entre los vitores de «la hinchada» femenina y algún que otro silbido del sexo fuerte. El habano presidencial apuntó discretamente hacia la metralleta del cabo de la Benemérita para tenerla prevenida. Acaso hiciera falta para otra cosa, que para despachar en última instancia al toro. A veces, los espectadores eran más peligrosos que el propio espectáculo.

Un ambiente de tragedia envolvía la plaza cuando el concertino de la Banda Municipal se acercó al clarín a los labios. La madre del torero aun no lucía su mantilla en el balcón de la presidencia. Continuaba su diálogo con el Santo de piedra en la capilla. En cambio, la madre del toro, «Margarita» asomaba su majestuosa cabeza de matrona cornúpetas por el vano que habían dejado la apresurada yuxtaposición de dos carros.

La vaca había bajado del monte después del almuerzo. No pensaba asistir a la cogida del Lecherito. A tanto no llegaba su crueldad. Pero fue incapaz de quedarse allí arriba, a solas con sus pensamientos, mientras su hijo luchaba por el honor y el prestigio de la raza.

Sentía enormes deseos de verle, de animarle, de alentarle en la empresa. Los hombres eran muy brutos y podían hacerle daño, lincharle de pura rabia. Los hombres no sabían perder.

Y allí estaba ella, para proteger a su torete y curbrle después la retirada.

El clarinazo del concertino resultó un poquillo desafinado, pero lo importante era que saliese el toro, y el toro salió, violento y acometedor. La primera reacción del público fué de asombro ante aquel animal de piel tan rosada que parecía un gigantesco cerdito de cuento, y dotado, sin embargo, de unos pitanes de padre y muy señor mío.

—¡Ahí va! ¡Está desnudo!—chilló una niña tapándose los ojos.

Las mocitas se echaron a reír como tontas y se pusieron muy coloradas. Entonces los mozos sacaron sus carcajadas más gordas y las soltaron a la plaza con la misma fuerza con que tiraban las fichas de dominó sobre el mármol de los veladores de la taberna.

El toro, en el centro del ruedo, inmóvil como una estatua de carne, tiritaba de frío y de vergüenza. Todo su coraje había desaparecido. Las risas, los silbidos y los insultos caían sobre él como una lluvia glacial que paralizara sus miembros. No sabía a dónde mirar ni cómo evitar que le miraran. Estaba a punto de echarse a llorar.

El Lecherito, capote en mano, avanzó hacia él. Aquello era pan comido. Le iban a conceder las dos orejas, el rabo las patas, los cuernos y el solomillo. Menuda faena iba a hacerle. De las que hacen época.

El bicho no quería embestir. No tenía ganas de juego.

—¡Jú, toro! ¡Jú!—y el Lecherito dió una patada en el suelo—. ¡Entra, malage!

Como el toro no se arrancaba, el diestro se atrevió a darle un zurriagazo con la capa plegada. «Margarita» mugió largamente.

—¡Hijo! ¡Mátale! ¡Mira lo que han hecho contigo! ¡Te dejan en cueros, te insultan, te escupen y te dan de bofetadas! ¡Mátale!

El toro miró hacia la barrera, se irguió, rechinó los dientes y bramó:

—¡Sí, madre! ¡Voy por él!

La embestida fué terrible. La taleguilla del debutante quedó hecha unos zorros. Un salto de costado, muy poco torero, había salvado al Lecherito del doble vieje a la femoral.

El público, en pie, aguantaba la respiración. El

puro de don Liborio sacudía nerviosamente su ceniza, avisando al cabo de la Benemérita para que fuese quitando el seguro. Sólo los mugidos de «Margarita» y los de su hijo, en rápido y corto diálogo, rasgaban el silencio de la plaza.

—¡Mátale, hijo! ¡Sin contemplaciones!

—¡Sí, madre! ¡Ahora me lo cargo! ¡Voy por él!

Mientras su hijo escarbaba en la arena y agachaba la cabeza, «Margarita» sintió que alguien le daba un codazo en el flanco izquierdo. Era alguien que intentaba compartir con ella su localidad de barrera. Instintivamente se hizo a un lado y notó junto a su oreja el cosquilleo de otra respiración. Era una respiración angustiada, accongojada. Se volvió y sus pupilas chocaron con las de una mujer pálida y flaca como una vela, que tenía una peineta clavada en el moño y una mantilla de encaje negro que le tapaba media cara.

—¡Hijo! ¡Te van a matar!—sollozó la mujer, cerrando los ojos, cuando el toro iniciaba su acometida—. ¡Hijo de mis entrañas!

—Caramba—pensó «Margarita». También las mujeres tienen entrañas, como las vacas. Y esta mujer... ¡Esta mujer es la señora Vicenta! ¡La madre de Liboriuco! La que me ordeñaba cuando yo era su único capital. Como ha cambiado desde entonces. Si hasta se pone mantilla como las turistas. Pero está más vieja y más fea. Y llora. Porque también quiere a su Lecherito, qué diablos. De un bocado le podía yo ahora arrancar el moño y la nariz. Se lo merece. Y pisotearla encima, pero...

—¡Hijo!—gritó la señora Vicenta con voz desgarrada—. ¡Hijo mío!

«Margarita» miró al ruedo. El Lecherito estaba tendido boca abajo, mientras su enemigo se disponía a descabellarle de una cornada. La señora Vicenta apartó a la vaca y corrió por la arena como una loca.

—¡Suéltale!—chilló, agarrando al bicho del rabo y tirando de él con todas sus fuerzas—. ¡Suéltale, que me lo matas!

El torete se revolvió contra ella y, bufando y pateando, se dispuso a despacharla de un topetazo. El Lecherito se levantó de un brinco y cubrió a su madre con el cuerpo.

El cabo de la metralleta estaba desesperado porque no había forma de apuntar si se ponían delante. El público parecía estar asistiendo a una película de horror en relieve. Don Liborio se tragaba pedacitos enteros de su puro, como si fuese de chocolate.

Y el toro, dueño absoluto de la situación, se recreaba en la suerte, escarbando y retrasando el momento de la arrancada final. La señora Vicenta y su Liboriuco del alma esperaban, con el pánico en sus semblantes, que aquel terrible fotógrafo les tirase la placa de la muerte.

Y de pronto un mugido, un sonoro mugido, un largo y sonoro mugido, se elevó del público. «Margarita» llamaba a su hijo:

—¡Ven! ¡Ven y déjales tranquilos!

—Pero, mamá...—bramó el novillo—. Si los tengo a modo.

—No importa. Obedece. Ven, te digo.

Como un manso cordero, el torete salió trotando hasta donde estaba su madre. «Margarita», de una sacudida, separó los carros y le abrió camino.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Que se escapa el toro!

El cabo volvió a echarse la metralleta a la cara, pero no había forma de disparar cuando a la gente le daba por ponerse delante.

Calle arriba, la vaca y su retoño se alejaron del pueblo. Una hora después estaban muy altos, muy altos, donde los pastos tenían el sabor del mar, donde no llegaban los gorriones.

—¡Madre!—se lamentó el torete afeitado—. ¿Por qué no, me dejaste que te vengara?

«Margarita» suspiró y tardó algún tiempo en contestarle.

—¿Sabes por qué? Porque también los toreros tienen madre.

Y la tranquilidad volvió al mundo. Y la Química siguió haciendo de las suyas. Y los barberos continuaron afeitando impunemente a los sanseones del ruedo. Y los Lecheritos se dedicaron a medios volantes, que era lo bueno. Y todo siguió igual. Igual que antes. Antes de que la vaca «Margarita» pensara en vengarse de la Humanidad. Porque la vaca «Margarita» ya no quería vengarse de nadie. Era feliz, muy feliz, allí arriba, donde no llegaban los gorriones.

FIN

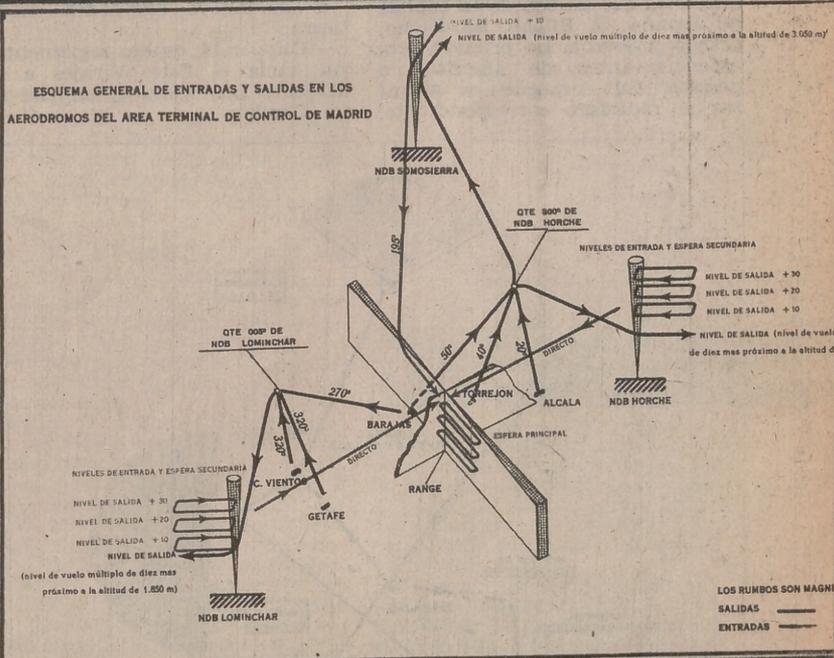
SALA DE ESPERA EN EL AIRE



BARAJAS ESTRENO EL DIA DE SAN ISIDRO UN NUEVO REGLAMENTO DE DESPEGUES Y ATERRIZAJES

CINCO POR CINCO NO SON VEINTICINCO CUANDO NO SE OYE BIEN

A TERRIZAR o despegar sobre las llanas pistas de un aeródromo exige el cumplimiento de un severo ceremonial que bien pudiera compararse con la pulcra geometría del rigodón. En el cielo no todo es carretera. Quizá las garzas, las cigüeñas o las golondrinas vuelen a su albedrío. Pero los pájaros de acero tienen que seguir normas fijas y hasta rutas previamente marcadas. Aunque el espacio es ancho, también al navegarlo aparece el peligro de tropezar. Hay zonas poco concurridas donde la libertad de tráfico es grande. En otras, sobre todo en las próximas a los aeropuertos, las aeronaves tienen que someter sus evoluciones a normas rígidas. Un amplio repertorio de símbolos—FIR, RNG, QBH...—disfraza ante el profano los aparatos auxiliares, los métodos a seguir o las precauciones a tomar. No hay por qué asustarse ante ellos. Son, en realidad, recursos para ahorrarse palabras. Todo está previsto, medido y vigilado. Se vuela aprisa, muy aprisa. Los perances, casi siempre, tienen malas consecuencias. Por eso en tierra,



He aquí el esquema general de entradas y salidas aéreas en Madrid. El asa central indica las zonas afectadas por las señales del range. Sobre los radiofaros de Horche y Lominchar se observan las zonas de espera secundaria

desde las torres de mando, desde los radiofaros o desde las emisoras de radio, hay equipos de hombres que guían de continuo a los aviones en ruta. Si se tuerca, éstos tendrán que guardar turno en una sala de espera situada en el viento, cuando pretendan

rendir viaje. Y los movimientos habrán de ser hechos a golpe de reloj.

No hace mucho, el día de San Isidro, el aeropuerto de Barajas estrenó unas nuevas normas de circulación. En lenguaje técnico, este manual de cortesía aérea se

llama «Procedimientos de entrada y de salida». Está condensada en un folleto de cinco páginas con texto y nueve con ilustraciones. Lo que allí se indica—claro, imperativo, sin vuelta de hoja—se aplica en cuanto la estación receptora recibe un mensaje de este tipo:

—Clipper 14 solicita autorización entrada área de control sobre el radiofaro de Horche...

Luego viene todo lo demás. He aquí, contados sin complicaciones, los trámites que se exigen para alcanzar la tierra o elevarse sobre ella, en ese lugar donde Madrid limita directamente con el cielo.

TRES FAROS INVISIBLES AYUDAN A LLEGAR

La aviación ha dado a los paisajes de tierra adentro un aire de zona costera. Alrededor de Barajas, por ejemplo, un círculo de farosillos rojos y verdes alegra la cima de los cerros. En Alcalá de Henares, es un faro giratorio el que relampaguea. Parece robado de cualquier bahía. Cuando fué inaugurado, cogió por sorpresa a los viajeros del ferrocarril. Ahora ya se han acostumbrado.

Junto a estas señales, fáciles de localizar a simple vista, hay otras menos ostentosas, pero igualmente eficaces: los radiofaros. Tres son los que marcan la proximidad de Madrid. Están situados en Somosierra, Horche y Lominchar. El primero lanza su abanico de señales, más o menos, hacia el Norte. El segundo, hacia el Este. El tercero, hacia el Suroeste. En ellos comienzan las cuatro grandes rutas que parten de la capital de España: A Bilbao, Barcelona, Lisboa y Sevilla. La primera providencia—antes de aterrizar o después del despegue—es alcanzar el radiofaro correspondiente.

Cuando se trata de terminar el vuelo, y si no hay apreturas, de allí se dirigen los aviones directamente a Barajas, donde un radiofaro direccional, el rouge—al que los aviadores llaman RNG—, radia en dos direcciones perpendiculares entre sí. A veces no queda más remedio que esperar. Entonces hay dos soluciones: Una, dar vueltas—a alturas prescritas—junto al radiofaro de Horche o junto al de Lominchar. La otra también consiste en dar vueltas, pero directamente sobre el campo de Barajas, con el range como punto de orientación. En el primer caso se trata de una espera secundaria. En el segundo, se vuela en la espera principal.

La espera sobre Horche es hacia el Este: A partir del radiofaro, viraje hacia la derecha, dos minutos de tramo recto, otro viraje a la derecha, y vuelta a empezar. En Lominchar, lo mismo, pero hacia el Oeste.

EL CLIPPER TIENE QUE ESPERAR

El Clipper que pidió permiso de entrada en el área de control recibió pronto respuesta:

—Clipper 14, control Madrid autoriza dirigirse a radiofaro Horche, a nivel 80, notificando sobre Horche y efectuando espera, reglamentaria hasta nuevas instrucciones. Cambio.

Pero los tripulantes del Clipper llegan por primera vez. Necesitan aclaraciones.

—Desconocida espera reglamentaria. Espero instrucciones. Cambio.

Y de nuevo responden desde tierra:

—Clipper 14, espera reglamentaria hacia el Este. Virajes a la derecha. Dos minutos alejamiento. Cambio.

Sabiendo ya todo los interesados, se corta la conversación:

—Conforme Clipper 14. Cambio.

El cielo está limpio y despejado. Sólo se nota la blancura de algunas de esas nubes que corrientemente se llaman altocumulus, y que en lenguaje aviatorio se denominan AC. Se puede volar de acuerdo con las VFR. De otra manera: Las condiciones meteorológicas permiten el vuelo visual. Si aquéllas fueran adversas, habría que recurrir al IFR. Así llaman los aviadores al vuelo dirigido por medio de instrumentos.

LE OIGO 5 X 5

—¿Cómo me oye?

—Le oigo 5 X 5.

Parece una broma o un disparate. No es ninguna de las dos cosas. En la emisora sospechaban que la comunicación radiotelefónica con el avión no marchaba bien. Preguntaron. Y ese misterioso 5 X 5, que no es 25, indica que todo va a las mil maravillas. La primera cifra señala la potencia con que se recibe el sonido; la segunda, la modulación. Con 1 se marca el mínimo; con 5, el máximo. Si el Clipper hubiera contestado:

—Le oigo 1 X 1.

Habría representado lo mismo que asegurar:

—No hay manera de enterarse de lo que ustedes cuentan.

Cuando surgen dudas, hay que delectar:

—Con A de alfa, con T de tango, con Z de zulu...

Donde las cosas son verdaderamente complicadas para el profano es en la comunicación por radiotelefonía. He aquí un modelo de mensaje que uno no se atreve a intentar traducir:

TFR KHGAD 1700 FT 0845/ETI.

Según los entendidos—y ellos sabrán por qué lo aseguran—, aquí se cuenta a qué hora va a cruzar la aeronave el límite del área de control. Uno se lo cree haciendo un profundo acto de fe.

De este otro jeroglífico se pudo uno enterar:

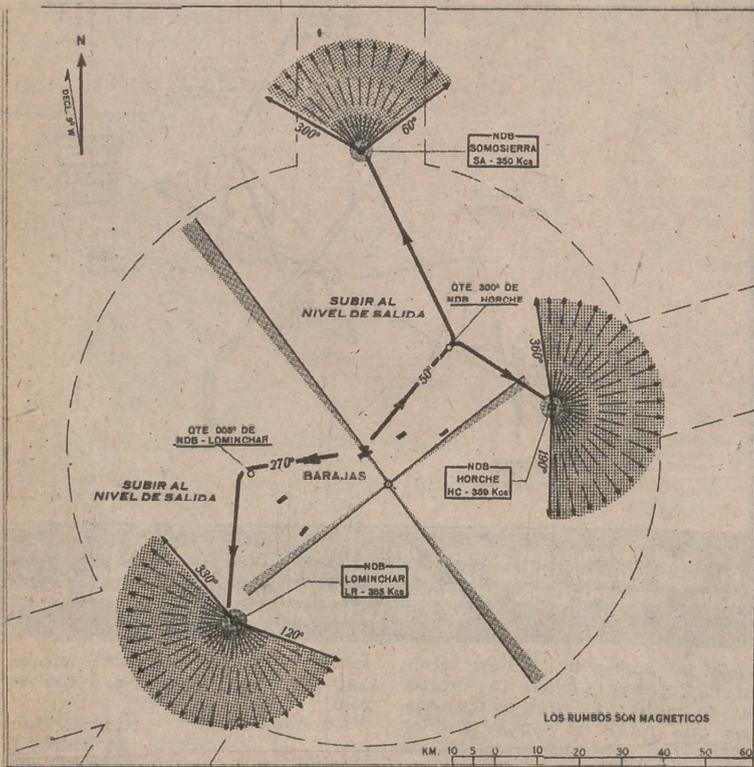
DEP KHGAD 0638 15.000 FT.

El primer grupo de letras anuncia que se trata de un mensaje avisando una salida. El segundo es la identificación del avión. El 0638 señala que partió a las seis y treinta y ocho minutos. Y el conjunto de cifras y letras que va al final significa, simplemente, que el vuelo se realiza a una altura de quince mil pies. Por fortuna, para ser cliente de una compañía aérea basta abonar puntualmente el billete. Luego todo es comodidad.

En casos de emergencia se dispone de otras señales: cohetes, bombas o bengalas con luces rojas; apagar o encender sucesivamente los faros de aterrizaje; hacer lo mismo con las luces de situación... Pero nuestro Clipper no necesita usarlas. Le habíamos dejado haciendo tiempo en la espera de Horche. Pronto podrá aterrizar con toda normalidad. El radioteléfono vuelve a funcionar.

HACIA LA ESPERA PRINCIPAL

—Control Madrid, Clipper 14 sobre radiofaro Horche en circuito espera. Cambio.



Así se sale de Barajas. Los tres abanicos corresponden a los radiofaros cabeza de ruta

—Clipper 14 autorizado a dirigirse a RNG. Empiece descenso a nivel 60, notificando. Cambio.

Obediente, la aeronave comienza a perder altura, recibiendo instrucciones en comunicación continua. Se inicia la aproximación a Madrid. La palabra «aproximación» significa, en términos aeronáuticos, «conjunto de maniobras necesario para aterrizar en un aeródromo».

Los viajeros se han puesto los cinturones de seguridad. Unos minutos más. Ya se han alcanzado los 1.200 metros. Entonces se reciben nuevas órdenes. Ha de cesar el contacto con la emisora. Ahora las instrucciones vendrán directamente de la torre de mando de Barajas. De allí llega el permiso para aterrizar. Antes, el avión ha anunciado—como es de ley—su paso por el range y también que ha establecido referencia visual. La pista 33 está libre. En tierra ya, llega el último mensaje:

—Clipper 14, autorizado el estacionamiento. Cambio.

—En estacionamiento. Permiso para cerrar escucha. Cambio.

—Conforme Barajas. Terminado.

El personal auxiliar acerca la escalerilla de descenso. Se abre la portezuela. Una azafata asoma. El vuelo ha terminado. Los pasajeros ni se han dado cuenta de que se aterrizó.

A veces, por múltiples causas, la aproximación no termina en aterrizaje. Una pasada sobre la pista y a seguir volando. Entonces el avión se dirige a una espera secundaria. Ya le llamarán para que vuelva a la espera principal e intente de nuevo tomar tierra. Si el aeropuerto de destino no está cerrado al tráfico, es preciso recurrir a uno de alternativa. Por desgracia, para tal misión puede servir también el campo de origen. Lo cual no deja de ser una broma pesada.

Las menores contingencias están previstas. Si falla el range de Barajas o cualquiera de los radiofaros, las maniobras prosiguen de acuerdo con la variante oportuna del formulario. El comandante de la aeronave debe siempre obedecer. Sólo cuando vea peligros graves y fundados puede apartarse de las órdenes. Pero, inmediatamente de pisar el suelo, ha de explicar con detenimiento el porqué de su conducta.

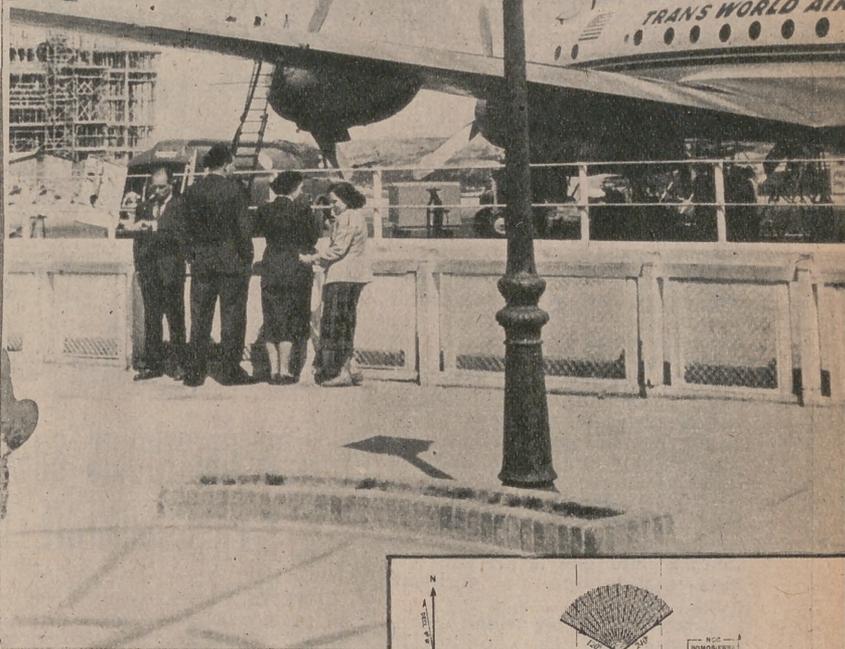
EL RITUAL SE CUMPLE TAMBIÉN AL DESPEGAR

Despegar también exige cumplir con un formulario concreto y exacto. La historia comienza así:

—Torre Barajas, EEO, permiso para rodar, destino Lisboa.

Luego, siguiendo el hilo de las conversaciones reglamentarias, el avión se dirige al aerofaro correspondiente. Allí toma el rumbo que le interesa. El nivel de vuelo le ha sido marcado. Las demás condiciones, lo mismo. Cumpliendo estas normas con puntualidad, no hay manera de que se produzcan cheques. El reglamento, en esto y en otras muchas cosas, es inflexible. Pero, a pesar de todas las limitaciones, hay siempre espacio sobrado para las maniobras. Por ejemplo, cuando dos aviones se acercan de frente, cada uno le deja paso libre al otro desvian-

Los viejos faroles madriños han sido trasladados a las nuevas construcciones de Barajas



do su trayectoria hacia la derecha. En cuanto a la prioridad, hay una escala de acuerdo con las posibilidades de cada aeronave. A los globos aerostáticos les tiene que dejar paso franco todo el mundo. Quizá en atención a su ancianidad. Los planeadores sólo ceden el camino a los globos. Los dirigibles han de respetar a ambos. Y los aviones tienen que ceder ante todas las demás naves aéreas.

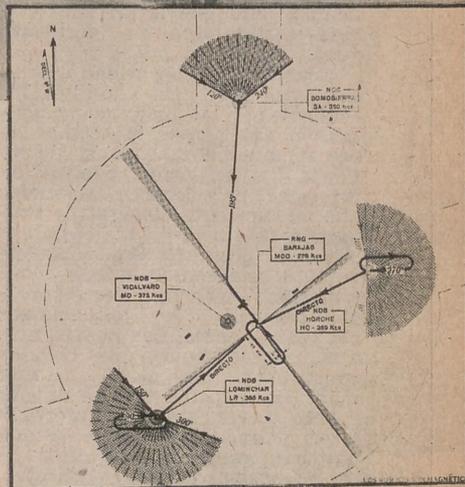
EN SOMOSIERRA NO HAY ANTESALA

Los helicópteros, Dios sabe por qué, no están incluidos en el catálogo. Claro que ellos, con su facilidad para subir y bajar, tienen recursos de sobra y se defienden solos.

Sobre el radiofaro de Somosierra no hay establecida espera alguna. Además, cuando los aviones salen por él han de hacerlo a una altura lindante con los 3.050 metros. La cosa está bien clara. Cuanto menos se vuele sobre los picos de las montañas, mejor. Y, para sobrepasarlas, es preferible un margen de distancia que evite complicaciones.

En cambio, tanto sobre Horche como sobre Lominchar—situados ambos en terrenos llanos—, las salidas se hacen a una elevación próxima a los 1.850 metros. Siempre por debajo del espacio reservado para que los aviones tracen solemnes círculos hasta que les sea permitido aterrizar.

Las esperas, casi no es preciso aclararlo, tienen como origen la presencia de aparatos en pleno aterrizaje, o cualquier complicación surgida en tierra. Son una versión junto a las nubes de las colas terrestres. Consumir tiempo allí no encierra dificultades. Porque los vuelos han de em-



El gráfico indica claramente las maniobras precisas para aterrizar

prenderse transportando en los depósitos de combustible no sólo la esencia suficiente para llegar al punto de destino, sino también un remanente que permita seguir en el aire cuarenta y cinco minutos más.

A veces, los círculos de la antesala se trazan con dramatismo: Una toma de tierra anormal, con el tren de aterrizaje averiado, por ejemplo. Como en el interior de las alas suele almacenarse carburante—y éste, en cualquier caso, se inflama con facilidad—es preferible tener en marcha los motores hasta que la esencia casi se haya agotado. Así las inclinaciones finales no estarán agravadas por la presencia destructora del fuego.

AL SERVICIO DE LA SEGURIDAD AEREA

Hacer acrobacia es volar a la alta escuela. Las cabriolas en el aire van acompañadas de riesgo, y por eso no pueden llevarse a

cabo sobre los aeropuertos, o sobre las zonas habitadas, sin permiso especial. También está muy vigilado el tráfico sobre las poblaciones. Como en los trenes, no es lícito «arrojar objetos a la vía». Todos estos cuidados cada día son más necesarios. En nuestra Patria, por ejemplo, frente a los tres mil novecientos aparatos entrados en los aeropuertos en 1943, se registraron más de treinta y seis mil aterrizajes el año pasado. Los viajeros que con los aviones tomaron tierra fueron casi seiscientos treinta mil. Los datos hablan por sí solos. Y resultan incomparables con las cifras anteriores a 1936, cuando nuestra aviación civil se hallaba en un período de iniciación.

Destaca significativamente la escasez —casi ausencia total— de accidentes. Claro que en esto se nota el adelanto de la técnica mundial. En el período comprendido entre 1925 y 1929 se producían cuarenta y cinco muertes en accidente aéreo por cada cien millones de pasajeros-millas. Las últimas estadísticas, utilizando datos de todo el mundo, señalan que el riesgo se reduce a menos de dos muertes por cada cien millones de viajeros-millas. Esto significa que un hombre tendría que volar durante veinte años seguidos, por lo menos, sin descender del avión en todo ese tiempo, para que le afectara con toda certidumbre un accidente fatal.

Alcanzar esta seguridad no ha sido cosa fácil. En ello han influido tanto las mejoras mecánicas en las aeronaves, como las precauciones tomadas en tierra. Todos los aerofaros, puestos de información y ayudas especiales que la Dirección General de Protección de Vuelo ha ido instalando en la geografía española desde 1939 representan nuestra contribución —valiosa y creciente— al descenso de los riesgos del tráfico aéreo. Las nuevas normas del aeropuerto de Barajas constituyen un paso adelante más. Hoy España dispone de cincuenta y seis campos de aterrizaje en pleno servicio, entre los que destacan, como cabezas de tráfico internacional, los de Barajas, Muntadas y San Pablo. Pocos habrían aceptado hace dos décadas, sin una sonrisa de escepticismo, el anuncio de una situación como la actual. Pero los españoles de 1954 estamos ya acostumbrados a mirar atrás viendo objetivos cubiertos. La nostalgia cambia de meta. Cada uno siente en el cuerpo la huella de los años pasados. En lo demás, el tiempo ido no fué mejor.

F. C. DUBERT

El poeta chileno

SERGIO QUEVEDO

colabora en el número 27 de

POESIA ESPAÑOLA

con tres deliciosos poemas, que le agrada leer.

PEREZ EMBID O UNO



“LOS CRISTIANOS SOMOS CAPACES DE CONSTRUIR, TEÓRICAMENTE, Y PRACTICAMENTE, EL ORDEN POLÍTICO DEL FUTURO”

SEVILLA tiene este año una segunda feria. Hasta allí han llegado los festivales artísticos del Ministerio de Información. Con ellos, como cabeza rectora de esta empresa cultural, ha ido a las tierras béticas el director general de Información. Entrevistarle en estas fechas es tarea difícil. Casi con el pie en el estribo, unas horas antes de emprender el viaje, se ofrece sin reservas a nuestra conversación. Hay en él una inquietud de trabajo en marcha. De pausa breve a dos pasos de la acción.

Sirviendo a una vocación de dos filos, Florentino Pérez Embid pasó de la Universidad a la política. Con un par de oposiciones a cátedras en su haber y una copiosa relación de obras publicadas, entre ellas seis libros de investigación histórica, el actual director general de Información puede simbolizar al intelectual español contemporáneo: ex combatiente, en defensa de España, en las trincheras y luego combatiente, en defensa de los valores hispanos, con la pluma. Porque su personalidad es inseparable de su actitud luchadora, de su posición polémica rebelde a toda claudicación, a todo armisticio con las ideas y los sistemas que contradicen la entraña del orden cristiano del mundo o la proyección del cristianismo español en la Historia.

Un libro suyo recientemente aparecido revela, ya en su título «Ambiciones españolas», su clara postura política. Y su decidida vocación docente.

Son las ocho y media de la tarde. En la antesala de su despacho su secretario atiende a una llamada telefónica, una mecanógrafa guapa teclea rápida y esperan sentados dos visitantes.

Pérez Embid interrumpe hoy su horario de trabajo. Nos hace un hueco y nosotros nos colamos por el de la puerta de su despacho.

UNA INVITACION AL OPTIMISMO

Al principio la conversación se traba sobre lo más inmediato, sobre sus pasos más recientes:

PEREZ EMBID.—Vengo del Ateneo, donde se ha inaugurado una exposición y había tres conferencias esta tarde. Luego tendremos una reunión de la Junta de Información y Educación Popular para decidir los programas de la serie de festivales en varias capitales españolas. Ahora se acercan los de Sevilla... Creo que vale la pena este esfuerzo. Y que resulta verdaderamente eficaz. Aun me dura la impresión que me produjo contemplar en Santander la ovación interminable que cientos de obreros tributaban el verano pasado a la Orquesta Nacional, a Argenta y a la Coral bilbaína al terminar la «Novena Sinfonía»...

Se refiere a los festivales artísticos populares de expansión cultural que organiza el Ministerio de Información y Turismo. Pero el libro, las letras rojas del título «Ambiciones españolas» nos llaman desde el centro de una pequeña mesa redonda en torno a la que nos sentamos.

JALON.—¿Qué razones le movieron a publicarlo?

PEREZ EMBID.—Contribuir en la medida de mis fuerzas a recordar algunas ideas que decididamente tengo por capaces de asegurar la eficacia histórica de la acción colectiva iniciada el 18 de Julio. «Contribuir a la esperanzada labor de los españoles que se proponen seriamente crear para la vida nacional bases más sólidas que la oscilación permanente entre la inercia y la catástrofe», que fué lo que caracterizó el juego político del sistema liberal, los años españoles de 1909 a 1936. Porque ninguno de los problemas españoles pueden ser entendidos

INVOCACION DE DOS FILOS

LA DEMOCRACIA CRISTIANA ME PARECE UNA FORMA DE GOBIERNO ESTERIL

Entrevista con el autor de "Ambiciones españolas"

hoy por nosotros según el planteamiento con que en esa época se les abordó. En realidad, el libro, estaba preparado para la impresión hace dos años. Pero el destino me llevó entonces a un cargo político y preferí, por diversas razones, aplazar hasta ahora su publicación.

CARANTONA. — ¿Cuál es la tendencia definitiva, general, de su libro.

PEREZ EMBID. — Una invitación al optimismo y a la esperanza. Está escrito desde un punto de vista nacional y constructivo. Encierra un puñado de ambiciones, algunas de las cuales ya son plena realidad.

HEREDIA. — ¿Y su idea política fundamental?

PEREZ EMBID. — Yo creo — y otros muchos intelectuales también — que es preciso restaurar el orden cristiano, perturbado primero por el Renacimiento y luego por la Revolución francesa. En otras palabras: tengo el convencimiento íntimo y pleno de que somos nosotros los que hemos de superar el liberalismo, que ha fracasado en todas partes. La última guerra significa la liquidación del siglo liberal.

HEREDIA. — ¿Y a qué atribuye la nostalgia de algunos, sobre todo de algunos que no los conocieron, por las épocas y los regímenes liberales?

PEREZ EMBID. — A que muchos ya no se acuerdan, o recuerdan magnificando las añoranzas. Y al legítimo y permanente deseo de la libertad. Entonces ocurre que la gente confunde «libertad» y «liberalismo». Desean por ello muchos el liberalismo como sistema de libertad, sin reparar que los regímenes cristianos son los que la respetan verdaderamente y que el Estado liberal no encierra la exclusiva de la admisión de las libertades individuales.

CARANTONA. — Dentro del libe-



Pérez Embid rebosa, pese a la responsabilidad de su cargo, pese a su condición de catedrático, un simpático aire juvenil

ralismo, ¿no cree usted que la segunda República y la Monarquía restaurada por Cánovas tienen el mismo fondo doctrinal?

PEREZ EMBID. — Un enérgico pensador español ha dicho que en 1931 lo que pasó fue que la República se quitó la corona. El mal viene de más atrás. Ahora acaba de publicar Federico Suárez un libro espléndido y del mayor interés, esclarecedor: «Los sucesos de La Granja». En él aparece descrita la gran intriga que dió al liberalismo el arranque para su influencia decisiva durante todo el siglo XIX.

OTRO NO A LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Pérez Embid rebosa, pese a la responsabilidad de su cargo, pese a su condición de catedrático, un simpático aire juvenil. Quizá contribuya decisivamente a esta impresión su fácil y frecuente sonrisa y su perceptible ceceo andaluz. E incluso la fina línea de su bigote de estudiante universitario o de galán de cine.

JALON. — ¿No cree que algunas ideas del sistema liberal siguen teniendo vigencia?

PEREZ EMBID. — El fracaso de un sistema político, considerado en su conjunto en el orden total que significa, no supone el fracaso de todos los principios y todas las ideas que el mismo encierra. Así, por ejemplo, dentro del liberalismo, como sistema, pueden salvarse ideas aisladas, como excepción. Tal el concepto de libertad individual, que es cristiana en su verdadera formulación, porque del cristianismo tomaron los liberales la esencia de la idea, aunque luego desbordaran sus límites naturales. Tal el principio de la iniciativa privada en la economía, a cuya abolición no se llegará nunca, porque la ordenación de la economía no debe llevar a la total socialización, al estatismo económico.

CARANTONA. — ¿Qué opina de las formas de liberalismo tempestivo que aceptan los sistemas llamados «democracia cristiana»?

PEREZ EMBID. — La democracia cristiana me parece una for-



Pérez Embid firmando una dedicatoria en un ejemplar de su libro «Ambiciones españolas»

ma de gobierno estéril. Más aun, condenada a la rápida descomposición. Acepta en su planteamiento los principios que la conducen a su propia liquidación. Lleva en sí el germen de lo que la destruye, antes incluso de que sea realidad.

HEREDIA.—Sin embargo parece conservar muchos partidarios en el extranjero...

PEREZ EMBID.—Cuestión de inercia. Algunos católicos están acostumbrados a jugar las cartas de la democracia. Y no se atreven a más.

HEREDIA.—¿Europa se rechristianiza o anda en trance de desecristianizarse?

PEREZ EMBID.—Se rechristianiza, sin duda alguna. Y una simple ojeada al panorama intelectual europeo basta para confirmarlo. Incluso en lo multitudinario hacia muchos años que los problemas religiosos no llamaban tanto la atención del gran público.

CARANTONA.—¿La situación religiosa de Francia actualmente puede llegar a provocar alguna escisión grave?

PEREZ EMBID.—Creo que no. Las últimas estridencias son, después de todo, rebrotos del tradicional galicanismo francés. Pero creo que se ha desorbitado la importancia de esos acontecimientos; por ejemplo, en el caso de los sacerdotes obreros.

HEREDIA.—¿Cree que existe algún brote de «maritainismo» en España?

PEREZ EMBID.—No. En absoluto. Como fenómeno de conjunto, se entiende.

JALON.—Habla en su libro de comprensión e intransigencia. ¿Hasta dónde cada una?

PEREZ EMBID.—Comprensión para las personas, intransigencia para los principios.

Suena un teléfono y se corta de momento el diálogo. Cuando retorna al cómodo sillón de cuero verde cambia el tema, se concreta enfilando generaciones y nombres.

¡NO CONTESTO!

CARANTONA.—En su libro habla usted de la generación de 1948. ¿Cómo la definiría?

PEREZ EMBID.—La palabra «generación» huele a puchero de enfermo. Hay que usarla para entenderse, pero no me gusta ni me llena. En mi libro me refiero a un grupo de hombres que en 1948 apareció en el ambiente cultural español, no en la acción política. Publicaron libros y artículos, dieron y siguen dando conferencias, perfilados en una dirección común, manejando ideas análogas y llegando a conclusio-

nes similares en los problemas de pensamiento y en los políticos.

JALON.—¿Cuál es para usted el escritor o el libro político más interesante en los últimos diez años?

PEREZ EMBID.—No contesto. JALON.—Y alguno, entre los jóvenes, que debiera ser más conocido...

PEREZ EMBID.—Alvaro d'Ors, que es un jurista de cuerpo entero. Entre los filósofos valcramos mucho a Antonio Millán Puyes; pero él se merece más, y, por añadidura, escribe de un modo clarísimo. Y quiero citar también, de modo muy especial, a Roberto Saumells, mente aguda si las hay. Hombre de formación europea, frente al cual a veces ha cerrado sus cuadros la mediocridad impermeable de los que— como dijo Machado—«desprecian cuanto ignoran».

HEREDIA.—Entre esa que hemos llamado generación de 1948 y la generación anterior, ¿cree que existe una comprensión y una estimación mutuas?

PEREZ EMBID.—Sí, desde luego. Primero, porque algunos de sus hombres son comunes a las dos. Segundo, porque, como dije en una página de este libro, nuestro deseo es no tener que hacer solos lo que es tarea común y en la que todos podemos y debemos coincidir.

EL LIBRO Y SUS PROBLEMAS

CARANTONA.—¿Cree que se ha conseguido superar en nuestros días el antiguo nivel de las publicaciones científicas e intelectuales?

PEREZ EMBID.—Sí; indudablemente, sí. Los jóvenes tienen hoy una idea exagerada de las revistas culturales antiguas. El paso del tiempo y la falta del conocimiento directo suelen exagerar las cosas. Pero si repasamos una colección de «La Revista de Occidente», de «Cruz y Raya», veremos que son inferiores a bastantes de las que se publican actualmente.

HEREDIA.—Pero ¿no cree que antes se escribía con más brillantez expositiva?

PEREZ EMBID.—En cuanto al estilo, no hay duda. Hoy los ensayistas operan con una base más científica y son, por regla general, menos brillantes, más plúmbeos. Pero si nos referimos al fondo, los intelectuales y ensayistas contemporáneos son más profundos, más serios y dejarán más huella que los fuegos fatuos del primer tercio de siglo.

HEREDIA.—Subraya usted en uno de sus ensayos que hoy se lee poco. ¿No cree que esto se debe, en gran parte, al elevado precio de los libros?

PEREZ EMBID.—Sin duda. La impresión es cara. Y, además, muchos libreros prefieren vender libros caros, porque en ellos encuentran mayor margen de beneficio.

JALON.—¿No convendría que la iniciativa oficial lanzara o patrocinara, al menos, ediciones populares a precios asequibles de los libros cuya difusión general se considerase conveniente?

PEREZ EMBID.—Sería útil, naturalmente, y podría corregir en cierto modo el defecto del libre juego de la oferta y la de-

manda. Pero el problema es mucho más complejo.

HEREDIA.—¿Ha frustrado la censura alguna obra maestra?

PEREZ EMBID.—No lo creo. Ni ahora, ni nunca. El genio encuentra siempre su camino. Recuerde las condiciones en que se escribía en nuestro Siglo de Oro.

CARANTONA.—¿Y no le parece que entre la crítica existe una cierta hipersensibilidad? Por ejemplo, en el caso de «Mi idolatrado hijo Sisi», de Miguel Delibes...

PEREZ EMBID.—En eso, ni entro ni salgo. Respeto las opiniones personales de los críticos.

JALON.—¿Está satisfecho de su libro?

PEREZ EMBID.—Hombre... Pues regular. No pasa de ser un libro de buena voluntad.

La respuesta se ha acompasado al gesto con el que toma de la mesa el ejemplar de «Ambiciones españolas» que preside, como protagonista silencioso, la entrevista. Tiene el libro en las manos y lo hojea casi maquinalmente. Y de nuevo las preguntas convergen sobre el libro y el autor.

A MAQUINA Y CON FACILIDAD

CARANTONA.—¿No tiene cierta provisionalidad su libro por estar formado con una selección de artículos?

PEREZ EMBID.—Quizá algún aspecto precisara más elaboración. En realidad se trata de una serie de ensayos con conexión íntima. Pero en su intención y en su sentido no tengo nada que variar.

HEREDIA.—¿Cree en la influencia de los libros políticos?

PEREZ EMBID.—Sí son buenos pesan. Influyen primero en las minorías. A través de éstas, en las multitudes. En este intervalo parece que pierden eficacia, porque el tránsito suele ser silencioso. A la larga, sin que esto signifique un plazo muy dilatado, influyen decisivamente.

JALON.—¿Capítulos que prefiera de su libro?

PEREZ EMBID.—Los titulados «Los obreros y la cultura» y «Crítica española de Jacques Maritain». A este último ahora lo titularía de otra manera menos personal.

CARANTONA.—¿Cuál será su próxima obra?

PEREZ EMBID.—Quisiera hacer un libro más concreto sobre la conciencia nacional. El tema es peliagudo. Y mientras siga aquí no me va a quedar tiempo para hacerlo. Ser funcionario exige una plena dedicación al trabajo.

HEREDIA.—¿Qué quiere decir exactamente cuanto se refiere a la «retórica de lo castellano»?

PEREZ EMBID.—Trato solamente de salir al paso de una interpretación exclusivista del papel de Castilla en la Historia de España.

JALON.—¿Cómo escribe, a máquina o a mano?

PEREZ EMBID.—A máquina siempre.

JALON.—¿Corrige mucho? ¿Escribe con facilidad?

PEREZ EMBID.—Hombre, yo diría que hasta cierto punto, sí escribo sin demasiada dificultad. Corrijo poco. Muy poco. Sirven los papeles mismos que salen de la máquina. Ahora, por necesidad

he tenido que aprender a escribir dictando.

EL EPILOGO DE LOS «HETERODOXOS»

HEREDIA.—¿Con qué parte de su tarea intelectual se halla más identificado?

PEREZ EMBID.—Mi actividad profesional se ha desarrollado principalmente en la Escuela de Estudios Hispánicos de Sevilla y en la revista «Arbor». Estoy identificado plenamente con lo que la revista hizo entre los años 1947 y finales del 53. Y a la Escuela sigo perteneciendo con solidaridad completa.

JALON.—¿Qué idea política cre que debe defenderse preferentemente en nuestro tiempo?

PEREZ EMBID.—Una de esperanza: la de que los cristianos somos capaces de construir teórica y prácticamente el orden político del futuro. Y en especial, por muchas razones, los españoles debemos colaborar en esta tarea. Como aclaración, le añadiré que a mí no se me ocurriría añadir ni quitar una coma al epílogo de los «Heterodoxos españoles».

CARANTOÑA.—Se ha unido recientemente, como fuentes concordantes de españolismo y de ideas políticas, a los nombres de Cánovas, Vázquez de Mella, Balmes, Menéndez y Pelayo... ¿Cree usted que, por ejemplo, hay alguna forma de unir a Cánovas con Vázquez de Mella?

PEREZ EMBID.—El primero hizo la restauración liberal y el segundo nada tiene que ver con ella. Políticamente, no; culturalmente todos jalona una misma trayectoria de pensamiento. Alguno de los otros nombrados, como Menéndez y Pelayo, no puede ser adscrito a un grupo político determinado. Por lo menos yo creo que no hay derecho a afiliarle a ninguno.

CARANTOÑA.—Donoso, en algún lugar de su obra, parece cifrar la solución del problema social en el ejercicio de la caridad. Y Cánovas, más adelante, propugna algo parecido. ¿Cree que podrían hoy actualizarse estas ideas?

PEREZ EMBID.—La caridad, ya lo sabemos los cristianos, es un principio esencial de vida. En cuanto a los problemas temporales, resulta absurdo pretender resolver cuestiones de hoy con soluciones del siglo pasado. Cada época tiene un ambiente y un tono propios, pero los principios eternos no varían jamás.

En el reloj suena una media. La entrevista termina. Nos despedimos de Florentino Pérez Embid, hombre atareado, abierto a una curiosidad variada que en otro parecería dispersión y que él sabe orientar y distribuir de modo que cada hora tenga sólo su preocupación. Un rasgo tal vez revelador se desprende de sus palabras: la ausencia de la falsa nostalgia de que suelen alardear en muchas ocasiones los hombres formados en la docencia directa. En ningún momento ha dejado traslucir su añoranza por el «silencio de los claustros universitarios» o la «vocación a la cátedra». Claro que en su cargo vive dedicado a la enseñanza a través de las distintas actividades culturales que dirige.

(Fotografías de Mora.)

QUINCE EQUIPOS DE 3 CONTINENTES

DISPUTARAN EN BARCELONA EL X CAMPEONATO MUNDIAL DE HOCKEY SOBRE PATINES

ESPAÑA, ITALIA Y PORTUGAL, FAVORITOS DE LA COMPETICION



Arriba: Un momento de peligro ante la portería.—Abajo: El seleccionador nacional, Platón, con sus muchachos, en Ginebra

EN contra de lo que se pueda suponer, el hockey sobre patines no es un deporte tan moderno, como parecen indicar sus treinta años de actividad internacional. Concretamente, ya a finales del pasado siglo, y a principios del actual, en Barcelona, con una reglamentación bien distinta a la que ahora conocemos, practicaban algunos patinadores un juego muy primitivo, empujando unos «sticks» de hockey sobre hierba. Se forcejeaba por introducir la pelota, ¡de tenis!, en las reducidas porterías situadas, arbitrariamente, en los extremos de las pistas.

Pasaron los años, decayó la afición al patinaje y, con ello, la

mayoría de aquellos practicantes del rudimentario hockey sobre patines—que ya tomó forma oficial y reglamentación propia alrededor de 1920—, basándose en que en el extranjero se practicaba sobre hielo, adoptaron el disco de los «icemen», en sustitución de la pelota, por creer, erróneamente, que sobre las inestables ruedecillas sería imposible dominar un cuerpo tan deslizante y escurridizo sobre las resbaladizas pistas de cemento reluciente.

Así se llegó a los primeros Campeonatos de Cataluña, en los cuales tomaron parte, primeramente,

cuatro equipos, que fueron ampliando su número hasta llegar a la cifra de diez, que constituían la división de honor al sobrevenir el Movimiento Nacional.

Terminada la guerra de Liberación, el hockey sobre patines comenzó a agrupar a sus antiguos y dispersos jugadores, acoplándose las nuevas promociones que iban surgiendo día a día.

EL ESPAÑOL, PRIMER CAMPEON

Admitido el hockey sobre patines en el seno de la Federación Española de Hockey y Patinaje, se celebró en el año 1944 el primer Campeonato nacional en la pista de Piscinas y Deportes de Barcelona. El Generalísimo Franco donó un magnífico trofeo, que fué ganado por el R. C. D. Español, al vencer en la final a los muchachos del Sardañola por el mínimo tanteo de uno a cero. El trofeo fué entregado por el Delegado Nacional de Deportes, teniente general don José Moscardó, que quiso así asociarse, complacido, a un deporte casi desconocido.

De entonces para acá, las finales del Campeonato de España fueron siempre motivo de grandes concentraciones de aficionados, pero nunca, desde entonces, se volvió a tener el alto honor de contar entre los espectadores al Delegado Nacional de Deportes.

El constante aumento entre la afición imponía la necesidad de buscar contacto con los Clubs de otras naciones que, con su mayor experiencia, viniesen a enseñarnos cuanto aquí desconocíamos. A tal efecto, la Federación Española tomó el acuerdo de sustituir el disco por la pelota, autorizó la contratación de entrenadores extranjeros y concertó una serie de encuentros en Barcelona, Reus y Gerona con el equipo luso.

UNA LECCION APROVECHADA

Tiene el hockey sobre patines portugués sus mejores jugadores a lo largo de la llamada Costa de Oro, que enlaza la histórica bella Lisboa con la pintoresca y residencial Estoril. Allí radica el «cinco» del Pazo de Arcos, en el que militaba, por aquel entonces, la casi totalidad del equipo nacional del país, que, durante dos años consecutivos, había conquistado el título de campeón mundial, arrebatando el cetro a Iriglaterra—cuna de este deporte—, que hasta entonces se mantenía como invencible y vitalicia campeona.

El Pazo de Arcos realizó una triunfal campaña por las pistas catalanas, sin apenas encontrar resistencia; pero su juego lo asimilaron rápidamente nuestros jugadores, que tuvieron bastante con aquellas primeras lecciones maestras para ir desenvolviendo su juego y dándole matices propios, que le harían inconfundible en el porvenir.

Cuando en el estrecho mundo se pretendía ignorar el nombre de España, dos abnegados deportistas españoles, don Juan Manuel Sáinz de los Terreros y don Juan Antonio Samaranch—presidente y vicepresidente de la Federación Española—se trasladaron a Suiza, con el ánimo de elevar al seno de la Federación Internacional de Roller-Skating, la petición

de que España fuese admitida en el superior organismo federativo.

Lo consiguieron, en medio de grandes ovaciones.

España acababa de ganar su primer encuentro internacional.

LA SORPRESA DE MONTREUX

Seguidamente fué aceptada la invitación de que un Club español se desplazase a tomar parte en la tradicional prueba que, con el nombre de Copa de las Naciones, se celebra anualmente en la ciudad suiza de Montreux. Aceptó el ofrecimiento el R. C. D. Español, a la sazón primer equipo nacional, por sus títulos, y tuvo que desplazarse a sus jugadores en avión por mantenerse cerradas las fronteras con Francia y ser ese, por tanto, el único medio para llegar a Suiza. Esa primera salida al exterior fué bautizado, incluso aéreo.

La actuación de los doblemente españoles en Montreux fué realmente sorprendente, teniendo en cuenta su bisoñez en tales lides. Exhibieron, pese a todo, un juego tan depurado, rápido, centelleante, que el presidente de la F. I. R. S., Freddy Renkewitz, exclamó al ver actuar por primera vez a nuestros chicos:

—¡Ahí veo a los futuros campeones mundiales!

Cuatro años solamente debían transcurrir para que sus proféticas palabras se cumplieren.

ESPAÑA CAMPEONA DEL MUNDO

Aquel mismo año—1947—, el equipo nacional español tomó parte, por primera vez, en el Campeonato del mundo, que tuvo por escenario el Pabellón del Deporte de Lisboa. Allí nuestro equipo se clasificó en un magnífico segundo lugar, al empatar a puntos con Bélgica, después del equipo campeón.

Y manteniéndose siempre dentro de los cuatro primeros lugares de la clasificación general, nuestro seleccionado participó ya de manera continuada en los siguientes Campeonatos del mundo, hasta desembocar en el del año 1951, que tendría por marco a Barcelona en un Pabellón del Deporte, inaugurado solemnemente para esta grandiosa competición.

Contra todo pronóstico, el equipo de España, que era considerado técnicamente inferior a los de Portugal, e incluso Italia, fué sufriendo victoria tras victoria hasta llegar a la memorable noche del 10 de junio. Nuestro seleccionado se enfrentaba, en decisivo encuentro, a los portugueses, que también necesitaban del triunfo para renovar el título de campeones mundiales. A España le bastaba con un empate y quizá por eso hubo una confianza excesiva. Fué un choque altamente emocionante. Los españoles llegaron al descanso con un tres a cero favorable, capaz de inspirar la máxima esperanza. Sin embargo, nuestros oponentes supieron transformar aquella derrota incipiente en un inquietante empate a tres, amenazador de un último tanto que decantase la victoria y el título hacia sus colores. En el minuto diecisiete, señalado inquietantemente en los monumentales relojes del Palacio del Deporte barcelonés, un medidísimo pase de Trias sobre Tito Más sir-

vió para que éste, en espectacular y potentísimo remate, desfilara finalmente la balanza con el cuarto tanto, clamorosamente acogido por el público que abarrotaba el recinto.

Después vinieron las horas de júbilo de la multitud enfervorizada y entusiasta; los vitores constantes, los aplausos desbordados y el flamear de banderas rojigualdas.

España había conquistado su primer título de campeona del mundo en un deporte por equipos.

PREPARATIVOS PARA EL X CAMPEONATO MUNDIAL

Y ahora... había que organizar estos X Campeonatos del mundo y XX de Europa, de modo tal que empalideciera el recuerdo de las pasadas competiciones. Para ello se creó un Comité Ejecutivo y otro Organizador—para las fases preparatoria y realizadora—, entroncados en las labores del Comité Internacional. Ambos troncos conducen a una Tesorería y se bifurcan, además, en una Secretaría y una Comisaría, de las que nacen siete ramas. Las cuatro primeras, Propaganda, Turismo, Protocolo y Deportiva—con 14 ramificaciones más chicas—, y las otras tres, Torneo, Actividades complementarias y Selección nacional, subdivididas en otras nueve, a su vez.

Un verdadero árbol genealógico, con interesantísimos miembros, de los que entresacamos, si no a los más importantes, al menos a los más representativos y sobre los que cayó el mayor peso de la Organización: Juan Antonio Samaranch, Luis Azemar y Francisco Platón. Este último es el seleccionador nacional, el anterior, el tesorero. En cuanto a Juan Antonio Samaranch Torelló, sepase únicamente que es el vicepresidente del Comité Internacional Organizador; presidente del Comité Ejecutivo y vicepresidente de la Federación Internacional de Hockey Sobre Patines. Tiene todavía sobre sus espaldas la sección específica de la Propaganda, con Prensa, radio, boletín y publicidad. Dice Juan Antonio, presurosamente, sin apenas dar lugar a la pregunta:

—Esta es la manifestación deportiva más importante que se ha celebrado hasta ahora en España. Nos servirá, además, de ensayo ante los II Juegos Mediterráneos, a celebrar en Barcelona el año 1955. Queremos demostrar al mundo deportivo nuestra capacidad organizadora.

—¿De qué local se dispone para el más cómodo desarrollo de estos Campeonatos?

—Por desgracia, no tenemos un local cubierto en condiciones, pese a nuestros deseos de habilitar el Palacio Nacional de Montjuich. Pero su máxima caída, y aun en precarias condiciones, alcanzaría para acoger a 4.000 espectadores; de manera que la siempre posible lluvia, al forzarnos a ir al Palacio, no solamente nos hubiese acarreado un grave perjuicio económico, sino que hubiese dejado en la calle a muchísimos miles de personas. Por todo ello hemos desistido de la prevista habilitación y nos hemos limitado al mejor acondicionamiento po-

sible del Pabellón del Deporte.
—¿Cuántos espectadores cabrán en él, con esos arreglos?
—Sobre los 10.000.

BARCELONA, PRIMERA CIUDAD DEPORTIVA MEDITERRÁNEA

—¿Vendrán muchos forasteros?
—Un detalle significativo puede valer. Nunca, hasta ahora, nos habían visitado tantos periodistas extranjeros juntos. Es una magnífica ocasión para que Barcelona se proclame la primera ciudad deportiva mediterránea, para orgullo de todos los españoles.

—¿Fechas de la competición?
—Las ya anunciadas del 27 de mayo al 6 de junio. Por cierto que las ceremonias de apertura y clausura de los Campeonatos, en las fechas citadas, serán, si Dios quiere, impresionantes, ya que ver alineados en la pista a quince países sólo será posible por última vez, pues en el Congreso que tenga lugar en esos mismos días se estudiará una nueva reglamentación para futuros Campeonatos, dada la cifra ascendente de las naciones concurrentes a cada nueva edición. En años venideros serán tan sólo diez o doce los equipos que tengan acceso a la fase final.

—¿Cuáles son las naciones que asisten esta vez?

—Irlanda, Francia, Dinamarca, Noruega, Alemania, Holanda, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Egipto, Chile, Uruguay, Portugal, Italia y... España.

—¿Forma de disputarse los Campeonatos?

—En un grupo de todos contra todos, con 105 partidos en total.

—¿Con qué árbitros contáis?

—Con uno de cada nación, oficialmente, más cuatro jueces que España ha invitado, graciosamente, y a elección del Colegio Internacional de Arbitros. Además han sido invitadas cuatro grandes campeonas de patinaje artístico, procedentes de Alemania, Italia y Bélgica, más una patinadora española, que deleitarán al público asistente a los encuentros en sugestivos intermedios.

—¿Y la Exposición Filatélica Deportiva?

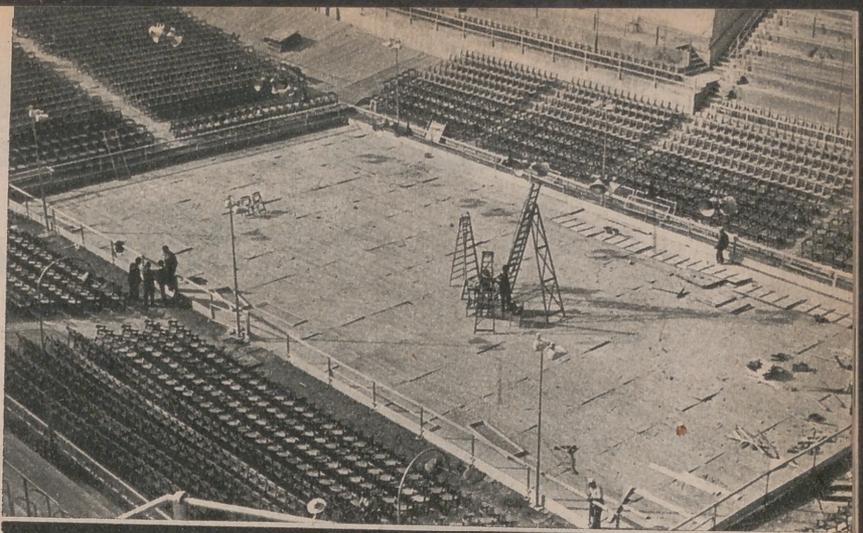
—Tendrá carácter internacional. Es la segunda que se celebra en el mundo con ese cariz—la primera fué en Roma—. Contamos con más de setenta inscritos; entre ellos algunos órganos oficiales de países extranjeros. Hay que tener en cuenta que esta rama deportiva de la filatelia es la que está más en boga en todas partes.

—Algo más.

—Una nota simpática. El pasado año, en Ginebra, nos encontramos con una treintena de españoles que se desplazaron en un autocar para dar aliento a los nuestros. Se tuvo la previsión de tomar los nombres de todos ellos y ahora se les entregará una localidad a cada uno, para que puedan presenciar estos Campeonatos.

COCINA EN TODOS LOS IDIOMAS

Juan Antonio ha de abandonarnos, pero le deja el relevo a Luis Azemar, vocal de la Federación Española y tesorero general de la organización. Y como queda a su cargo también el



El Pabellón del Deporte barcelonés, en las obras de acondicionamiento para el X Campeonato Mundial de hockey sobre patines

apartado del turismo y alojamientos, nos habla de estos últimos satisfecho:

—Están muy mejorados los alojamientos de los Campeonatos de 1951. Entonces, sin la experiencia del apoyo del público, se hizo un presupuesto mucho más pobre que el actual. Ahora se ha reservado habitaciones en cinco de los hoteles barceloneses considerados como grandemente confortables. Además hemos procurado que nuestros invitados no echen de menos la cocina de sus respectivos países en los citados establecimientos.

—¿Más datos?

—Datos, los que queráis...

Y empieza tal lotería de números que bien merece el enmarcado de un recuadro anexo.

ESPAÑA, FAVORITA EN EL TORNEO

Nos queda el último triunfiro: Francisco Platón. El hombre al que se hará responsable, por encima de toda consideración, de la siempre posible derrota española..., y al que quizá se cicateen los aplausos en caso de que el éxito acompañe a nuestros colores. Su puesto de combate resulta el más arriesgado y el de mayor honor. Es el general que debe lanzar a la batalla a sus valientes soldados y que ha de vencer a toda costa, o morir en el empeño, en la Santa Elena de las acerbadas críticas. Porque estos mismos soldados demostraron hace tres años que saben vencer, y ahora se les exige siempre el triunfo. Para alcanzarlo empezó la preparación en ...

... febrero, con unos entrenamientos encaminados, fundamentalmente, hacia la puesta a punto física más perfecta y factible.

—¿Con algún profesor especializado?

—Sí, efectivamente: con Luis Martínez Serrano, diplomado en la Escuela Central de Toledo y profesor de Educación Física de una Universidad de Barcelona.

—¿Y cómo han seguido los entrenamientos?

—Han venido haciéndose metódicamente, aumentando el grado de intensidad e importancia de

los ejercicios, imponiéndose a los chicos muchos sacrificios. Pese a ser aficionados, sin embargo, se han disciplinado más que cualquier profesional.

—¿Es que después de haber sido campeones del mundo en Barcelona querrán volverlo a ser otra vez?

—Con ese interés se trabaja; pero no basta el interés. Hay varios equipos que juegan tanto como nosotros.

—¿Cuáles son los más temibles?

—Las clasificaciones de estos últimos años lo dicen claramente: Portugal e Italia. Las dos únicas naciones que tienen un saldo favorable con nosotros.

—¿No es también temible Suiza?

—No tanto como las otras. Sólo parece capaz de alguna sorpresa fugaz.

—¿Equipo que nos representará?

—La selección definitiva no se hará pública hasta el día 26, víspera de la gran jornada. Los preseleccionados son, en el momento: Soteras, Zabalía y Bel, porteros; Orpinell y Prieto, defensas; Boronat y Serra, medics; Más, Trias, Magriñá, Gallén y Puigbó, delanteros.

—Doce en total.

—Pero dos de estos jugadores deberán ser eliminados, pues sólo se acepta la inscripción de diez hombres por equipo.

Lector, una adivinanza: Haciendo abstracción de los porteros, que son intocables, de los cuatro nombres con iniciales repetidas, sospechamos que desaparecerán de la lista los dos reglamentarios. Salvo error, accidente, o imprevisto.

Y lo mismo podemos decir del futuro campeón mundial, que debe ser... España, salvo error, accidente o que se opongan los países latinos previstos.

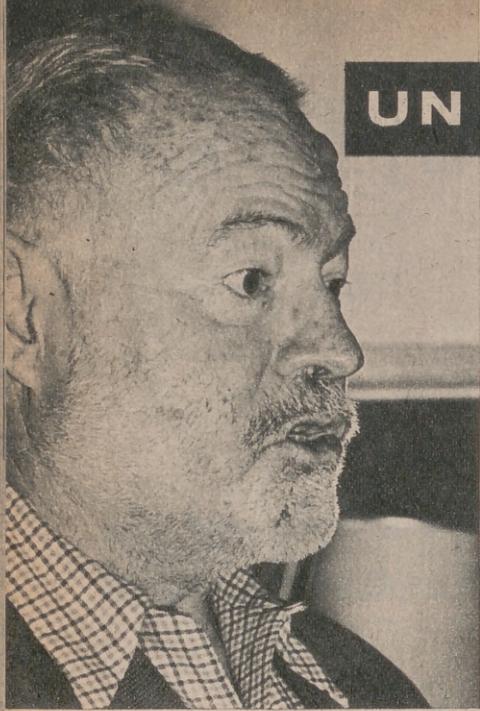
Luis LAIZ y E. L. J. MENO



El equipo de España, después de recibir los trofeos y proclamarse campeón del mundo

UN HOMBRE ENTRE EL AM

HEMINGWAY, UN "EN QUE YA ES ABUEL



Como un "isidro" más ha venido a fiestas madrileñas a ver corridas de toros

NO quiero ser carne de revis- tero», nos dice el célebre no- velista Ernesto Hemingway, que no hace mucho estuvo muy en peligro de ser comido vivo por las fieras de Kenia, después de dos accidentes consecutivos de aviación. Tenemos que hacer los posibles para que don Ernesto comprenda que quien viene del Mau-Mau con las costillas rotas no debe temer nuestra civilizada peligrosidad.

Como un «isidro» más, Ernesto Hemingway ha venido a las fiestas madrileñas, y muy especial- mente a las corridas de toros de esos días, de las que procura no perderse una. «aunque caigan chuzos de punta». Amigo personal de toreros, muy especialmen- te de Luis Miguel y de Antonio Ordóñez, ha escrito sobre la fiesta nacional española esa especie de tratado de taumaquia que es «Muerte en la tarde», que recoge las vicisitudes taurinas desde 1912 a 1930, y además, la novela «Fiesta», en la que subra- ya la afición, que le ha llevado, incluso, a correr sanfermines como un pamplonica más de pa- ñuelo encarnado al cuello.

UNA VIDA EN BUSCA DE LA MUERTE

Hemingway es el más famoso de los novelistas norteamerica- nos, y aunque la crítica de su país le discuta reiteradamente que sea ahora el más grande, no cabe duda de que, además de un indiscutible valer literario, tiene en su ayuda el valor de una vida de aventuras desde el momen- to en que, como un jovencito travi- so, se escapó de su casa, sus veinte años de periodismo, su participación voluntaria con el Ejército italiano en la guerra de 1914-18, sus aventuras posteriores, la participación a la caza de sub- marinos alemanes en el Caribe durante la segunda guerra mun- dial, su desembarco en Norman- día, las aventuras en las verdes colinas de Africa, junto a las nie- ves del Kilimanjaro y con riesgo cerca de los negros del Mau-Mau.

En una de esas encuestas a las que son tan aficionados los nor- teamericanos se acaba de asegu-

rar que Ernesto Hemingway es- tá entre los diez hombres más célebres de su país.

Simpática o repulsiva, según los gustos, lo que no cabe duda es que en Hemingway existe una poderosa personalidad, y no só- lo física, con su aspecto de gi- gante socarrón y malhablado, si- no también espiritual, bajo esa barba suya que parece de profes- or de Humanidades o de «pope» ruso que lleve tres días sin afeitar. Ese aspecto suyo que puede inspirar, en el primer momento, una cierta reserva y que nos sor- prende en seguida con una pre- gunta insólita: «Entre colegas se permite algún «taco», ¿no?»

EL AMOR AL DESORDEN

Los que estamos acostumbrados a ver a los hombres de letras fo- tografados con un libro abierto junto a su biblioteca privada, muy compuestos y bien colocados en el ángulo más discreto y jun- to a la obra más clásica, nos tie- ne que sorprender a la fuerza que un escritor famoso que, pese a sus cincuenta y cinco años, puede peinar canas entre la cal- va, se nos siente de pronto en el suelo de una elegante habita- ción del Hotel Palace y nos ha- ble con un estudiado lenguaje

desgarrado como no hubiéramos podido oír en ninguna reunión de Palabra Culta y Buenas Cos- tumbres.

Pocas veces el «flash» del fo- tografo se habrá encontrado en su objetivo con una distancia visual tan grande entre la ima- gen y la postura que ésta es ca- paz de adoptar en el momento más insospechado. Procuramos acorrallar a fegonzos a ese gran cazador africano que es Ernesto Hemingway, macizo y corpulen- to; y él ríe, con esa risa suya que es como una llamada a la cordialidad.

APASIONADO POR LA FIESTA NACIONAL

Mientras nos cuenta que es un gran amigo de los animales, aun- de los más feroces, salta la pri- mera pregunta:

—Estamos acostumbrados, se- ñor Hemingway, a que quienes se declaran muy amigos de los animales sean detractores de las corridas de toros. ¿Cómo nos ex- plica que sea usted tan aficiona- do a nuestra fiesta nacional?

—Por la misma razón de que si en la selva africana me enfado con un porteador negro, jamás sabría pegarle sin hacerle entrega primero de unos guantes de



La vida y aventuras de Hemingway son siempre tema intere- sante para los grandes magazines norteamericanos. Prueba: estas dos páginas que reproducimos

Y LA MUERTE

TERRIBLE"

**EL AUTOR
DE "LAS NIEVES DEL
KILIMANJARO" HABLA
DE SUS ANDANZAS
ENTRE LAS TRIBUS
DEL MAU-MAU**

boxeo tan buenos como los que me pueda yo poner. Las corridas de toros ofrecen una oportunidad de defensa al animal según sus medios naturales; por eso encuentro que constituyen un modelo de civismo. No puedo decir lo mismo de los mataderos, donde un toro bravo puede sacrificarse de la manera más humillante. El toro tiene que morir un día u otro, y en las corridas de toros se le ofrece una muerte violenta muy natural y con todas las posibilidades de defensa.

—Como gran aficionado y buen entendedor, ¿introduciría alguna modificación técnica en nuestras corridas?

—Yo pondría «avisos» hasta para los rejoneadores.

LOS CINCO JURAMENTOS DEL MAU-MAU

Las afirmaciones de Hemingway son rotundas, como corresponde a su personalidad de hombre fuerte, que se ha hecho a sí mismo en muchas aventuras e incidentes de su existencia trepidante. De pronto nos asalta una sospecha:

—¿Es partidario del Mau-Mau? ¿Suenan también por aquellos ciudadanos las campanas del sentimiento?

—Preparo un libro sobre este interesante tema, pero no simpatizo con el salvajismo de aquellos negros fanáticos. Los Mau-Mau se encuentran en tres tribus principalmente, de las cuales la Kikugu es la más fuerte y peligrosa. Los Mau-Mau pretenden regresar a los lugares de los que fueron desplazados y volver a las costumbres antiguas de sus tribus. Forman como un ejército de fanáticos juramentados, que destripan a los prisioneros y rehenes, queman chiquillos vivos y son capaces de la mayor muestra de crueldad. Un Mau-Mau del quinto juramento es un ser peltrosísimo. Bastará decirle que el primer juramento Mau-Mau es un compromiso de matar a un blanco en el momento en que se reciba la orden, aunque se trate del



El mismo hombre con dos copas distintas. Entre uno y otro Hemingway hay algunos años de diferencia, pero su consigna sigue siendo la misma: «El alcohol no hace nunca daño»

amo y éste se haya portado siempre muy bien con el indígena juramentado y lo aloje en su misma casa.

EL PROBLEMA SE VE MUY NEGRO

—¿Tiene también el Mau-Mau un servicio auxiliar femenino?

—Hay muchas mujeres Mau-Mau, y ellas son las que sirven de enlace a los feroces «comandos» del taparrabo. Son astutas y se valen de su instinto femenino para lograr la infiltración del Mau-Mau entre los guerreros y pastores de las tribus Waramba y Masai, que no se han sublevado nunca. Especialmente la tribu Waramba tiene un brillante historial, ganado en las dos guerras mundiales; por eso es una lástima que llegue a infiltrarse en ella la epidemia de los Mau-Mau.

—Y la tribu de los Kikugu, ¿es muy fuerte?

—Esos deben su número y fortaleza a los años de paz; pero se valen de su potencia actual para luchar contra los colonizadores.

—Pero después de tantas «razzias» ya casi debe estar liquidado este problema, ¿no es así?

—Mi impresión personal es que el caso Mau-Mau va para largo, y que tengo tiempo de escribir sobre este tema sin que pierda actualidad.

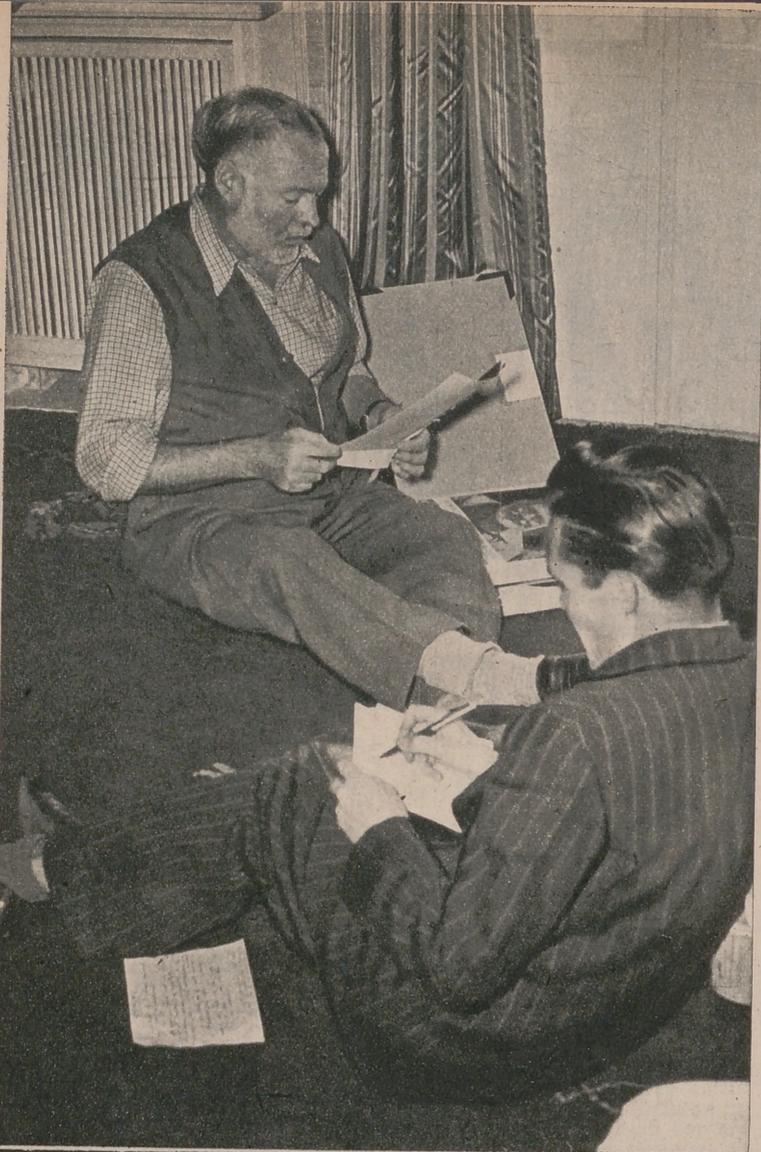
Y si pierde interés este tema, don Ernesto buscará otro aún más apasionante.

UN HOMBRE DE LA «GENERACION PERDIDA»

De ese americano, nacido en un suburbio de Chicago en 1898, en el extrarradio de los grandes mataderos, como un mononcito de tripas y menudillos; que creció de una manera salvaje y rebelde a la escuela; que se escapó de su casa y presumió de casi analfabeto... se puede esperar cualquier cosa. Ha sido reportero en Kansas, peón de granja; camillero del Ejército italiano en la batalla del Piave, bohemio de la «generación perdida» norteamericana que quedó en París como una resaca de la primera guerra mundial, aventurero de varias guerras, soldado de desembarco en Normandía... y ahora nos muestra un carnet de guarda jurado del Gobierno de Kenia, por el que se le autoriza a cazar fieras y alimañas, y se le inviste de po-



Comer naranjas y jugar al toro son buenos entretenimientos cuando se está en España. Así sorprendió nuestro fotógrafo al famoso novelista norteamericano



Sentados en el suelo, en la habitación de un elegante hotel, dialogaron un buen rato el novelista y nuestro redactor Costa Torró

deres de autoridad en la selva. No explica en qué consiste el «juicio de los animales», la ceremonia por la cual una fiera puede ser condenada en rebeldía pa-

ra que salga a matarla el señor Hemingway.

Es autor de «Las nieves del Kilimajaro», «Muerte en la tarde», «Fiesta», en cuyas obras se inter-

Hemingway ha vivido muchísimas aventuras de caza. Aquí le vemos haciendo frente a un rinoceronte en la selva africana



preta bastante bien la tauromaquia; «Adiós a las armas», donde se describe la retirada de los italianos después de la batalla de Caporetto; «Tener y no tener», dramática narración de aventuras de contrabando en el golfo de Méjico; «A través del río y entre los árboles», obra que motivó que la crítica norteamericana decretase la «muerte literaria» de su autor; «Los primeros cuarenta y nueve cuentos», «Hombres sin mujeres», «Tener y no tener...» El último libro es el titulado «El viejo y el mar», en el que la crítica ha reconocido que Hemingway se ha superado a sí mismo.

ARRIMARSE AL TORO DE LA AVENTURA

Nos imaginamos que un hombre de esa vitalidad tiene que haber tenido una vida amorosa intensa, y preguntamos a Hemingway sobre este particular. Y nos contesta así:

—¿Entre blancas y negras? Me he enamorado muchas veces.

Pero cuando queremos preguntar más cosas de su vida sentimental, nuestro interlocutor parece molestarse, y tememos que ese hombre chillón pueda convertirse de jovial en malhumorado.

En cambio, Hemingway nos cuenta que tiene tres hijos. El mayor es capitán de paracaidistas en los Estados Unidos; el segundo tiene una plantación en Tanganica, y la tercera, una chica, estudia Medicina. Los tres están casados y tienen hijos.

El abuelo Hemingway nos dice también que su residencia más fija se encuentra ahora entre La Habana y Matanzas, en una finca que ha comprado y que bautizó con el nombre español de «La Pilar».

—¿Le gustaría tener una mujer «La Pilar».

—No me importaría mucho tener la suerte del toro, que muere defendiéndose.

—¿Hubiera sido un buen final un Hemingway comido por las fieras y con un «The End» que saliese de las fauces de un rinoceronte?

—Hay quien dice que me paso la vida buscando la muerte, pero lo cierto es que amo la seguridad y la prudencia, siempre que me permitan «arrimarme mucho al toro».

LO IMPORTANTE NO ES LLAMARSE ERNESTO

Dicho esto nos ofrece unas copas de manzanilla y nos muestra un curioso álbum de sus aventuras por Africa. La fotografía más sensacional es una en la que aparece Hemingway «citantando a un rinoceronte», y en otra se ve al animal muerto a balazos por el rifle «de seguridad» del escritor.

—¿Le preocupa que el mundo pueda civilizarse completamente y lleguen a faltar los lugares de emociones fuertes?

—Pero ¿es que va a quedar mundo?

La alusión a las terribles bombas de hidrógeno, cobalto y demás nos deja un poco tristes. Pero volvemos a romper el fuego con una pregunta suave:

—¿Cree en la importancia de llamarse Ernesto?

—No. Es un nombre muy cursi, pero estoy contento con él. Lo importante no es llamarse Ernesto, sino Hemingway.

—¿Cuál de sus libros le gusta más?

—Cuando un libro no me gusta, no lo publico.

Sobre si se considera millonario nos dice que «en liras italianas, sí»; pero que los impuestos son tan fuertes en los Estados Unidos, que se llevan un 35 por 100 de lo que ganaría sin tributar al fisco. Dice que por «Las nieves del Kilimajaro» le dió la productora cinematográfica ciento cincuenta mil dólares; pero que, una vez pagados los impuestos (que hay que hacer efectivos por adelantado), la suma se quedó en cuarenta mil dólares. Pero que el dinero nunca le ha importado mucho.

Volvemos a beber y preguntamos a Hemingway si ha pertenecido alguna vez a la Liga Antialcohólica. Nos dice que no. «El año: «¿Es que se conoce algún buen escritor o periodista que no beba?»

DOS FUERZAS PODEROSAS: EL AMOR Y LA MUERTE

Nos anima a tomar más manzanilla, que preferimos entre los muchos frascos de licores exóticos que Hemingway tiene sobre una mesa.

En esto nos fijamos que sobre la cama, en desorden, del escritor se encuentra la novela «Con la muerte al hombro», de nuestro compañero de Redacción José Luis Castillo Puche. Preguntamos a Hemingway qué tal le parece, y contesta:

—He leído treinta y seis páginas y me parece muy buena.

—¿Cuál será su próximo libro?

—Lo tengo todavía aquí (nos dice, señalando la sien). Tiene que tratar de Africa y el Mau Mau, y será un libro en el que predominen las fotografías. En este viaje, mi chófer, ayudante y mozo de estoques» ha hecho más de seis mil fotografías de colores y en blanco y negro. Con las fotos, el escritor no tiene que describir el paisaje.

Eso constituye una innovación en las obras de Hemingway, que hasta ahora no había «escrito» un libro de fotografías. Pero los temas preferidos siguen siendo los mismos: el amor y la muerte. Dos fuerzas poderosas que le excitan a las más irrefrenables aventuras. Esta preferencia temática es la que ha conducido a don Ernesto a tomar parte en cuantos libros le fué posible, en los

AVENIDA BORRAS ALCAZAR

De Madrid De Barcelona

EXITO ARROLLADOR

¡UNA PELICULA DE ACCION VIOLENTA
Y DE PASIONES SIN FRENO !



RUGE ABRASADOR EL VIENTO DEL
DESIERTO... BRILLAN CON AMOR Y
CODICIA UNOS OJOS FEMENINOS... ¡Y
ESTALLA INCONTENIBLE UN DRAMA
TAN VIEJO COMO EL MUNDO!

cuales ha podido observar los defectos humanos en su trágica desnudez. En estas aventuras, a veces, el escritor se sumerge también, como participando de los errores de sus mismos personajes. Así ocurrió, por lo menos, en la novela en la que quiso interpretar el alma de España en guerra, en la que Hemingway oyó campanas sin saber exactamente dónde.

Sobre este tema a Hemingway no le gusta ya hablar. No insistimos, porque sabemos muy bien que una de las cosas que Ernesto Hemingway admira más de España es su generosidad, hasta para aquellos escritores que no vieron el fondo, porque fué precisa-

mente al fondo donde no supieron o no se atrevieron a llegar.

Le preguntamos si sus últimos accidentes aéreos en la selva africana tuvieron un montaje de propaganda y se nos enfada mucho. Hace ademán de enseñarnos las heridas, pero le interrumpimos con esa risa abierta y ruidosa que a él tanto le gusta, y que es la misma que Eça de Queiroz echaba de menos en aquella su correcta sociedad, que si no podría vivir tranquila con muchos hombres como Hemingway, no por ello deja de ser cierto que los de tan trepidante temperamento también deben crecer y multiplicarse.

F. COSTA TORRO
(Fotografías de Cortina)

JOSE SARTO EN EL CENTRO DE SU TIEMPO



Un momento de la entrevista del señor Sánchez Mazas con nuestro redactor Sutil

DENTRO de poco, el próximo día 29, será canonizado un gran Pontífice de la Iglesia: Su Santidad el Papa Pío X.

Lo que en la Historia representa ese hombre de Cristo será la misma Historia quien lo diga. Hoy, a tan pocos años de su muerte, aparece como el triunfo simbólico de la verdad y la justicia frente a la vanidad y la soberbia.

El prodigio de su vida es que en un ambiente de morboso anticlericalismo, disfrazado de legalidad, supo él, solo y sin ningún poder civil a sus espaldas, defender, mantener e imponer, como mandatario de Cristo, las divinas prerrogativas de su Iglesia. Con dos armas lo consiguió: santidad e inteligencia.

El más humilde entre los humildes, blandió, cuando llegó la hora, la misma entereza que un Gregorio VII ante las torvas maniobras de algunos gobernantes europeos. Tan lleno de humanidad, se deshizo de todo bagaje humano en sus funciones para seguir el camino de la verdad y la justicia, cuya meta es la paz.

Días vendrán en que se conocerá el perfil exacto de su figura. Ahora cabe decir que el tiempo la agranda día a día, como proyectada por un haz de luz divergente.

Por devota admiración y otros vínculos humanos, Sánchez Mazas conoce, y me atrevería a decir con cierto enamoramiento, la vida y obra ejemplares y trascendentes del nuevo testigo incruento de Cristo. Nos valdrán, por tanto, en gran manera para formarnos una idea solvente sus palabras y conceptos, tan claros y precisos.

RAFAEL SANCHEZ MAZAS INTERPRETA LA GRAN FIGURA DE PÍO X

—¿Qué le movió a dedicarse al estudio de esta figura?

—No me he dedicado tanto al estudio de Pío X como un erudito, sino más bien a su devoción como simple cristiano. Quizá los pecadores tengamos una sensibilidad especial para los Santos. Desde hace más de treinta años le rezo como a santo, y más todavía en mi época de cárceles y condenas a muerte. Los dos santos modernos que más me han impresionado han sido Pío X, único Papa santo desde San Pío V, y Sor Teresita del Niño Jesús, cuya figura se nos va revelando más cada día en su auténtica realidad y en su grandeza.

—¿Ha tenido usted personal relación con alguien de la Curia, que le haya dado noticias directas y personales del Santo?

—Aunque me honré mucho con la amistad del cardenal Merry, con el que coincidí en un verano de Toscana, nunca me atreví a suscitarle el tema de Pío X. He tenido dos contactos que movieron mi fe en su santidad. El primero, con el pueblo bajo del Transtévère, que acudía a rezar a su sepulcro y a ponerle flores, proclamándole santo ya por sufragio popular, como en los tiempos primitivos de la Iglesia. Otro contacto fué con un gran escritor de Francia, Jean Carrère, hombre mucho mayor que yo,

compañero de Mauricio Barrés en La Sorbona y jefe durante mis primeros años de Roma de la Redacción italiana de «Le Temps» de París.

—¿Jean Carrère no había perdido la fe?

—Jean Carrère escribía un francés puro y clásico, a la manera de Fenelón. Había perdido la fe como tantos otros intelectuales franceses de su época. El Papa Pío X murió al estallar la primera guerra europea, desgarrado su corazón de Padre por la tragedia de Europa, lleno de dolor al ver que los seminaristas de distintas naciones partían a los diversos frentes a luchar unos contra otros. Jean Carrère interrogó escrupulosamente a los médicos papales y dedujo que al Papa, casi literalmente, se le había «roto» el corazón. Jean Carrère volvió entonces al seno de la Iglesia Católica redimido por el Papa mártir. Empezó a repartir su dinero con una caridad ejemplar y fué uno de los condecorados y devotos más importantes de Pío X. Escribió entonces su libro «Le Pape», celebrado por toda la crítica católica de Europa. De él conservo sobre San Pío X las referencias más exactas y más conmovedoras, con el recuerdo de una gran amistad inolvidable.

—Entonces, ¿qué valor concede a Pío X, como, Papa, dentro de la historia de su tiempo?

—Le concedo valor en la historia de todos los tiempos porque ningún Papa de su época, desde hacía mucho, se desvivió como el por lo que es permanente y radical en la Iglesia a través de los siglos. El trabajó siempre en las raíces.

—¿Qué raíces?

—Luego hablaremos de eso. Como Vicario de Cristo estaba unido a la Iglesia por el lazo más fuerte que puede tener un Vicario de Cristo: la santidad. Si, como decía un filósofo no creyente de Italia, pero maestro en la teoría de la Historia, Benedetto Croce, «no hay más que historia religiosa», los santos, sobre todo cuando tienen, como Pío X, una gran misión responsable y universal, son el verdadero centro de la historia de su tiempo. Todavía otro gran escritor no católico, el mayor de su época, Goethe, decía «que el conflicto más profundo de la Historia del mundo y del hombre, es el conflicto entre la fe y la incredulidad». En este conflicto Pío X fué el atleta valeroso que, ante todo, se dispuso a cumplir aquel lema que había elegido, «restaurar todo en Cristos».

COMO UN «PARROCO DE ALDEA»

Las palabras toman un valor insospechado. Pienso en lo que Sánchez Mazas, recostándose sobre el butacón, acababa de decir. Pío X, en efecto, con su profunda intuición y alta inteligencia, había calado su tiempo, su mundo circundante. Un mundo—como decía él mismo—que, desconociendo a Dios, había convertido el universo en un templo para adorarse a sí mismo. ¿Qué remedio? Un clero culto, piadoso, militante. Masas unidas y fortificadas en el pensamiento de Cristo. Minorías dinámicas, de choque; nuevas milicias de Cristo. Vida y acción religiosas.

—¿Cree usted que, a pesar del corto tiempo transcurrido, ha sido plena y certeramente juzgado y valorado?

—Todavía no, ni mucho menos. Cada día aparecerá su figura más grande, fuerte y luminosa. El no hizo jamás nada para ser conocido ni estimado de las gentes; antes bien, parecía siempre hacer lo contrario. Se dijo en casi toda la Cristiandad, hasta con cariño, que era una especie de «buen párroco de aldea elevado al Pontificado». Era un santo extraordinario y un Pontífice conmovedor, lleno de poesía cristiana, de sentido heroico de la fe, de humor y de ingenio, de clarividente sentido de las cosas esenciales y, sobre todo, de inagotable caridad. Nunca tuvo un céntimo, a fuerza de dar a los pobres desde sus primeros días de coadjutor hasta sus últimos días de Papa. «Pobre nació—dijo—y pobre quiero morir.» Aun en su época de cardenal de Venecia, y cuando vivía en la pompa magnífica de San Marcos, a sus pocos objetos de oro y plata los llamaba «sus alpinistas» porque continuamente estaban subiéndolo y bajándolo del Monte de Piedad. Don Carlos VII le regaló un reloj con armas e iniciales, y el cardenal Sarto lo miraba y remiraba con pena, murmurando: «Este, por decoro, no se puede empeñar.»

—¿En los valores humanos de este Papa sólo resalta la caridad?

—La santidad suya era del linaje de la de Bernardino de Siena, Felipe Neri, Francisco de Sales o Carlos Borromeo, llena de humor y con esa bondad que está como diciendo siempre «dejad que los niños se acerquen a mí». El había sido un niño bello, travieso, angelical, pobrísimo e infelicitísimo. Amó a los niños como Felipe Neri, y así como Felipe Neri los chistes florentinos del «Piovano Arlotto», leía el «Robinson» y el «Bertoldo» y otros libros de cuentos para divertir a los niños de la aldea cuando era párroco de oscuras parroquias en el Véneto. Allí, cuando se propuso el tema de la unidad de Italia, él, que había nacido bajo el dominio de Austria, fué el más santo de los sacerdotes, pero también el primero de los patriotas. No era distinto en este modo de entender la historia de Italia aquel otro gran santo, Don Bosco. No lo había sido tampoco, tantos siglos antes, casi profeta, Bernardino de Siena, cuando en aquel sermón famoso dijo: «Cada ciudad, cada república, cada principado de Italia es como una nave distinta: urca, galera, peota, o galeraza, pero todas juntas una sola flota: Italia.»

—Si la misión de un Pontífice es católica, universal, ¿cuáles eran sus lazos con la tierra y los hombres que le eran más próximos?

—Sus lazos con lo más humano, doméstico, humilde, tierno y popular fueron enormes; como en otro gran Papa, tampoco del todo conocido, Pío XI, que amó tierna y humanamente, entre todas las cosas temporales, aquel territorio de la novela de Manzoni «Los novios», que se veía desde el campanario de su aldea. Estos dos grandes Papas fueron en esto muy parecidos. El terruño nativo les conmovía hasta las lágrimas. Pío X no podía vivir sin el Véneto, sin el dialecto veneciano, que él hablaba y que era el mismo de aquellas comedias incomparablemente graciosas de Carlos Goldoni. Le interesaban siempre las historias entretenidas y los chistes de su país, tan fértil en gracias y burlas. Le gustaba reírse con las cosas de la vida cotidiana en los pequeños pueblos que conoció. Cuando era Papa, su hermano, cartero, que ganaba diez reales al día, solía ir de vez en cuando a verle al Vaticano y a contarle los últimos chistes. Cuando le contaba un chiste bueno, el Papa Pío X, riéndose, le decía: «Este lo tenemos que poner en el repertorio.» Nunca dejó de beber vino y de fumar cigarros con las gentes de los pueblos donde tuvo ministerio sacerdotal, y de Papa suprimió esto, que sólo había usado para unirse, hasta en las tabernas, con los humildes; pero siguió apegado al rapé, y dicen que una vez fumó un puro habano. A algunos agustinos españoles, cuyo huerto veía desde su ventana del Sacro Colegio, y a quienes, según el uso de las casas italianas, no dejaban fumar, les decía: «Ya os veo que os escapáis: allá arriba a fumar cigarritos.» Las pequeñas debilidades humanas de Pío X, hasta su ira y la bofetada que dió a una

de sus queridísimas hermanas porque se burló de su rabioso dolor de muelas, hacen más humana y encantadora su santidad.

—¿Hay algún sentido poético en su vida?

—Bastaría una anécdota sólo. Cuando fué nombrado en Roma cardenal de Venecia, con toda la tradición de pompa bizantina que aun conserva este Patriarcado en aquel gran San Marcos de mosaicos de oro, José Sarto, a pesar de su modestia inveterada, hubo de adquirir todo el atuendo que Venecia exigía. Nadie habrá visto retratos tan modestos de Papa como los de Pío X, limitado a su sotana blanca y a su blanco solideo. No le gustaba aparecer en la silla gestatoria entre los flabellos y las alabardas. Pero cuando iba a Venecia, con todo su inevitable y rico ropaje de Patriarca, se detuvo una noche o dos en su casa aldeana de Riese para visitar a su madre anciana. A la mañana siguiente de llegar hizo una cosa como de Rey Mago, como de cuento de hadas. Se revistió de toda la magnífica pompa de Venecia para sorprender y despertar a su madre, de ochenta y tantos años. Quería que la viejecita, casi vuelta a la infancia, abriese unos ojos de niña maravillada ante el hijo vestido de púrpura y oro.

UN ENEMIGO DE VENENOSA DULZURA

Saborea emocionado Sánchez Mazas este recuerdo de tanta sencillez. Sigue después un delicioso silencio, como para recrearnos de nuevo en el recuerdo. Pero, por contraste, surge una nueva idea: que parece imposible que un hombre así pudiese ser después tan fuerte y duro baluarte durante el feroz asedio al Pontificado. Un asedio desde el poder civil de algunos países, desde la ciencia, desde el campo social, desde el campo político, desde el mismo campo religioso



Su Santidad el Papa Pío X

incluso. Un momento difícil para la Iglesia de Cristo.

—Teniendo en cuenta esta sencillez y amable humanidad, ¿cuáles fueron los puntos de apoyo para su eficaz defensa de la Iglesia entre los temas de discordia que le planteaba su atormentado tiempo?

—Todo procede por círculos concéntricos en las grandes figuras. Tal lo íntimo, tal lo universal. Tierno fué José Sarto, pero también inflexible, valiente en su virtud, heroico frente a la peste o la herejía. Aun en los herejes como Lutero, lo íntimo y universal mantienen un paralelismo. Y, a propósito de Lutero, recordaré lo que de Pío X decía el cardenal Mercier: «Acaso si en el tiempo de la Reforma luterana Pío X hubiese sido Papa, la Reforma habría sido vencida.» El español Ignacio de Loyola tuvo que acudir con una contraofensiva llameante. Pío X, como antes le decía, acudió a fortificar las raíces de la Santa Iglesia y a defender estas raíces. Publicó la encíclica «Pasce» «Pasce», monumento fundamental en la condenación del «modernismo» como raíz de todos los errores modernos, desde la torcida exégesis bíblica a cierta averiada hojarasca sociológica picada de orugas marxistas que también condenó. Tuvo por auxiliar al extraordinario cardenal Billot, primer teólogo del Sacro Colegio y uno de los mayores de Europa, jesuita francés lleno de sabiduría y valentía en la defensa de las cosas esenciales. ¡Cuán villanamente fué contraatacado el noble y bondadoso Papa por falsos franciscanos de venenosa dulzura, como Paul Sabatier, no es para decirlo! Se preocupó enormemente del catecismo y de la comunión de los niños. Encomendó a uno de los primeros escritores de Italia, Julio Salvadori, émulo de D'Annunzio en la juventud, la corrección de estilo del catecismo. También parece que se abre proceso de canonización de Julio Salvadori, que renunció (hombre de Pío X) a la gloria literaria para darse, sobre todo, a la santidad. Con su encíclica «Borromea», sobre la recta formación del clero, renovó el Santo Papa la obra de los seminarios. Insistió en restaurar la parroquia, los seminarios, la jerarquía episcopal, los Estados Mayores y las milicias decisivas de la Iglesia. Tenía una enorme preocupación y un gusto muy formado y severo sobre el Arte Sacro. Reformó o, mejor, devolvió a su verdadera tradición la música y la liturgia en los templos. Pero en la arquitectura, en la pintura, en cualquiera de las artes afectas al templo, no faltaron nunca su gusto acendrado y su desvelo. Dijo una cosa muy graciosa cuando, en una Exposición de Venecia, hubo un cuadro modernista y pseudoreligioso, lleno de indecentes desnudos.

Quizá una señora, muy escandalizada, fué ante él a hablarle del cuadro. Y él haciendo un chiste con su apellido, Sarto (sastre), le contestó: «Si todos están tan desnudos, no sé lo que vamos a hacer los sastres.» Siempre su humorismo veneciano (el auténtico de Goldoni o de Gozzi) fluía en su conversación y su trato. Cuando empezó a descubrir-

se que realmente hacía milagros, cosa que él ocultaba hasta cómicamente, dijo: «Ahora dice la gente que me ha dado por hacer milagros, ¡como si no tuviera que pensar en otras cosas!» Cuando hacía milagros ya de Papa, a veces en las audiencias públicas, eran como milagros a pesar de él. A veces tocaba a una persona en las audiencias públicas y ésta se curaba como sin que él quisiera. Luego subía a la tarima, y todo era poner el dedo en la boca imponiendo silencio de una manera severísima. Pero no era para imponer silencio, sino para hacer señas especiales a los milagrosamente curados y lograr que evitasen escenas públicas de gratitud y maravilla. Se disculpaba diciendo que quizá algunos milagros se harían «por el poder de las llaves» y se olvidaba que los había hecho igualmente como patriarca de Venecia «sin poder de las llaves», y que «con el poder de las llaves» otros Papas no los habían hecho.

—Aludía usted antes a la condena del modernismo por Pío X y también a la Reforma de Lutero. Veo muchos puntos de coincidencia entre la acción defensora de Pío X y el Concilio de Trento, tales como la atención preferente a la formación en los Seminarios, sacramentos, vigorización de la vida religiosa, etc. ¿Y cuál cree usted que fué, en su tiempo, más peligroso: el luteranismo o el modernismo cubierto de hipocresía?

—El movimiento de Lutero, con toda su abominable y violenta voluntad de escisión, fué mucho más franco que el del insidioso y falaz modernismo, el cual penetró parasitariamente en tantas instituciones eclesiásticas. Al cabo de los siglos, cosa de la que no sé si los católicos españoles se han dado cuenta, el luteranismo está en plena disolución, y la figura de Lutero cada vez más descalificada ante la Historia. Cuando no sé qué año del pasado siglo, para el centenario de Lutero, el luteranismo alemán proyectó un instituto de crítica histórica, severa, como es la crítica alemana, para agotar la investigación sobre Lutero, esa crítica severa alemana destinada a la apología de Lutero, acabó por causar gran daño a la figura de Lutero. La Reforma, como el cardenal Mercier da a entender, no tuvo frente a ella, en su principio, un Papa de la santidad y ardor de Pío X («ignis ardens», en la profecía de San Malaquías), pero tuvo un atleta único en la historia de la Iglesia, Ignacio de Loyola, único en el heroísmo y la eficacia, que salvó cuanto se podía salvar en todos los órdenes. El hizo, antiguo Capitán español de Infantería, una verdadera revolución en la defensa táctica, estratégica y pedagógica de la Iglesia. Su gigantesca obra sólo es comparable a la de San Agustín. Pecador arrepentido como San Agustín, y ardiente como San Agustín en su militante ardor bélico por la defensa de la Iglesia. El modernismo era mucho más insidioso e hipócrita. El modernismo nunca se hubiera atrevido a plantar, como Lutero, las proposiciones de Witemberg frente a Roma. Serpenteaba como la serpiente en la hierba, penetrando aquí y allá por

todas partes, desde la literatura profana a la intimidad de los Seminarios. Era repugnante, mientras la herejía luterana era abominable, pero más franca. La obra de Pío X para desenmascarar a este Proteo de mil formas queda como una piedra bien sentada para la defensa del dogma católico.

LA LLAMADA A LOS LEALES

Había variado el tono de expresión del gran escritor. Había desaparecido el tono poético para dar paso a la contundencia de una acusación. No merece otra cosa «esa síntesis de toda herejía», descendiente de la soberbia de Lutero, de las orgías de la Revolución francesa y de todas las últimas aberraciones filosóficas, políticas, sociales y económicas de tiempos poco anteriores. Era la época en que se quería separar el Estado de la Iglesia, pero no ésta del Estado. Todo bajo la bandera de la libertad, una libertad «sui generis», una desatinada licencia en el pensar y en el obrar, que en sí no es más que una corrupción de la verdadera libertad. Frente a ellos, Pío X, ante un crucifijo, dijo a su secretario de Estado: «Trabajaremos juntos y sufriremos juntos por amor a la Iglesia.»

—En el siglo XVI, cuando las herejías, hubo siempre un brazo civil en defensa de la Iglesia. Pío X no tuvo brazo civil, ¿cuáles fueron sus armas?

—No tuvo nada, sino su fe, su amor a la Santa Iglesia, Esposa de Cristo, y su inagotable capacidad de sacrificio, con la llamada casi desesperada a los leales en el terreno de la fidelidad. No tuvo, como los Papas en el Imperio de España, ante la amenaza de la Reforma, brazo civil ninguno. Y, sin embargo, a él se debe que la Iglesia no haya dado en un nuevo cisma, incluso más peligroso que los anteriores. No tuvo ningún brazo civil que le auxiliase, pero tuvo la Providencia Divina. El modernismo, con todas sus consecuencias, que van del dogma a la sociología, intentará, sin embargo, rebrotar todavía una y otra vez. Pero también, si tenemos alguna fe en las cosas sobrenaturales, una y otra vez Pío X, canonizado, acudirá en socorro de su Iglesia.

—Entonces, ¿se puede decir que la santidad ha vencido una vez más a la astucia de la serpiente?

—La santidad es la única que vencerá siempre y la única que convencerá siempre. Los ortodoxos rusos me han dicho alguna vez: «Por encima de toda la política y toda la dialéctica, el argumento más importante para la unión será siempre la santidad.» Con la santidad, el Papa Pío X tiene siempre la más fuerte espada. Tiene la única espada invencible en una mano, y en la otra, la más caritativa oferta de paz y de concordia. Es necesario que nosotros nos convenzamos del acontecimiento extraordinario, casi revolucionario diría, que en nuestro tiempo significa la presencia de un Papa santo, ascendido a los altares. De un Papa, además, que en la terrible actualidad de Europa parece como el fuerte y legítimo defensor de esa unidad de Europa que vemos

en peligro y de la que fué protomártir. Gran dolor sería para mí que la España católica fuese inferior a cualquiera otra nación católica del mundo en el homenaje a este Santo Papa.

—¿Y qué podría hacer España?

—Cuatro cometidos le corresponderían: Primero, postular de la Santa Sede, con la autoridad de nuestro Caudillo, que Pío X, muerto de dolor por la unidad cristiana de Europa, sea declarado «Patrono de la Unidad Cristiana de Europa»; segundo, que una de las primeras y grandes basílicas dedicadas a honrar al Santo Papa sea edificada en España; tercero, que un monumento a Pío X sea erigido en algún lugar céntrico de Madrid antes que en ningún otro país de Europa; cuarto, que una cátedra o varias cátedras dedicadas a Pío X perpetúen entre nosotros la enseñanza de sus permanentes doctrinas.

Pudiera culminar aquí nuestro diálogo. Estas propuestas, expresivas de una encendida devoción, se adelantan a una trayectoria histórica de España. Pero es que España estuvo ya presente en aquellos momentos en la persona del secretario de Estado, cardenal Merry del Val. Arrodillado el Santo Pontífice ante Cristo Crucificado, tenía a su lado al cardinal secretario antes de contestar el «non possumus» al secretario Gobierno francés.

—¿Cómo estimó la cooperación de nuestro compatriota Merry del Val? ¿No cree significativo, desde el punto de vista de nuestro destino, que fuese un español quien asistiese como secretario de Estado al Sumo Pontífice en aquellos momentos?

—Probablemente le unieron a Merry del Val razones naturales y razones sobrenaturales. Durante el conclave que precedió a la elección de Pío X, un cardenal de Francia dijo al cardenal Sarro que de ninguna manera podría ser Papa el patriarca de Venecia si no poder hablar con soltura el francés. Pío X se rió y dijo que tanto mejor, porque él no había deseado jamás ser obispo, ni cardenal, ni Papa. Dicen que quizá estuvo dispuesto al «rifiuto» o gran rehusación que dijo Dante. Entonces, según algunas versiones, Merry, que conocía a Su Santidad, se arrodilló ante él rogándole que aceptase el Pontificado. No es imposible que, en aquel tiempo Merry del Val, cuyo proceso de canonización va a abrirse, y Pío X representasen el misterioso diálogo entre dos santidades secretas. Pero el Papa que no sabía francés) y que no mucho había salido en azares de diplomacia del campo de su mundo familiar del Véneto, recurrió a un cardenal, hijo de embajador, perfectamente estilizado y advertido, en los mejores modos diplomáticos de Europa, de severa tradición en sus costumbres, de magnífico porte, a pesar de su nativa modestia, y de un sentido tradicional y hasta «reaccionario en la mejor acepción de la palabra, para asistir al Santo Padre. Era su complemento perfecto en la diplomacia, como Billot lo era en la Teología. Eran para el Papa como dos defensores incomparables de dos castillos roqueros asaltados por todas partes, Merry y Billot. La



Su Santidad Pío X yace en su lecho de muerte

estrategia del Papa, con su apariencia popular y familiar, era infinitamente superior a lo que se piensa. Merry, en vida y en muerte del Papa Pío X, cumplió su gran destino y su gran servicio hasta el final. Bajo Pío XI, y en la continuidad de un criterio que Pío X hubiese sostenido, fué, con su inolvidable discurso de Asís, el primer portavoz de la concordia entre el Pontificado y la Monarquía de Italia. Merry, digno colaborador de Pío X, y cuya gloria España reclama, fué, aun a pesar suyo, porque no se curaba de eso, el más elegante de los cardenales de su tiempo y quizá, sin saberlo también, uno de los más santos y ejemplares cardenales del Sacro Colegio. Mucho de lo que era en verdad Pío X se puede deducir de la elección que hizo en Merry y Billot, según aquel refrán castellano que dice: «Tales los servidres, tal el señor.»

TRABAJO EN LA MISMA RAIZ

—¿Y qué representa Pío X en contraste con la sociedad de su tiempo?

—Enormemente incomprendido en lo natural y humano por demasiado humilde, pero enormemente penetrante en lo sobrehumano y sobrenatural. No se le conoció, no se le vió. Fué como aquellas estrellas de las que se dice en un poema llamado el «Astronómico» que no son menos claras y brillantes en razón de su verdadera luz, sino en razón de su enorme altura. Pío X estuvo demasiado alto y a la vez fué demasiado humilde para su tiempo. Por demasiado alto y humilde llegó menos su brillo a los mortales de su época y aun a los de hoy. Que la canonización haga de él como una estrella permanente y polar que determine el Norte de las brújulas en el servicio de Dios nuestro Señor.

—¿Qué caminos acertados y eficaces dejó indicados para el futuro?

—Como pocos Papas, anduvo por caminos de espinas. Los caminos de Dios son tanto más seguros cuanto más espinas ofrecen. El padre Rivadeneira dice además que «las espinas defienden a las rosas». Las espinas y las rosas parecen el símbolo del Pontificado de Pío X. Ningún otro Papa, desde siglos, nos dió como él las rosas de la caridad y la poesía. Ninguno como él encontró las atroces espinas en que tan duramente comenzó este nuevo calvario de la cristiandad. Sus caminos son los verdaderos. Quizá, sobre todo, quiso volver a

las virtudes originarias de la Iglesia. En el Concilio de Trento ésta era la voz del cardenal de Lorena: «Volver a aquellas virtudes originarias que habían dado a la Iglesia su esplendor.» En las crisis, el gran camino siempre es la vuelta a los orígenes, enormemente difícil y espinosa, pero no imposible cuando se pasa una violenta crisis con firme voluntad de vencerla. En la inminencia de la Revolución francesa, algunos políticos claramente predicaron también la vuelta a los orígenes de las grandes virtudes monárquicas para evitar el cataclismo. Vuelvo a insistir en la misma tesis: como ningún otro de los Papas de los últimos tiempos, Pío X trabajó en las raíces, y este trabajo en las raíces es siempre oscuro como subterráneo, menos aparente que el que se realiza en el tronco, en las ramas o las hojas, pero más trascendente. El secreto de Pío X es el de haber dado en los fundamentos de la Luz, la Verdad y de la Vida para el servicio de la Iglesia. Sea la «restauración de todo en Cristo», proclamada por San Pío X, aquella gran restauración de la Luz, de la Verdad y de la Vida, que hará reinar a Cristo entre nosotros. Y sea también una de las más perdurables glorias del Pontificado de Pío XII esta canonización de San Pío X.

—¿Algo más?

—Quiero declarar que en cuanto le he dicho solamente me ha inspirado mi devoción al Santo Papa que la Iglesia celebra y que cualquier error involuntario se somete al juicio de la autoridad eclesiástica.

Continuas y acompasadas fueron fluyendo las palabras, unas veces con tono y calor poéticos; otras, con entusiasmo de quien presencia una victoria; otras, con la repugnancia que suscitan las insidias. Inclinado hacia adelante para dar viveza a lo dicho, o recostado y mirando el espacio para sondear el último recuerdo o anécdota, Sánchez Mazas hizo desfilar ante mis oídos una biografía apasionada del nuevo Santo de la Iglesia Católica. Después de oírle deseo que su ponderado, pero incansable pensamiento y su forma literaria, conjunción de los dos siglos de oro de la península española y la italiana, que tanto quiere, nos dé a conocer más adelante toda la majestad de aquel humilde Siervo de Dios. Hoy, al cabo de cuatro horas de conversación, hubo que suspender la entrevista. Nunca lo he sentido tanto.

José JIMENEZ SUTIL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 1



**JOSE SARTO
EN EL CENTRO
DE SU TIEMPO**

**RAFAEL SANCHEZ
MAZAS INTERPRETA
LA FIGURA DE PIO**

Ilustran esta página dos fotografías de Su Santidad el Papa Pío X, en su época de Cardenal Patriarca de Venecia. En la página 60 ofrecemos a nuestros lectores una semblanza sobre la vida y la obra de Su Santidad Pío X, que Rafael Sánchez Mazas hace en una interesante entrevista para EL ESPAÑOL

